

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 25 - 31 octubre de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 256

MOVILIZACIÓN GENERAL



El 7 de octubre de 1934 la Falange irrumpió en las calles de Madrid para aclamar la unidad española

200.000 HOMBRES MARCHAN HACIA MADRID

EL TEATRO DE
LA COMEDIA,
1933, AL ESTADIO
DE CHAMARTIN,
1953.



El estadio de Chamartín será escenario el próximo día 29 de la concentración con que se clausurará el I Congreso Nacional de la Falange

DEL TEATRO DE LA COMEDIA, 1933, AL ESTADIO DE CHAMARTIN, 1953

EL Movimiento Nacional-sindicalista se adelanta con «La Conquista del Estado» a la llegada del 14 de abril de 1931. Después de su manifiesto revolucionario Ramiro Ledesma Ramos crea un periódico semanal con el mismo título de aquel alegato, publicación en la que, desde sus inicios, colaboran un grupo de jóvenes estudiantes; unos, como redactores, y otros, prestándose a su distribución en la calle.

Meses después, Onésimo Redondo, joven abogado de Valladolid, lanza el semanario «Libertad» y, advenida la República, organiza las llamadas Juntas Castellanas de Actuación Hispánica.

Uno y otro grupo, el de Madrid y el vallisoletano, se sienten atraídos por la similitud de su programa y sentido nacional. El día 4 de octubre de 1931, en una reunión celebrada en Madrid se fusionaban los dos grupos y de la unidad entre «La Conquista del Estado» y las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica nacían las Juntas de Ofensiva Nacional-sindicalista, cuyo jefe sería Ramiro Ledesma Ramos.

Las J. O. N. S. representan el primer intento orgánico del nacional-sindicalismo español, que a lo largo de los primeros años de la segunda República intentaría bravamente un cambio de corriente política. Con su vibrante himno y su entusiasmo de precursores los jonsistas representaban una fuerza si no muy amplia, ciertamente fuerte por su radicalismo y originalidad en el enrarecido ambiente político de aquellos años y en unas calles madrileñas que habían conocido, después de incendios sacrílegos, huelgas y manifestaciones, violencias individuales y públicas, asaltos a centros políticos y suspensiones de periódicos «reaccionarios».

COMIENZA UNA VIDA POLITICA

A partir de la resonante polémica periodística entre José Antonio Primo de Rivera y el director de «A B C», a comienzos del año 1933, la figura del que sería el Fundador de Falange Española comienza a llamar la atención en la vida política española y en torno a él se congrega un nutrido grupo juvenil, que intenta lanzar un primer semanario. En los talleres de «La Nación» se tiró el primero y único número del mismo. Esto ocurría el día 16 de marzo de 1933. Por otra parte, en mayo del mismo año era lanzada a la calle la revista «J. O. N. S.», dirigida por Ramiro Ledesma Ramos.

El grupo jonsista establecía contactos con los seguidores de José Antonio Primo de Rivera mientras en el ambiente político se discutía sobre los medios a emplear para la pacificación de los



«Yo creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla alegremente, poéticamente... ¡Ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!»
(29 de octubre de 1933)



«El salón de sesiones era un recinto lleno de tedio. Se adivinaba el día en que el pueblo, no contento del todo con aquellas luces medio apagadas, habría de entrar en el salón de sesiones para decir definitivamente: «Apaga y vámonos»
(Enero de 1934)

espíritus» y el Gobierno lanzaba a la calle flamantes camionetas de Asalto.

NACE FALANGE ESPA- ÑOLA

El 29 de octubre de 1933 se celebraba el mitin del Teatro de la Comedia, en el que quedaba fundada Falange Española. A pesar de un ambiente de amenazas el local estaba completamente lleno de un público bastante heterogéneo. Había hombres maduros y grupos de jóvenes estudiantes; apellidos ilustres y gente modesta. Estaban los universitarios de la A. E. T. y los primeros grupos falangistas. Había «legionarios de España» y miembros de las J. O. N. S. y antes de que se empezase a hablar ya hirvió el teatro en aplausos. Fuera, en la calle, patrullaba la guardia de Asalto, mientras los vendedores de periódicos voceaban el «Heraldo», «Claridad», «El Socialista», «Mundo Obrero» con fuertes titulares en la portada. La duración del acto fué de una hora y media. A la salida no hubo grandes incidentes en la misma calle, aunque se produjeron algunos por los alrededores. El día era claro, otoñal, tamizado de nieblas y nubes blanquecinas.

A la puerta del teatro de la calle del Príncipe habían estado grupos de agentes de Policía, ofi-

ciales y guardias de Seguridad. En la plaza de Canalejas y en la de Santa Ana se situaron carros de Asalto, cuyas fuerzas se repartieron por las citadas plazas y entrada de las calles de Sevilla, Carrera de San Jerónimo, Cruz, Visitación, Prado, Huertas y Plaza del Ángel. También a la entrada de algunas calles hubo guardias de Seguridad a caballo. Fué por esos sectores donde se practicaron algunos cacheos y hubo incautación, por la fuerza pública, de porras y pistolas.

LA PALABRA DE JOSE ANTONIO A TRAVES DE LA RADIO

Casares Quiroga había autorizado el mitin del teatro de la Comedia y permitido que se radiasen las alocuciones, por lo que en los bares madrileños, entre el ruido de las cañas, las fichas de dominó, las discusiones sobre el fútbol que estaba en pleno Campeonato, los pareceres sobre en qué teatro iban a «echar» el mejor Tenorio, en ese ambiente de bar muchas gentes curiosas pudieron oír a los tres oradores del teatro de la Comedia y los aplausos de los «señoritos fascistas» que los llenaban y discutir sobre lo que se había dicho entre el «marchen» de las cañas de cerveza y los «gracias» a las propinas del «bote».

«F. E.», PUÑAL DE ACERO

El 7 de diciembre de 1933 aparece el primer número de «F. E.» semanario cuya aparición había autorizado el Gobierno. La lectura de su primer número hace sonreír a los políticos «serios», a los que la publicación les parece académica, de buenos modales e inocua. Pero no faltó quien viera, dentro del guante de gamuza, un puñal de acero. En la venta del primer número de «F. E.» hubo algunos incidentes callejeros: insultos, bofetadas, puñetazos. Los vendedores—estudiantes casi todos, pues los vendedores profesionales obedecieron la negativa de su Sindicato—no se habían amilanado y supieron responder a los jaques marxistas. «¡Ha salido «F. E.»! ¡«Ha salido «F. E.»», órgano de Falange Española!» Francisco de Paula Sampol, en plena calle de Alcalá frente al teatro Alcázar compró un número de la revista falangista, la dobló y dejando fuera del bolsillo de la gabardina las gruesas letras de su título echaba a andar otra vez. No habría de transcurrir mucho rato para que se oyeran unos disparos y la mano crispada de Sampol apretaría su «F. E.» en los estertores de la agonía. El tercer número de «F. E.» es vendido en plena «acera roja» por el mismo José Antonio.

LA MUERTE EN LA CALLE

Menudean los incidentes en la Universidad entre los estudiantes del S. E. U. y los de la F. U. E. mientras la venta del periódico falangista sigue siendo un peligro de muerte.

En la noche del 27 de enero asesinan a tiros en la calle del Clavel, de Madrid, al capataz de venta de «F. E.» Vicente Pérez, obrero que ganaba su vida, pero que ni siquiera era falangista, sino un trabajador libre que no quería aceptar la tiranía de los Sindicatos pro-marxistas. El 9 de febrero, cuando regresaba de vender «F. E.» es asesinado en la calle el estudiante Matías Montero.

En Madrid como en provincias se suceden los actos de violencia contra los primeros falangistas.

LAS J. O. N. S. SE UNEN A FALANGE

Las J. O. N. S. seguían su camino, pero eran frecuentes sus contactos con Falange Española, por lo que fué suficiente un poco de buena voluntad para conseguir la fusión de las dos organizaciones. Las J. O. N. S. aportaron la bandera roja y negra, el emblema del yugo y las flechas y su consigna «Por la Patria, el Pan y la Justicia», mientras Falange Española traía el entusiasmo de sus juventudes universitarias, el nombre de sus caídos, el grito de «Arriba España» y, sobre todo, el rigor intelectual y la audacia para la acción de su Fundador y Jefe.

El domingo 4 de marzo tendría lugar en Valladolid el primer acto público del Movimiento unificado de F. E. y de las J. O. N. S. y a la salida del teatro hubo fuertes tiroteos. Hubo muchísimos tiros, hubo algunos heridos y contusos y un estudiante muerto.



25 de agosto de 1933: la calle de Fuencarral, campo de batalla



«Nuestro puesto está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto las estrellas»
(29 de octubre de 1933)

«UNA PASION POR ESPAÑA»

Comienza el año 1935. Se siente la actividad fuerte y honrada de Falange Española. Las provincias oyen la voz del Fundador. En Castilla siempre tuvo José Antonio hombres dispuestos a seguirle. Así, el 10 de febrero de este año, José Antonio llega a Salamanca. Salamanca era por entonces la ciudad de don Miguel. El perfil de don Miguel, con su uniforme civil de negro paño, era figura señera en la ciudad de fray Luis. Dos horas antes del mitin, José Antonio va a visitar al rector de la Universidad.

La casa de don Miguel es fría y sobrecargada de libros. Don Miguel tiende su mano pequeña y sarmentosa a los visitantes.

—Sigo los trabajos de ustedes. Sólo soy un viejo liberal, que he de morir siendo liberal, y al comprobar que la juventud no nos sigue, algunas veces creo ser un superviviente.

—Yo quería conocerle, don Miguel—saludó José Antonio—, porque admiro su pasión castiza por España. Su defensa de la unidad de la Patria, frente a todo separatismo, nos conmueve a los hombres de nuestra generación.

—Los separatismos sólo son resentimientos aldeanos.



José Antonio llega a San Sebastián en 1934

—Estamos necesitados, don Miguel, de una fe indestructible en España y en el español—aseveró José Antonio.

—¡España! ¡España!
Y ante este nombre sagrado



«¡Un puesto en las Cortes para defender la memoria de mi padre!»
(Septiembre de 1931)

don Miguel se emocionaba. Se hacía tarde.

—Bueno, don Miguel, nos vamos al mitin.

—Me voy con ustedes.

Después, por las calles de la ciudad, ante el asombro de grupos de extremistas que rondaban las esquinas sin atreverse a nada, don Miguel entró en el teatro.

Después, en la comida, el rector dijo, estrechando la mano de José Antonio:

—¡Adelante! A ver si ustedes lo hacen mejor que nosotros.

Era el reconocimiento implícito de que algo nuevo y grandioso venía.

LA TENSION ES CADA VEZ MAS VIOLENTA

Pasa el tiempo. La calle va tomando aspecto de campo de batalla, de escenario de combate. A tiros se trata muchas veces de imponer el ideal. Y en su defensa caen hombres valientes. El día 2 de abril de 1935, los marxistas matan en Madrid a José García Vara, obrero panadero que, ganado para la Falange, trabajaba con todo entusiasmo en la organización de un Sindicato obrero de su ramo, restando fuerzas al Sindicato rojo. Sobre esta sangre, sin embargo, parecen florecer las banderas. Diecisiete días más tarde,



Equipo de fútbol formado en la cárcel Modelo, en el que jugaba José Antonio

en la misma capital, 10.000 falangistas uniformados aclaman a José Antonio y su doctrina bajo un auténtico bosque de guiones con símbolos nuevos.

En el mes de mayo sigue ascendiendo el izquierdismo que llevaría nuevamente a Azaña al Poder al año siguiente. La tensión es cada vez más violenta. El cine de la Flor ve imposibilitado, por fuerza material de unos cuantos patriotas, la serie de proyecciones que venía haciendo de películas de propaganda comunista.

UNA VIDA SIN ESENCIA

El 21 de marzo de 1935 las calles de Madrid se estremecen con un nuevo grito:

—¡«Arriba!»! ¡Ha salido «Arriba!»!

El nuevo semanario, a ocho columnas, que se vende por las esquinas, trae a los ciudadanos el valor preciso de la palabra escrita del Jefe de la Falange Española.

«España se ha perdido a sí misma; ésta es su tragedia. Vive un simulacro de vida que no conduce a ninguna parte.»

EL DIQUE CONTRA LA MAREA

En la Cuesta de Santo Domingo había una pajarería. Por los días 15 y 16 de noviembre, un grupo de muchachos — treinta años como media— se detenían a ver los pajaritos. Luego volvían a caminar y entraban en el número 3 de la misma calle. En aquella casa se estaba celebrando el II Consejo Nacional de Falange. De allí saldría la creación de un frente nacional capaz de oponerse a la marea de la revolución marxista.

El ideal en Madrid se va esparciendo. Otro mitin clausura el Congreso. Y son ya 15.000 afiliados los que escuchan la doctrina del Partido. Madrid ve desfilar, asombrado, 15.000 hombres dispuestos a todo: a dar la vida, como se vería después, en defensa de la permanente unidad de la Patria.

UNA HORA: LA DE LA FALANGE

Llega el 16 de febrero de 1936. Amanece un día gris y triste, tal vez como un presagio. Las paredes de toda España estaban cubiertas de horribles carteles de propaganda. Y las izquierdas—Azaña va a vivir su segunda ocasión—triunfan en las urnas o las hacen triunfar los muñidores de votos.

La noticia de la vuelta al Poder de las izquierdas cae de distinta manera en la opinión de los ciudadanos. Estupefacción, corrillos, tertulias en voz baja. Hay sectores que no son capaces de reacción. Ha sido como si un velo de niebla les quedase por los ojos.

Entonces, en ese momento de triunfo izquierdista, no se han dado cuenta los victoriosos de que en aquel momento acababa de sonar una hora: la de la Falange. Las horas de sufrimientos y cárceles, que traerán un desenlace cruento para el país, pero decisivo en su Historia.

LA CARCEL MODELO, ESCENARIO DE UN NUEVO ACTO

No ha transcurrido apenas un mes después de las elecciones cuando el Jefe Nacional de Falange Española es detenido en su casa por unos agentes del Cuerpo de Policía.

En los calabozos de la Dirección General de Seguridad se van reuniendo forzosamente los miembros de la Junta Política. Y entonces, en un acuerdo que no tiene preparación, suena el «Cara al Sol».

—¡A callar! ¡Vosotros ya no pintáis nada! Ha triunfado la República laica—les grita un guardián.

Pasan diecisiete horas largas, hasta que los detenidos son trasladados a las Salesas. Allí declaran ante el Juzgado, constituido en un cuarto de la planta baja. Una ventana abre una tentación de fuga, pero ninguno intenta la huida.

Luego, la Cárcel Modelo es el escenario de un nuevo acto. A José Antonio, ironías del azar, le toca la celda que ocupó Largo Caballero. Lee y escribe. Juega al ajedrez y al fútbol. Fuera, la gente espera—una espera imposible—en la libertad del Conductor.

«ME SACAN DE AQUI PORQUE VAN A MATARME»

En el proceso se reconoce la legalidad de la Falange. Todos, aunque siguen detenidos en concepto de presos gubernativos, son absueltos. Todos menos José Antonio. Pesa sobre él otro proceso: el que ha incoado en contra suya el director general de Seguridad, el siniestro Alonso Mallol, al enterarse de las frases con que José Antonio ha censurado las irregularidades cometidas en su detención.

El 6 de junio, el director de la Cárcel le comunica el traslado a la prisión de Alicante. José Antonio profetiza:

—Me sacan de aquí porque van a matarme.

El 20 de noviembre una descaída escribió la última palabra de una vida ejemplar.

LA HERMANDAD UNIFICADA

Ha pasado casi un año de guerra. Los viejos falangistas de Castilla, los avezados requetés de Navarra, los ilusionados españoles todos, combaten juntos en el frente. Hay un hondo sentido tradicional en esta hermandad. El ideal firme de defensa de la Patria está sellado con sangre juntamente vertida.

El 19 de abril de 1937, Salamanca oye pronunciar unas bellas y hermosas palabras: «En el nombre sagrado de España y en el nombre de cuantos han muerto, desde siglos, por una España Grande, Unica, Libre y Universal, me dirijo a nuestro pueblo para decirle: Unificación.»

Las palabras del Jefe del Estado y Jefe Nacional del Movimiento han consagrado la unión. Desde aquel momento existe Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

FRANCO Y LA FALANGE

Muerto José Antonio, la Falange necesita un nuevo Jefe. Los falangistas que luchan en los frentes sienten como propia la figura de Francisco Franco. José Antonio sabía que el general Franco era el prestigio más puro del Ejército español. José Antonio le había conocido en Oviedo. En 1934 le escribió una carta:

«Mi general: Tal vez estos momentos que empleo en escribirle sean la última oportunidad de comunicación que nos quede, la última oportunidad que me quede de prestar a España el servicio de escribirle... Una victoria socialista tiene el valor de una invasión extranjera... La idea de Patria se menosprecia. Toda nación ganada por el socialismo desciende a la calidad de colonia o de protectorado... Dios quiera que acertemos todos en el servicio de España...»

Así se ofreció José Antonio a Franco el 24 de septiembre de 1934. Y Franco piensa en José Antonio. Lo cuenta el «Tebib Arrumí»:

«Hay que contar con José Antonio íntegramente. Yo puedo darle el Ejército; que me dé él la juventud y seremos invencibles...»

He aquí la síntesis perfecta.

LA FALANGE SILENCIOSA

Es la época que ve miles de falangistas, dos, o tres, o veinte en cada pueblo; cien, o mil, en cada provincia de las sometidas al terror rojo, tienen que buscar inverosímiles refugios. Se les persigue como a alimañas, se les busca casa a casa, piso a piso, calle a calle, pueblo a pueblo. Un falangista apresado, un jefe local detenido, vale para los rojos por cien de cualquier otro matiz. Sabían que aquella juventud, por dondequiera que alzaba su brazo o su voz hacía surgir otros muchos contagiados de la misma arriesgada idea, una idea que, una vez iniciada la guerra, iba a tener visos de epopeya.

La Falange tenía a sus dirigentes más activos y «peligrosos» en la cárcel. Muchos cayeron los primeros días. Algunos lograron escapar. Otros pudieron esconderse. Esta etapa de la Falange si-



«Madrid, a nuestro paso, experimentaba la sacudida de lo que todos anhelaban sin formularselo: gritar unido, la fiesta de la unidad»

(7 de octubre de 1934)

lenciosa vive el heroísmo. La Falange actúa formando un núcleo de resistencia, agitación y desmoronamiento del enemigo. La Falange no sólo mina el terreno del enemigo, dándole ímpetu y peligrosidad a la llamada «Quinta columna», sino que aun amordazada, deshecha, desde las cárceles, desde los campos de trabajo, incluso desde los frentes, fué el catalizador de las energías dispersas.

La Falange era una organización de ataque, y como a tal se la trató durante la época roja. No hubo para ella ni cuartel ni tregua. Su vehemencia e intransigencia mantienen a la España sometida en disposición de ánimo para no aceptar nunca la posibilidad de un trato político con el enemigo.

VIENE LA PAZ

Durante unos años de paz —paz aparente muchas veces, porque fuera de España había guerra—, la Falange no ha perdido su visión objetiva y terminante de la realidad española. La Falange ha ido amasándose en la vida nacional, interviniendo en todos los proyectos de trascendencia y resonancia, dando siempre a todas las circunstancias y eventualidades el matiz definido del 18 de Julio. Por una parte, la Falange ha mantenido inmovible el depósito de la doctrina en las actividades nacionales, desde la política hasta la social, pasando incluso por la religiosa.

La Falange cuidó, sobre todo, de que no se torciera por ninguna contingencia y compromiso accidental la fuerza sustancial de una doctrina. Así, en el año 1945, ante el gesto de la O. N. U. que trata de separar a España del resto del mundo, la Falange se concentra y motiva una de las manifestaciones más imponentes que ha presenciado España, fuera del 18 de Julio. En aquel diciembre de 1946 se advierte de nuevo en las calles madrileñas un día falangista clamoroso y pacífico, que tiene por sello el orgullo y el gesto de la independencia. También el día del referéndum, en que la Nación tiene que enfrentarse ante una decisión trascendental y básica, la Falange sirve de aglutinante a la voluntad de supervivencia e interpretación, junto a Franco, la aclamación



20 de enero de 1933: la triste fotografía de «actualidad permanente». Requisa de automóviles y cacheo de transeúntes



«Nosotros, que rechazamos los puestos de vanguardia de los ejércitos confusos que quisieron comprarnos con sus monedas y deslumbrarnos con unas frases falsas, nosotros ahora queremos el puesto de vanguardia, el primer puesto para el servicio y el sacrificio»
(Del discurso en el cine «Madrid», 17 de noviembre de 1935)

de toda la gran masa de ciudadanos.

LA IMPORTANCIA DE LAS INSTITUCIONES

Durante estos años la Falange tiene a su cuidado organizaciones de la máxima eficacia y de un gran valor en el conjunto nacional. Son organizaciones ensambladas de tal modo en la vida española, que es imposible entender la actualidad de este pueblo sin confrontar el peso y la perspectiva de tales instituciones. Nos referimos a los Sindicatos, al S. E. U., al Frente de Juventudes, a la Sección Femenina, instrumentos todos ellos de capital importancia en la tarea de reconstrucción. Es imposible concebir planes y proyectos de cultura, de justicia social, de garantía política y convivencia sin tener en cuenta y valorar como decisivos estos órganos de expansión y colaboración.

La Falange, pues, unas veces visible y palpable, y otras veces conjugándose y armonizándose en los intereses y preocupaciones generales, siempre ha estado en la brecha.

HA LLEGADO 1953

Y ahora, en el año 1953, la Falange se moviliza. Esta movilización no tiene ningún sentido más que el de comprobar ante toda la Nación el balance de toda una obra, y al mismo tiempo trazar para el porvenir planes y consignas de resonancia nacional.

La Falange entraña el espíritu de 1933 y del 18 de Julio; permanecen incólumes el entusiasmo y aquella preocupación que hizo decir a José Antonio que le dolía España.

Sobre Madrid se va a volcar la Falange. Falanges que no vienen en son de lucha, sino en afán de universal cooperación; Falanges que vienen a Madrid en trenes especiales y en caravanas de autobuses para pulsar en el centro geográfico de España la convergencia de esa Milicia que no duerme ni descansa, esa Milicia que estudia, trabaja y reza, y que es la fuerza más coordinada que tiene España.

A estas horas, las Jefaturas Provinciales están ultimando los detalles de esta marcha. Sólo es posible enviar a Madrid representaciones contadas, y hay que eliminar de la expedición a millares de camaradas que ya tenían lista la camisa y los distintivos. En estos momentos, los guiones de cada provincia se pegan de pie, sabiendo que su objetivo es Madrid.

Llegará a Madrid la unidad de los hombres y las tierras de España, falangistas del campo y del mar, del taller y de las Universidades. No será una Falange de Huesca y otra de Cáceres, sino que será esa Falange única que representa en cada localidad la permanencia y un esfuerzo permanente de rehabilitación social.

Y lo mismo que un día que se reunió en el Aito de los Leones para reiterar fidelidad a los caídos en la guerra, ahora se reúne en el campo de Chamartín para darle a esta jornada final de un Congreso laborioso, que tiene ante sí un temario práctico de cuestiones de primerísima importancia que tratar, un aire deportivo y alegre. Unos 150.000 camaradas de todas las latitudes se dirigen ya a Madrid por carretera o en tren, en un afán de concordia y hermandad.

No puede decirse que este viaje suponga una alegre excursión. Aparte de que los gastos van a cuenta del expedicionario, los alrededores del campo de Chamartín recogerán a miles de falangistas dispuestos a dormir al raso, lo cual ya es costoso después de un viaje en tercera.

Madrid va a tener en estos días un aire jovial y sano de campamento inmenso.

La Falange existe y es plenamente adulta. En este magno Congreso se tratan temas de máximo interés. Pero de interés, aun más que para los propios falangistas, para la unidad recobrada y jubilosa de España. Todo hace predecir que los días grandes se repiten.

EL ESTADO EJECUTIVO EL MOVIMIENTO IMPULSIVO

LA FALANGE JUZGA EQUIVOCADA UNA CONCEPCIÓN DE ESPAÑA DESDE UN ANGULO VISUAL, PARTIDISTA Y MONOPOLÍSTICO

Declaraciones especiales para EL ESPAÑOL, del Ministro Secretario General del Movimiento señor Fernández-Cuesta

AL cumplirse el vigésimo aniversario de su Fundación, la Falange celebra un Congreso Nacional. Sus hombres más representativos, con el peso de la experiencia de toda una vida gastada en el desarrollo y realización de los propósitos, sentido y principios, que constituyen la medula y la razón de existencia del Movimiento Nacional, están reunidos en Madrid y estudian los problemas de índole económica, social y política más importantes. Esta labor se concretará en una serie de conclusiones que resuman los puntos de vista de F. E. T. y de las J. O. N. S. sobre dichos problemas.

Todos los aspectos y vicisitudes del Congreso confluyen sobre la mesa de trabajo del señor Fernández-Cuesta. El Magisterio del que fué primer Secretario General de la Falange representa ya todo un cuerpo de doctrina y orientaciones que abarcan, en su compleja y densa variedad, todo el conjunto de cuestiones, tareas, afanes y objetivos con los que el Movimiento—por su misma naturaleza y misión—se enfrenta cada día al servicio de España y del pensamiento del Caudillo.

En el despacho del señor Ministro, el minuto de ningún modo puede pasar de los sesenta segundos. A ser posible, hay que restarle algunos en bien de todos y de todo. Sabemos que esperan varios colegas, correspondientes de importantes periódicos extranjeros, y tomamos con rapidez las respuestas que formula, sin titubeos, a las preguntas que le hacemos, por cierto casi sin levantar la vista de nuestro blok de notas. El perfil humano del Ministro es familiar para todos los españoles y nos interesa, muy particularmente, que no se nos escapen los matices de sus expresiones y giros.

—¿Cuál ha sido la perspectiva con que Falange ha visto a España desde su fundación?

—La Falange juzga equivocada una concepción de España desde un ángulo visual partidista y monopolístico, que no admita más savia nacional que la que llegue por un solo conducto, siendo así que esa savia puede afluir al corazón de España por varias arterias y canales. Esta política de unidad la ha venido defendiendo la Falange en una línea de conducta invariable, desde sus días fundacionales; defendiéndola como foso infranqueable en torno al Caudillo, cuando algunos hubieran querido esterilizarla con sus cobardías y claudicaciones.

—Considerando el principio de unidad nacional como decisivo para la suerte de España, ¿cuáles son las características que hacen fecunda esa unidad?

—Para llegar a esa unidad hace falta una coincidencia previa sobre unos principios fundamentales: un auténtico catolicismo, un propósito de justicia social y un sentido de la vida, entendida como servicio a estos ideales. Queremos que la unidad sea amplia y generosa y comprenda cuanto limpio y valioso se ha producido en España a lo largo de su historia.

—¿Cómo ha de entenderse el paralelismo político y las relaciones del Estado y del Movimiento, según la doctrina de la Falange?

—El Estado ejecuta, decide, realiza; el Movimiento impulsa, vitaliza, colabora. El Estado tiene una rigidez, una disciplina y una responsabilidad que le impide hacer y decir, a veces, lo que al Movimiento, más espontáneo y libre, no le está vedado. El Estado ha de tener la fría, serena y equilibrada actitud del soberano; el Movimiento, la pasión política y el entusiasmo popular. El Estado, arquitectura, ordenación y forma,

DECIDE Y REALIZA; SUSTANTIALIZA Y COLABORA

se nutre y se renueva de la sustancia social que el Movimiento le proporciona, y por eso junto a cada organismo o función estatal, paralelo a ella, el Movimiento abre su cauce, para que ese impulso, esa inquietud, no llegue al Estado de manera confusa, encrespada o tumultuaria, sino debidamente identificada y definida.

—¿Cuál es la concepción del sindicalismo falangista y en qué se distingue de otros tipos de organización sindical?

—Dentro del cuadro constitucional del Estado, el Sindicato puede ocupar distintas posiciones: la gubernativa, la clasista, la nacional. La primera es una solución típica de los regímenes de estructura comunista. Este Sindicato se transforma en instrumento de la Administración gubernamental, que por sí mismo absorbe la realización completa de los fines del Estado.

En cuanto al Sindicato clasista, corresponde al régimen de partidos, al servicio de los cuales actúa y los cuales se sirven de él como fuerza política. Su insolidaridad social ha ido imponiendo en todos los países medidas que tienden a corregir los desmanes que quebrantan el orden y el bien comunes.

Por lo que se refiere al Sindicato Nacional, sirve al propósito de hacer justicia dentro de las ideas de la comunidad, de la economía y de la conciencia nacionales. Estado y Sindicato sirven, dentro de sus respectivas esferas de acción, fines coincidentes. El Estado no impone al Sindicato la constitución y estructura de todas las asociaciones que aspiran a llamarse legales; pero, en lo sustancial, en sus orientaciones, en la elección de sus rectores y administradores, los Sindicatos son absolutamente libres y también absolutamente democráticos, en el sentido tradicional de la palabra, puesto que todo su sistema de representación es electivo.

—¿Qué misión ha cumplido el Sindicalismo Nacional?

—Los Sindicatos Nacionales del Movimiento han cumplido tres fines fundamentales: la defensa de los trabajadores; implicar al mundo del trabajo en la acción política por medio de una representación desconocida fuera de nuestras fronteras y, en definitiva, ser un instrumento de paz e inteligencia entre cuantos participan en la producción. En fin, el Sindicalismo Nacional, en lugar de tener una posición enemiga del Estado, de aspirar a gobernarle o destruirle, aspira a ser la esencia de la nueva organización estatal.

—¿Cómo juzga el Movimiento la función del Municipio dentro de la realidad nacional?

—Los Municipios son, con el Sindicato y la familia, la auténtica estructura social y humana del Movimiento. El Movimiento ha devuelto al Municipio su fisonomía de órgano del pueblo y de relación de éste con el Estado. El Municipio es una unidad fundamental de la comunidad española a los fines de la convivencia y de la representación política.

—¿Quiere decirnos algo respecto a la tarea actual de la Universidad?

—Formar profesionales e investigar la ciencia son las funciones que se suelen asignar a la Universidad. Pero la Universidad tiene además otra faceta que, lejos de ser secundaria, la estimo primordial: la de hacer al universitario auténtico, es decir, que lo mismo el profesional que el científico estén identificados con el destino nacional, que no se consideren desligados de él. No les es lícito preocuparse sólo, egoístamente, de su profesión o de su ciencia, ni menos aun utilizar toda la influencia social de su prestigio universitario para hacer política dispersadora, centrífuga y contraria al ser tradicional de la Patria.

A la Universidad llegan también los ecos angustiosos de la inseguridad que vive el mundo, y la Universidad debe ayudar al rearme moral y espiritual para hacer frente a la revolución científica que estamos viviendo.

—¿Cuál es la posición de la Falange ante los problemas que afectan hoy a la clase media española?

—Si por razones de justicia nuestro Movimiento ha realizado una política en defensa del trabajador, esas mismas razones piden una análoga preocupación por el problema de las clases medias, que, sin los medios propios de defensa de las altas ni los que proporcionan a las bajas la fuerza de la coalición y la experiencia revolucionaria, quedan así abandonadas al heroísmo callado de la lucha individual, sin conciencia de su propio valer político y social.

—¿Qué papel juega la Hispanidad en el mundo de hoy?

—Puede ser la salvación de toda la cultura de Occidente, porque es una inmensa fuerza tan europea como americana, capaz de entender y aunar el Viejo y el Nuevo Continentes, El puente entre Europa y América que ella representa no aspira a ninguna hegemonía, sino a la conservación de todos los valores espirituales que, procedentes de Roma, de Grecia y del catolicismo, supieron trasvasar a los pueblos anclados en la otra orilla del Mar Tenebroso. La Hispanidad es la esperanza moral del mundo moderno.



—¿Cuál es el problema universal de mayor importancia histórica?

—El problema universal creado por Rusia sigue sin resolverse y seguirá mientras la amenaza comunista no sea vencida o destruida materialmente primero y después incorporada a la política mundial en lo que representa de preocupación social. La conducta española ha sido bien expresiva, tanto desde el punto de vista social como desde el internacional.

—¿Cuál es la actitud de la Falange a los veinte años de su fundación?

—Muchos y decisivos han sido los servicios que la Falange ha prestado desde su aparición hasta la fecha. Ahí están, constituyendo ya la historia de los últimos veinte años. Pero por muy importantes y decisivos que hayan sido, no menos importantes y decisivos han de ser los que la Falange está llamada a prestar en los años futuros.

Y así, firmes, nos sentimos leales a una idea que nació en servicio de España y que desde hace veinte años vienen sirviendo de guía a muchos miles de españoles: la armonía y unidad de España, de sus hombres y sus tierras. Con el estilo militar que José Antonio quería, las implantó un Caudillo de genio gobernante, que no dudó y que cree en la Falange porque ama a España. Armonía y unidad que celosamente velan los que a sus órdenes trabajan con él, decididos a que el sacrificio de los mejores, que José Antonio simboliza y representa, no resulte un sacrificio estéril.

Son casi las once de la noche. Por la actitud del personal de la Secretaría y el clima que recogemos en los pasillos, no parece que la jornada lleva trazas, ni mucho menos, de terminar por ahora.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SR. D. EMILIO RODRIGUEZ TARDUCHY

H3 vivido uno tras otro los veinte años desde la fundación de la Falange y aun los dos anteriores de la existencia del jonsismo, y así como tú representas la fidelidad a don Miguel Primo de Rivera a través del tiempo y del espacio trasmutándose y trasmutados en falangistas, yo soy (entre otros) el exponente de una juventud que en 1931 se dispuso a intervenir en la política de España, pero tasando su actuación hasta el medio siglo menos un lustro, porque a partir de esa edad, sin ninguna dilación ni aplazamiento, tenía que quedarse desmovilizada, licenciada, en sus cuarteles invernales. A pesar de que tú eres de la vieja guardia del Dictador y yo vengo de la joven guardia del sindicalismo nacional en sus albores, somos ambos, al final, veteranos, y ya se puede hablar y recordar contigo los sucesivos crecimientos de la Falange, porque la Falange se ensanchó a la manera de los ríos que aumentan su caudal por medio de sus afluentes y como se engrandeció Castilla, que al principio fué Condado; luego, Reino, y a la postre, imperio.

En octubre de 1931 redacté el acta legal de constitución de las J. O. N. S., como secretario de la entidad naciente, en presencia de un policía que no sospechaba que nuestros epítetos desiderativos (Una, Grande y Libre) iban a inscribirse en el escudo español. En 1933 la Falange estaba ya madura para irrumpir, modelada por el genio universal de José Antonio, en el escenario del teatro de la Comedia, donde Ortega y Gasset, otros veinte años antes, había alzado en vano la bandera de su «Liga de educación política». La Falange se hizo adulta al absorber a las J. O. N. S., a cuyo Consejo nacional, para decidir la fusión, asistí como protagonista, y todavía me acuerdo de las sesiones clandestinas celebradas, durante el carnaval de 1934, en el ático de la casa de la librería Espasa-Calpe y sobre la antigua redacción de la «Revista de Occidente». Se presentó allí Julio Ruiz de Alda, en nombre de José Antonio, para enterarse de nuestro voto, favorable a la unificación, y en seguida firmaron José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos el documento de nuestro común destino.

La inmediata y definitiva unificación, en la que Falange de las J. O. N. S. se hizo mayor en edad, saber y gobierno, fué la acontecida en Salamanca, sede del cuartel general, y no me olvido cómo el embajador don Francisco Agramonte trabajaba como mecanógrafo de una tesis parecida a esta carta en una clase convertida en medio oficina, medio celda, del palacio de Anaya, y cómo cenábamos alrededor de una mesa con periodistas y diplomáticos frente al palacio episcopal, cuando la radio salmantina difundió las palabras del Caudillo proclamando la necesaria, imprescindible, beneficiosa y deseada desde milenios Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. La voz de Franco me penetró en la hondura del alma, a semejanza de la voz de José Antonio el 29 de octubre o de tu voz cuando rememora en cada aniversario la voz fundadora.

Uno ha estado en todos los sitios, en todas las catacumbas y ha participado de las intuiciones, vivencias y ensueños del Fundador y de sus camaradas, por lo que con tantas añoranzas y datos exactos se podría escribir el mejor reportaje del siglo. Después han acudido los tratadistas de Derecho político, Derecho administrativo, los doctrinarios, los ideólogos, los ensayistas y los Gobernadores Civiles procedentes (gracias a Dios) del S. E. U.; pero tú sabes, tanto como yo mismo, que la fundación de la Falange no se debió a un albur, a un capricho, ni a un mimetismo y un plagio extranjerizante, sino a una tradición nacional pendiente que procedía de nuestra unidad, siempre en precario; porque las potencias limítrofes habían

explotado nuestra orografía y nuestras pésimas comunicaciones interiores, gravitando sobre el carácter, para inculcoarnos que éramos insolidarios, cantonales y facciosos. Aunque propugnamos la justicia social con fórmulas drásticas, desde el primer día la Falange nunca fué un partido de izquierdas, ni tampoco un partido de derechas. Esto ya es tópico, pero es la verdad, puesto que los arquetipos de derecha e izquierda no valían nada y significaban la época de nuestra servidumbre y nuestra decadencia. La Falange ha sido, es y será un movimiento cristiano, en lo que el cristianismo puede ser de este mundo.

Cuando apareció la Falange, las metnadas de la Restauración no existían (contra las cuales disparó la última flecha Ortega y Gasset en su discurso del teatro de la Comedia) y los partidillos de la República (puestos en solfa por José Antonio el 29 de octubre en el teatro de la Comedia) no habían calado en la juventud y en el pueblo y se reducían a figurar sobre el papel, de donde salían las papeletas del voto. Sólo el carlismo era un venerable señor que se había parado en la centuria pasada en las puertas de las ciudades, donde después entró Franco con sus soldados. O sea, San Sebastián, Bilbao, Barcelona y Madrid. Su ideología era verdadera en cuanto se purgase de un libresco tradicionalismo francés, aunque su sangre y su heroísmo eran superiores a su doctrina. Sólo el socialismo era otra fuerza: veraz, pero a punto de traspasarse a la U. R. S. S. y traicionar a España. Aun antes de la unificación la Falange heredó y esgrimió honrosamente todas las razones del carlismo frente al liberalismo y a la Monarquía liberal, del mismo modo que recogía la pasión social de los socialistas pasados a Rusia y la inquietud de la C. M. T., que era una utopía, no obstante, su idealismo en medio de la entraña española, porque fomentaba nuestros fermentos disgregadores. La Falange tomó su estilo militar de la Legión, más bien que de las discusiones dorianas acerca del estilo, y no desdeñó las metáforas de los escritores liberales, cuyo liberalismo estéril se constreñía a metaforizar lindamente.

Así es, camarada Tarduchy, que no fué un partido minoritario en 1933, sino una congregación, una quintaesencia masiva, un plebiscito nacional puesto en marcha, donde convergieron todo, los haces, sumandos y fragmentos, junto con los impulsos más audaces de la hora: la mujer y los jóvenes. La Falange era el eterno femenino, lo más moceril, lo más antiguo, lo más revolucionario, lo más conservador, lo más español, lo que más se llevaba en Europa; esto es, lo más amplio y generoso de España. Así pudo, apenas fundada, pasar por la prueba del fuego (esto es, de la guerra), perder a José Antonio, casi a los demás fundadores y no desmerecer de los proyectos, de los primitivos programas. La usura de veinte años, de dos décadas encima de los hombros, nos encuentra más gastados y envejecidos, pero la Falange está intacta. Los que se reunieron un domingo de octubre en torno a José Antonio han podido variar y transformarse, pero José Antonio no ha variado. La gran suerte es que no vemos a un José Antonio cincuentón y encanecido como nosotros, sino a un José Antonio juvenil e intemporal que se adelanta en el proscenio de la vida española con la misma intrepidez que en el teatro de la Comedia o delante del pelotón de fusiles. La suerte es que José Antonio no ha cambiado, como Francisco Franco; el Jefe nacional de la Falange (por un milagro de su voluntad) no cambia, sino que persevera, permanece y persiste al servicio de Dios y de su pueblo. Los problemas sin resolver, aparte de cuantos han sido ya resueltos, tienen que resolverlos, mandados por Franco, los falangistas, que no son de derechas, ni de izquierdas, ni fascistas, ni «fallangistas», según inventa el homúnculo de las facciones, sino españoles totales y cabales, interpretando el genio de España con la idéntica reiteración de la liturgia de nuestra Santa Iglesia Católica cuando repite: Así era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén. Y acá sea.

DE las «Cartas al director» que recibe de sus lectores cualquier periódico, la mayoría tienen su destino natural en el cesto de los papeles, y esto no por torpeza o desvarío del firmante, sino por su falta de conocimiento de los hechos, y, sobre todo, de lo hecho: pide uno que se instale tal línea de autobuses, que juzga muy útil y lleva razón, pero ignora que se instaló hace ya diez años y hubo que suprimirla, o bien ignora que está ya ejecutándose la instalación; ver poner los postes o los cables no le entra tan por los ojos como verlo anunciado en el periódico.

Existe desde 1936, por lo menos, una línea política definida en cuanto debe definirse y es susceptible de definición. Existe, desde que Burgos era capital de España, una línea económica congruente con los fines supraeconómicos y con las situaciones de hecho económicas y extraeconómicas. ¿Acaso, en plena guerra, no se preguntó a todos y no se escuchó a todos? Escuchar no es aprobar (si lo fuera, sería disparatado el consejo de «escuchar a todos»). Por otra parte, en las consultas hubo quien perdió su reputación. Quienes sabían mucho de soluciones inglesas, en el hecho de traerlas a colación mostraban saber muy poco de problemas españoles. Fueron superadas las visiones parciales. ¿Es que acaso podrían reducirse las dimensiones de una guerra civil a las dimensiones de un elenco de temas inconexos y estancos? Fué estudiada la necesidad de aumentar la producción y no pasó inadvertido que la ruta hacia el aumento de la producción no coincide fácilmente con la ruta de la necesaria redistribución de los bienes. No tapó el problema económico al problema social, ni el social al económico. Se estudió todo, absolutamente todo lo que ahora algunos, en sus «Cartas al director» opinan, con muchísima razón, que debe estudiarse, aunque ignoran, sin razón alguna, que fué estudiado ya.

El resultado ¿fué un plan? Sí; el resultado fué hacer un plan e irlo cumpliendo; el resultado no fué publicar a bombo y platillo las brillanteces de concepto de un plan. Ceder a esa tentación habría sido como exponer, a manera de suplemento a un parte oficial de guerra del Cuartel General del

Generalísimo: «Nos proponemos que, cuando se declare, se riña y se termine una segunda guerra mundial, y cuando las naciones se preparen para la tercera, España, que habrá permanecido neutral, firme unos acuerdos económicos y militares con los Estados Unidos, que poseerán una cosa llamada bomba de hidrógeno, al igual que Rusia, concebidos en los siguientes términos».

España, ni debía cantar a grito pelado una línea económica que habría de ser combatida por todos sus enemigos, ni tampoco fijarla con tan alto grado de precisión, inflexibilidad y dogmaticidad, que resultara irrealizable en un mundo de seres humanos no tan sujeto a la matemática como a la historia.

Era preciso afrontar el problema de la insuficiencia de las industrias básicas (hierro, carbón, cemento, electricidad, añádase el de los fertilizantes), sabiendo que existía un monopolio industrial y comercial de hecho, sabiendo cuántos fallos hay en la tributación, cuánta gravedad en la ocultación, cuánta ferocidad en la concurrencia económica de un país radicalmente pobre y radicalmente agravado en su situación por la guerra; sabiendo que al capitalismo español no puede tratársele con mano de hierro, porque es demasiado débil, ni con mano blanda, porque es demasiado tímido; sabiendo que aquí hay una disposición para hacer la trampa que se anticipa con mucho a la disposición para hacer la ley, por donde no estaba el quid tanto en la falta de legislación como en la de ejecución; sabiendo, en fin, que era imperativa sin atenuantes ni dilaciones una política social que no podía dejarse para el día siguiente al día en que la política económica tuviese motivos para respirar satisfecha y ahita de éxitos.

Todo esto se tuvo presente, todo se estudió y se hizo, y se estudia y se hace cada día. ¿Tiene ahora algún sentido pedir que nos pongamos a planear, desde su misma base, lo que hay que hacer? ¿No es infantil el «no vale, echemos china otra vez»? ¿Hay quien no se ha enterado que el recomienzo perpetuo es el más estéril de los delirios?

Luis PONCE DE LEON

MARGENES COMERCIALES

LA codicia de los especuladores, sin más límite que su ilimitado afán de lucro, y la aparición de una red de falsos intermediarios, creada al amparo de una viciosa interpretación de la libertad de comercio, han desequilibrado, en muchos artículos de primera necesidad, la proporción que normalmente debe existir entre los precios de consumo y los costes de producción. Se ha provocado, así, un ficticio encauchamiento del mercado contra el que no podrían reaccionar jamás los consumidores abandonados a sus propias fuerzas porque les resulta naturalmente imposible el abstenerse de comprar.

Las Juntas Reguladoras de precios y márgenes comerciales que, establecidas con indiscutible oportunidad por un reciente acuerdo del Consejo de Ministros, han comenzado a funcionar estos días, responden, por lo tanto, a una necesidad cierta y urgente: ajustar los precios de venta al consumidor, de los artículos libres, a las cotizaciones que realmente alcanzan en los mercados de producción y origen. Para ello, y para que los beneficios de la rebaja de precios repercutan directa e inmediatamente sobre las economías familiares, en particular sobre las de ingresos más reducidos, las Juntas Reguladoras fijan los márgenes comerciales absolutos por unidad de cada artículo de venta, de modo que la rebaja alcance a todos los consumidores, por pequeña que sea su compra en el mercado.

Esta determinación no se realiza arbitrariamente. A partir de los precios de coste en producción, se estudian, con objetividad y espíritu de justicia, los incrementos normales que deben añadirse a estos precios por el transporte y almacenamiento necesarios y por el beneficio lícito del vendedor directo, del detallista. Ningún interés realmenté defendible queda desamparado. No se pretende expulsar del tráfico mercantil a los intermediarios que realizan una función necesaria e imprescindible. Ni se intenta, tampoco, el restablecimiento de un régimen de intervención que restrinja la auténtica libertad de comercio. Se trata, eso sí, de evitar las maniobras especulativas y eliminar las intermediaciones innecesarias; de defender, por el bien común de la sociedad, el nivel de vida de los consumidores; de liberar al comprador del injusto tributo que, como interés usurario de su oportunidad y salario indebido de su función, quieren percibir los especuladores y los intermediarios inútiles, inflando artificialmente los precios.

La acción de las Juntas Reguladoras no contradice la libertad comercial que pueda requerir el mercado para su normal desenvolvimiento. Al contrario, cortando abusos facilita la libre concurrencia y suprime obstáculos entre los productores, los detallistas y el público. Tiende, en definitiva, a mantener una correlación adecuada en el mercado entre el nivel de la oferta y el nivel de la demanda.

El sistema, previsto como mecanismo de control, de autodisciplina económica, cuenta con el asesoramiento técnico de la Comisaría General de Abastecimientos, que proporciona una información rápida y exacta de las cotizaciones de origen y destino, y con dos brazos ejecutores en el ámbito local: los Ayuntamientos y sus propios organismos.

Pero sería ilusorio pensar que este propósito pueda conseguirse rápidamente y sin dificultades. Se persigue un objetivo posible, desde luego, pero que no puede alcanzarse sin una lucha constante y tenaz. El éxito de esta campaña, como el de todas, no depende sólo del acierto estratégico de los Estados Mayores. Es necesaria, además, la colaboración decidida y valiente de las tropas. Y las tropas son aquí los propios consumidores, que deben defender, en todo momento, sus derechos, sin pactar nunca, ni transigir jamás, con las treguas habilidosas que discurren los que pretendan especular en

nombre de una turbia libertad de comercio que no puede confesar su verdadero propósito, ni revelar su nombre.

El Gobierno ha cumplido su parte. Las Juntas Reguladoras están constituidas y sus primeras listas de precios tope publicadas. Queda sólo pendiente, y no existe razón alguna que pueda justificar su ausencia, la colaboración de todos. De los comerciantes, que deben acatar con disciplina los márgenes comerciales fijados y orientar su contabilidad sobre la base de un beneficio pequeño en un régimen de venta extensa y no sobre el módulo de la venta corta y el beneficio largo. Del público consumidor, que no debe pagar un céntimo más de lo marcado, para cada artículo, por las Juntas. Que debe denunciar, sin vacilaciones, cualquier abuso, porque la especulación ilícita sobre artículos de consumo impone la denuncia como deber inexcusable de ciudadanía.

EL ESPAÑOL

UN BALANCE SIN CIFRAS

SIN la presencia de la Falange en el palenque nacional, la historia genuinamente española se hubiera truncado tal vez definitivamente. No era posible recuperar la vena tradicional sin tomar plaza limpiamente dentro de nuestro tiempo. Cualquier otra postura habría representado la esterilización de esa misma veta y sustancia tradicionales. Si el Movimiento no rescata, desde su origen, la solidaridad con lo valioso, correcto y operante del pasado e incorpora la voluntad irrefrenable de conquistar un orden económico social más justo, que movía y mueve los resortes más activos del mundo del trabajo, la desintegración de España estaría consumada.

Ante estas dos caras de la problemática nacional se perfilaron de vez en cuando actitudes, posturas y hasta sinceras intenciones de signo ecléctico. Todos recordamos programas políticos que, bien en virtud de exigencias de orden táctico, bien como remedio urgente, como tratamiento terapéutico, trataban de casar en sus cláusulas ambas tensiones. Pero no era el espíritu propicio a las «concesiones» inevitables, sino un más serio, profundo y trascendente espíritu de superación el que podía ser eficaz. La antinomia tenía que ser salvada por una síntesis que fundiera, en nombre de una concepción superior de la persona humana, de la sociedad y del Estado, clásica y progresiva al mismo tiempo, las dos tendencias, entonces de hecho encontradas y beligerantes entre sí. Esta síntesis era lo único con virtualidad y poder suficientes para unificar los dos elementos antagonicos y proyectarlos hacia una tarea nacional y misional: la de mantener vigentes y en ejercicio los valores hispánicos en el mundo, y en este mundo de hoy, precisamente, con sus hallazgos positivos y con sus lacras y necesidades.

Por eso no era un programa, sino toda una doctrina política, todo un sistema de vida privada y pública lo que había que alumbrar e imponer. Esta doctrina y este sistema, este juego de principios y estilo políticos es cierto que representaron algo no fácilmente asimilable y aceptable, tanto para unas zonas de compatriotas como, y muy particularmente, para el exterior.

Nuestra guerra de Liberación—prueba con-

tundente de la legitimidad histórica del Movimiento—hizo violentamente evidente el mandato, el imperativo natural de la conjugación y fusión en unidad de la viril corriente tradicionalista y la incontenible y actualísima Falange. Desde las alturas de este vigésimo aniversario del discurso jundacional de José Antonio en el teatro de la Comedia es irrefutable e invulnerable la congruencia del proceso español. Y esta congruencia tiene su explicación última y radical en la solidez y fortaleza de la unidad espiritual de los españoles, en la homogénea actitud vital e intelectual de la totalidad de las auténticas fuerzas españolas ante el suceso y los sucesos sobre los que ha tenido que pronunciarse con sus palabras, sus obras, su aguante, su acción y su sangre este nuestro pueblo, que vive, prospera y vence conducido, defendido, estimulado e independizado por Francisco Franco.

La tolerancia, respeto y aceptación del Movimiento y el Régimen de él nacido resultaron difíciles en la esfera internacional. Para algunos países era intolerable no poder contar para sus planes y dispositivos económicos y políticos con veintitantos millones de hombres interiormente desunidos, con una nación, justamente la de más solera de Occidente, sometida a colonización. Para otros, casi para todos, la misma originalidad de esta recreación española, con las consecuencias y posibilidades que encierra en sus propias entrañas, constituía un fenómeno que rebasaba las fórmulas y los módulos al uso entre ellos.

Sobre estas jalsillas y sobre estos módulos tan artificiales se ha escrito la triste y, en muchas ocasiones, vergonzosa historia europea de más de un siglo. La responsabilidad de sus resultados no nos alcanza. Por añadidura, en el orden de las soluciones es una cuestión ya decidida que España representa hoy, tal y como es, más aún, porque en el año 1953 es como es, una pieza clave e insustituible.

Este balance, en el que no es necesario acudir a cifras ni guarismos, sitúa en su justo lugar el saldo que arrojan el Movimiento y la sabia, tenaz y paternal capitania de Francisco Franco.

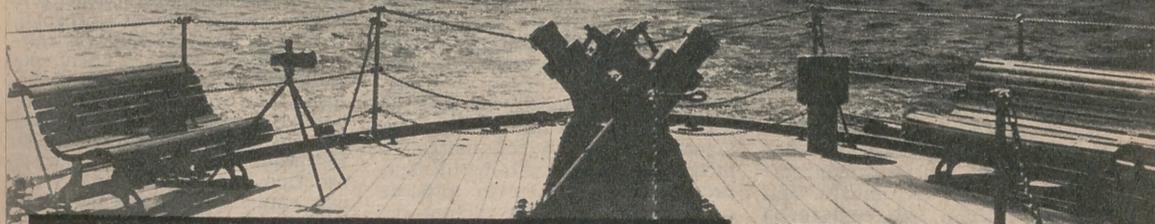
EL ESPAÑOL

DOS SONETOS, de Jesús Massip; DOS POEMAS, de Jesús Juan Garcés y otras interesantes muestras de la poesía actual en el número 21 de

"POESIA ESPAÑOLA"

Acaba de ponerse á la venta. -- Precio del ejemplar, 10 pesetas

EL MAR EN LINEA DE COMBATE



HONRA Y BARCOS EN LA REVISTA NAVAL DEL ATLANTICO

59 UNIDADES DE GUERRA FONDEADAS EN CADIZ

A promesa de penerle banderas a las «muraitas» de Cádiz se ha visto cumplida con creces, porque no sólo ha sido en las murallas, sino por todos los miradores de la ciudad, el puerto y hasta en la bahía donde se vieron banderas y banderolas, lo mismo en la tierra que sobre el azul y plata de un mar salpicado de barcos de guerra que, por ser de buena voluntad, mejor podría decirse de ellos que son barcos de paz armada y vigilante.

Los navíos de la escuadra «azul» y los de la escuadra «roja», después de los supuestos tácticos, habían fundido sus colores convencionales, y los que protegieron el convoy estaban junto a los que tuvieron la misión de interceptarlo, y de las dos escuadras se había hecho, otra vez, una Flota nacional que ya no tenía, ni en supuesto, dos bandos de colores enemigos, sino la armónica y sublime unidad bicolor de la bandera.

COMO UN BARRIO DE CORAZAS

El descanso era merecido, y los buques, unos echaron anclas fuera de puerto y otros atracaron tan junto a las edificaciones de la ciudad, que aperecieron adherirse a ella como motivos ornamentales, como si en la antigua Puerta del Mar gaditana, muy arrimado a las palmeras, hubiera surgido un barrio extraño de corazas y cañones.

Sobre la torreta de los submarinos

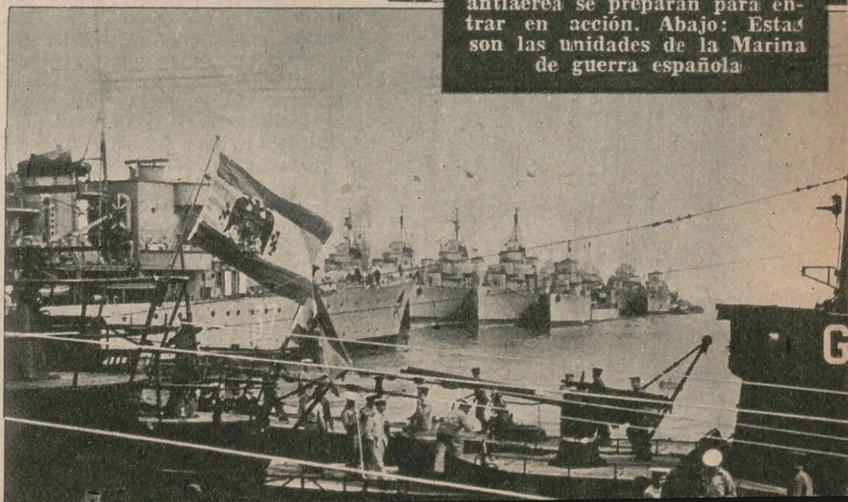
desengrasaban su cuerpo atlético los «hombres-ranas», buceadores de la mar con el puñal al cinto y las aletas, los nadadores seleccionados que en la noche y la tormenta dieron, con éxito, un golpe de mano sobre la costa gaditana y que, en premio, eran esperados en las tabernas portuarias para que en los «colmados» se cambiaran en aplausos las palmas del jaleo, y fueran ellos los primeros en la chanza frente al mostrador de mariscos, tapas y batracios de agua dulce.

LA FLOTA ESPAÑOLA EN CADIZ

El espectáculo de una Flota de guerra anclada no era nada nuevo en aquella bahía que, desde hace siglos, es base de escuadras es-



Arriba: Sirvientes de una pieza antiáerea se preparan para entrar en acción. Abajo: Estas son las unidades de la Marina de guerra española



pañolas y en la que la Marina ha estado siempre en las «alegrías» de Cádiz y hasta en sus tristezas. La solera náutica es allí tan grande que las muchachas de Cádiz, y las de San Fernando, conocen de graduaciones y distintivos de la Flota tanto como puedan entender de ello los propios marinos, ya que son muchas las generaciones de mujeres que han paseado por la Alameda, la calle Ancha, el puerto o las murallas junto a uniformes azules o uniformes blancos con doble hilera de botones de ancla. No era cosa nueva el espectáculo, aunque tampoco es muy corriente una visita simultánea de las cuatro divisiones navales al puerto de Cádiz, donde las muchachas tendrían, por unos días, tantos marinos y marineros en la plaza como para ser un poco envidiadas por las ferrolanas y cartageneras.

Pero algo nuevo, sí, había bajo el sol gaditano, sin salir del todo; bajo la salada claridad empedrada en ser grisácea y sobre la mar gruesa que parecía prepararse también en línea de combate. Una emoción especial que embargaba la víspera de la gran revista y desfile navales.

ARRECIA EL TEMPORAL ATLANTICO

Cádiz, la ciudad de Hércules, la vieja población columnaria que con el tema de «La Atlántida» cantó un día en verso Verdaguier y otro día quiso hacerlo en inspiradas notas musicales el gaditano Falla, iba a vivir una ocasión en la que ese Océano, en el que desembocan todas sus calles y rodea las murallas y malecones, no iba a poder, con su furia, torcer la línea impecable de una Flota heredera de la que, en el dominio de esas aguas, fué la primera en el tiempo y hasta en el espacio confiado.

Era ya de noche. Para los grupos de informadores se habían dado órdenes de embarque, y recibí una de esas órdenes que decía así: «Por disposición del excelentísimo señor comandante general de la Flota. Embarca en el crucero «Miguel de Cervantes», como representante del semanario EL ESPAÑOL don Francisco Costa Torró, durante la revista y desfile navales. A bordo del «Canarias», en Cádiz, 13 de octubre de 1953. Firmado, el jefe del Estado Mayor». Una nota aclaraba: «La asimilación para el régimen interior de a bordo será la de oficial».

Quisimos corresponder a la gentileza con una inmediata ejecución de la orden de embarque, pe-

ser a cuantas dificultades pudiese ofrecer para ello el estado del mar. Y así, un pequeño grupo de informadores subía a una lancha dispuestos a atracar cada uno en el crucero señalado. La lancha enfiló, directamente, las luces lejanas de los buques.

PEQUEÑA AVENTURA MARINERA

A la satisfacción de haber sido destinado a uno de los mejores barcos de la Flota se unía la del nombre de «Cervantes», que si no podía ser más ilustre como figura literaria, en lo referente a su gloria como soldado del mar tampoco podía decirse que el nombre era manco. Pero he aquí que aquella lancha, que aquella embarcación tan sumisa, a la que habíamos montado con aire de triunfadores, a medida que se adentraba en la mar se volvía más agreste, y no hubo de transcurrir mucho tiempo para que se pasase en ella del «allegretto» de la marejadilla a un vigoroso «andante con moto» en medio de la noche y la bahía. Tan pronto estábamos en lo alto de una cresta, muy por encima del nivel del mar, como en el fondo de un abismo horripilante. Pero el miedo no podíamos sentirlo como oficiales asimilados de la Marina, sino solamente como hombres.

Contra viento y marea, el marinero del timón logró llevarnos junto al primero de los cruceros designados, aunque los golpes del oleaje tendrían que impedir, una y otra vez, llevar a feliz término la maniobra de atraque, temiéndose que dejar tal empeño para cuando se hiciera de día y se calmase un poco el mar.

LAS CUATRO DIVISIONES NAVALES SE HACEN A LA MAR

Al día siguiente, y a últimas horas de la mañana, la Flota racional levaba anclas para dirigirse al lugar designado para la revista y desfile navales, punto para llegar al cual fueron precisas unas tres horas de navegación por un mar agitado y con el viento en contra.

Hasta lo movido del Océano era un elemento más para la grandiosidad de toda una Flota con cincuenta y nueve unidades hecha a la mar. Los cruceros, de marcha majestuosa; los destructores, rápidos como delfines; torpederos, minadores, dragaminas, submarinos, cañoneros... en un conjunto armónico de gran belleza. Aquellas tripulaciones que, por las calles de Cádiz, oímos con todos los acentos y maneras de hablar de las costas españolas daban en esos barcos, «que tienen pulso y corazón como las personas», según diría al día siguiente el Generalísimo, una muestra sobre el mar de la unidad española entre los hombres y las tierras.

Más que hablar del material y su poder bélico queremos exaltar aquí al elemento humano de aquellas dotaciones, perfectas en su disciplina y entrenamiento. Hacer un justo elogio a unos quince mil hombres que parecían obede-

cer a una sola y potente voz de mando.

IMPECABLE REVISTA EN MAR AGITADA

Las cuatro divisiones de nuestra Flota formaban en dos hileras hasta el horizonte. Dieciséis leguas de altamar—por ningún lado se veía la tierra—estaban cubiertas por barcos de guerra españoles. Era mediada la tarde cuando el crucero pesado «Canarias» comenzó a pasar la revista. En un primer término aparecía la soberbia línea de los cruceros: «Galicia», «Miguel de Cervantes», «Méndez Núñez» y «Almirante Cervera». Seguía luego la flotilla de destructores: «Churrucá», «Ciscar», «Ulloa», «Almirante Antequera», «José Luis Díez», «Sánchez Barcáiztegui», «Almirante Miranda», «Gravina», «Lepanto», «Esaño», «Alcalá Galiano», «Alava», «Jorge Juan» y «Almirante Valdés». Magnífica la línea formada por el más español de los barcos de guerra, el destructor, ya que fué el capitán de corbeta Fernández Villamil quien concibió ese tipo de buques rápido y eficaz, copiado por todas las escuadras del mundo con el nombre inglés adaptado de «destroyer». Ese barco de guerra en el que las jóvenes escuelas del arte naval han visto la casi anulación del mito de la imbatibilidad del acorazado. Casi inmóviles sobre un mar que rompía, violentamente, en sus costados estaban esos navíos rápidos, hechos para que la velocidad lleve su armamento varío, en el que son fundamentales los torpedos.

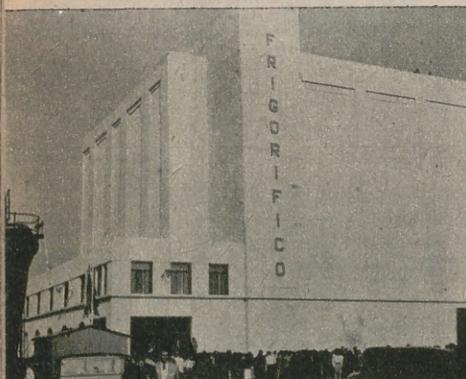
EN FILA HASTA EL HORIZONTE

Tan en línea estaban los barcos que, en la visual, casi no se veía más que uno solo con los puntitos blancos de la tripulación firme sobre cubierta. Y sin embargo, allí había una gran fila hasta el horizonte. Era como si no pudiese ser cierto un espectáculo tan grande y parecía que se hubiera incorporado a la revista una Flota extraña o, al menos, que hubiesen surgido de la mar sombras navales de barcos sacrificados, la del crucero pesado «Baleares», con su tripulación completa y alineada para la revista, y la mole del acorazado «España» hubiese formado también como en una resurrección de la carne, del hierro y del acero. Lástima que no hubiera ido allí también las pequeñas unidades que hoy hacen tranquilas la pesca, pero que sirvieron también para la guerra: los faluchos armados del paso del Estrecho; los «bous» del bloqueo en el Cantábrico.

Pero no era aquella una revista de símbolos y recuerdos, sino de efectivos reales.

FRENTE A LA SEGUNDA HILERA

Dejadas atrás las más gruesas unidades, el «Canarias» pasó revista a los torpederos «Lázaga» y «Audaz», a los minadores «Martín», «Júpiter», «Neptuno», «Vulcano», «Tritón» y «Eolo». A los cañoneros «Martín Alonso Pinzón», «Hernán Cortés», «Magallanes», «Legazpi», «Vicente Yáñez Pinzón» y «Vasco Núñez de Balboa». A la segunda fila en la que estaba también el petrolero «Plutón», el transporte de guerra «Tarifa», los



Frigorífico de Cádiz, inaugurado por el Caudillo en su reciente estancia en la capital andaluza

buques hidrográficos «Malaspina» y «Tofiño». A los dragaminas «Ter», «Güadalete», «Bida soa», «Tambre», «Guadiaro», «Lérez», «Segura» y «Guadette». A los submarinos, las lanchas rápidas y los buques-escuela «Juan Sebastián Elcano» y «Galatea».

En total, cincuenta y nueve unidades, que forman parte de las cuatro divisiones de la Flota, perfectas en la revista y el desfile.

Al regresar a puerto, ya de noche, la fila interminable de luces que seguían a la estela del «Canarias» se reflejaban, con la luna, en el mar en un espectáculo de gran belleza, que no estaba exenta de simbolismo, porque sobre el puente de mando del crucero insignia seguía el hombre que llevaba la ruta a toda la formación naval. Y la estela del «Canarias», vuelta a marcar por todas las demás parecía subrayar una decisión firme, la de que nuestras extensas costas no quedarán desguarnecidas y que la privilegiada situación geográfica de España, si llegara el caso, en el mar, como en la tierra y en el aire, se sabrá valer.

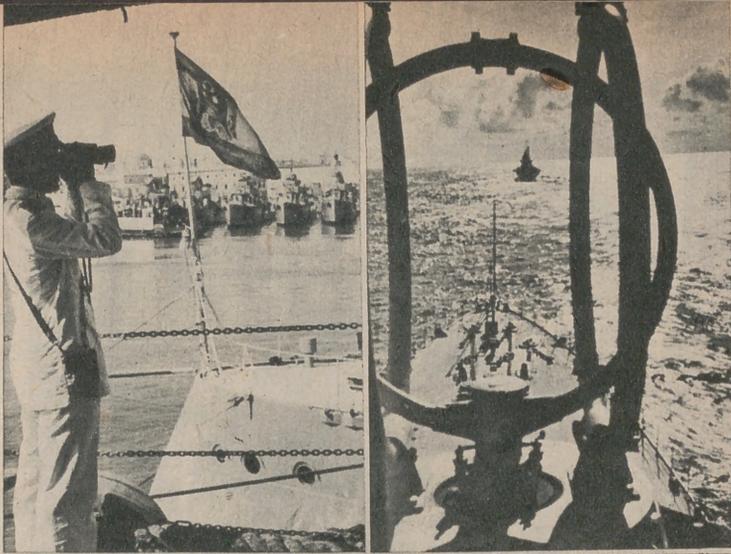
POR ENCIMA DE TODO, EL VALOR

Las tripulaciones, con su disciplina y pericia, se habían mostrado como dignos sucesores de aquellos «omes que hacen la guerra en el mar» de que hablan nuestros cronicos navales. Unos, en cubierta, en un perfecto «cubrir candelero»; otros, dentro de las torretas o sobre los puentes y también, muchos de ellos en la sala de máquinas, sin ver el conjunto sublime y entrañable de la revista naval y el desfile en el que, disciplinadamente, participaban.

Puede ser que la Flota española sea, en parte, modesta si se la compara con alguna de las más potentes del poder naval de hoy, pero también es cierto que en otra parte de ella, como ocurre con la magnífica flotilla de destructores, no tenga la Flota de España un material muy inferior al que puedan presentar otras potencias más industrializadas. Y a todo ello hay que juntarle el inmenso valor humano de sus dotaciones, que dieron en la revista una buena muestra de su entrenamiento deportivo y bélico. Pero nuestra Flota es, además de disciplinada y eficiente, alegre; la más alegre del mundo. Lo que son muchas cualidades por encima de las que hay, una principal la de que esa Flota, buena o mediana, es la nuestra.

UNA CIUDAD COMO UN BARCO

Y otra jornada de exaltación marinera, como un resumen de consecuencias y observaciones de la anterior, fué la del día siguiente a bordo del «Canarias», donde el Generalísimo habló a los almirantes en activo y en reserva, de la Flota y a los comandantes de todas las unidades navales que habían participado en los ejercicios tácticos, en la revista y el desfile. Y también lo fué por el discurso al pueblo de Cádiz desde el balcón de las Casas Consistoriales; a la población de esa ciudad de Consulados en la que todo



Quince mil hombres tomaron parte en las maniobras navales del Atlántico. Las dotaciones de la Marina española son perfectas en su disciplina y entrenamiento

desemboca en el mar y donde las gentes nacen como en un barco gigantesco de piedra que tiene mil torretas a la espera aún de la Armada de Indias; calles que casi no perdieron su olor a bodega de bergantín; casas blancas que entonces sí, en aquel día de exaltación marinera a pie firme, se vieron bajo la salada claridad de esa avanzada náutica hacia el Atlántico que, en frase feliz, ha sido definida como «el último pañuelo con que España dice adiós al navegante».

Las gaviotas, esas gaviotas que acompañaron a la Flota, estaban también allí como un vuelo más de pañuelos blancos al cielo azul de la histórica Puerta del Mar gaditana, junto a la que habían llegado las gabarras y faluchos de los pescadores que desde Jerez a Sanlúcar, del Puerto a Cádiz parecían traer, con los grandes cartelones tendidos como velas, la alegría gaditana hecha canción patriótica. Y había muchas banderas en las murallas.

CON UN ESFUERZO DE ATLANTES

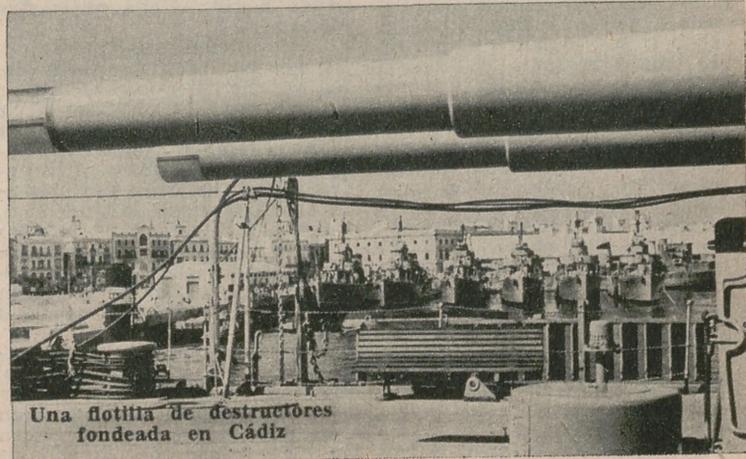
En Gades, la población histórica y hercúlea, la última ciudad de occidente, iban a inaugurarse también obras de titanes, creación de atlantes, sobre el solar arrasado de una catástrofe. Un frigorífico gigantesco, el mayor de Europa, clavado al borde del mar como un

mojón de límite, para cimiento de lo que va a ser la Red Frigorífica Nacional, en la que la soberbia instalación gaditana tiene que ser como el grande y renovado archivo de la pesca sudatlántica. Una instalación como para hacer de ella un cálido elogio, una calurosa alabanza de ese frigorífico.

Y quienes somos testigos y supervivientes de la catástrofe ocurrida en Cádiz a las diez menos minutos de la noche del 18 de agosto de 1947 tuvimos la satisfacción de ver inaugurarse, en un reconstruido barrio de San Severiano, los grupos escolares que para la formación de jóvenes obreros va a regir el Patronato de la Sagrada Familia. Y la satisfacción de ver también ganada al mar, construida y cercada, casi toda la gran extensión de lo que será la zona franca de Cádiz equivalente ya a las tres cuartas partes de lo que es en amplitud la ciudad comprendida dentro de las murallas.

Otra jornada de entusiasmo en la que, finalmente, el gran pañuelo de Cádiz hecho para despedir a quien parte por el mar parecería volverse esta vez hacia la Puerta de Tierra, hacia la sal de las salinas, hacia el istmo que une la península chica con la grande, hacia la carretera de aquella entusiástica despedida.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial.)



Una flotilla de destructores fondeada en Cádiz



EL AYER

UNA NUEVA GENERACION LLEGA A LA ESCUELA OFICIAL DE PERIODISMO

La vocación y el temperamento de los jóvenes alumnos a través de sus «Memorias»

LOS cronistas de turno—rigurosamente discretos—han estado buceando por toda una serie de estupendas y difíciles intimidades. A los cronistas de turno se les encargó, sencillamente, el hazo de latido, de aventura humana, de raíz de vocación, en las autobiografías presentadas por los nuevos alumnos de la Escuela de Periodismo de Madrid como una de las condiciones indispensables para ser admitidos al examen de ingreso. Los cronistas piensan que ésta es una manera como otra cualquiera de empezar a conocer a fondo lo que pudiera ser el primer capítulo de unas futuras biografías de grandes periodistas. Estos nuevos alumnos tienen—ahora—la palabra.

Y es significativa, ante todo, la intención que anima a la Escuela Oficial de Periodismo al exigir a sus alumnos algo más que una fría suma de conocimientos encasillados en un programa. La Escuela busca la calidad humana de aquellos hombres que han de cumplir esa misión que voz autorizada calificaba no hace muchos de la «más dura y hermosa». Informar y educar a los hombres de nuestro tiempo—y ayudar a hacer Historia a los del futuro—es labor para la que se necesita una formación sólida y auténtica, y tras las bases de ella deben esculpírnese estos relatos vitales. Nosotros ahora, no intentamos tanto. Pretendemos tan sólo trazar las pinceladas de un boceto rápido e impresionista de los que serán periodistas dentro de tres años. Hay material abundante,

bueno, en este primer curso de la Escuela Oficial de Periodismo.

Empezamos. Consignemos antes nuestro miedo. Es peligroso en todos los conceptos ser tocólogo de intimidades. Porque la intimidad es, a veces, amablemente curso. La intimidad ha nacido para que se la coma la muerte. O el tiempo. Nunca, la letra impresa, el ojo curioso. Pero somos marineros.

LA VOCACION

Cualquier tarea humana exige una dosis de vocación, pero el periodismo la exige extraordinariamente grande. En este sentido los alumnos de la Escuela de Periodismo parecen auténticos y sinceros. Su postura ante la profesión suele ser elevada y noble, y no hay un solo caso en que hayan llegado a ella con metas mediocres.

Nos confiesan todo tipo de posiciones con respecto al problema vocacional. Desde el intuitivo que se conforma con decir «me gusta», al que siente una llamada familiar o ambiental hacia la profesión—abundan los hijos de periodistas—se nos presenta toda una gama de tendencias, muchas veces orientados por un amor a la defensa y divulgación de la verdad, que se sublima como servicio a Dios y en algún caso como posibilidad de tarea apostólica.

Con mucha frecuencia existe una vocación literaria previa, manifestada en colaboraciones en revistas y periódicos. Varios han asistido a cursos periodísticos en la Universidad de Verano de Santander. Entre los que poseen

estudios universitarios predominan los de Derecho y Filosofía y Letras. Pero los campos de procedencia profesional no pueden ser más variados, y en el presente curso nos encontramos hasta con un oficial de Aviación.

La literatura es, en algunos casos, lastre excesivo del que hablarán de desprenderse, en parte, los futuros periodistas. Quizá sea necesario un cara o cruz definitivo antes de tomar partido por una de las vocaciones. Porque, a veces, la tendencia literaria pesa sobre la eficacia informativa de alguno de estos improvisados autobiógrafos y da un carácter libresco e informal al escrito. Citaremos anónimamente a uno que escribe: «Confieso que no he visto nunca muertos. Mi padre, siendo juez de paz y sabiendo mi condición, trataba muchas veces de llevarme consigo a ver suicidas hermosos.»

PERIODISTA POR TENER CINCO DIOPTRIAS

Entre los ingresados figura uno con un curioso descubrimiento de su vocación. Hijo de militares y militar de intención, estudió este nuevo alumno el Bachillerato, prepara el ingreso a la Academia General Militar y... ¡las cosas! se le rechaza por tener cinco dioptrías en el ojo izquierdo.

Su juicio es perfectamente consecuente: «Ya que no puedo defender a España con mis conocimientos de la guerra—esto es, con la espada de antes—defenderé a España con la pluma.»

Los cronistas piensan que esto es maravilloso. Se les ocurre

LOS PERIODISTAS DE MAÑANA



Entre clase y clase, los alumnos consultan sus apuntes

pensar, entre otras cosas, en la importancia de defensa que representa el periódico. El periodismo y la milicia son—aquí—extraordinariamente afines.

¡Bravo, muchacho!

EL PERIODISMO COMO SUCEDANEO

Hay autobiografías, entre las presentadas, cordialmente sinceras. Una de ellas expone una fuerte vocación religiosa con todos sus capítulos: la llamada, la noticia a la familia, el noviciado la repentina pérdida de vocación admirablemente escudada en un duro, en un heroico «per semitas tuas difficiles tendimus ad Te». Este nuevo alumno de la Escuela llega al periodismo—según afirma—como substitutivo de algo mayor. «Y por otra parte —dice—mis cualidades y mis gustos—los dos apoyos para la monotonía de un oficio—están también aquí: es el nuevo camino del dedo de Dios. Y yo me meto por él.»

Cuenta también que en el noviciado tenían que dedicar los novicios diez horas semanales a la composición en castellano, imitando, en un principio, a los buenos escritores. «Teníamos también allí—concluye—una academia literaria con sesiones semanales. Durante dos años fui presidente de ella. Se presentaban libremente trabajos en prosa y en verso que eran leídos y juzgados por turno.»

LECTURAS PREFERIDAS

Una de las cuestiones que han de abordar en sus memorias los aspirantes a alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo, es la de los autores y géneros preferidos, seleccionando diez obras predilectas en el campo de la Literatura Universal. Indudablemente las lecturas de un periodista han de reflejarse forzosamente en sus escritos; el libro tiene una influencia directa sobre el hombre de pluma en ma-

yor grado que sobre cualquier otro.

A juzgar por las memorias, la generación del 98 ha sido la más leída por los alumnos de la Escuela de Periodismo: Baroja, Ortega y Unamuno; seguidos por los clásicos de nuestro Siglo de Oro; aunque también aparece como muy frecuente la lectura de los autores de nuestro Romanticismo, en especial los poetas, y de los novelistas costumbristas. Entre los escritos españoles contemporáneos se repite varias veces la preferencia por Camilo José Cela y su obra «La familia de Pascual Duarte». Aunque el libro español casi unánimemente seleccionado, es «Don Quijote», no falta, incluso, quien atestigua preferir al Cervantes de las «Novelas Ejemplares» que al del Ingenioso Hidalgo. Autores españoles citados, no tan frecuentemente como los grupos o personas mencionados, son Bal-

mes, Fray Luis de León, Benavente, Sánchez Mazas y Menéndez Pelayo.

En cuanto a los autores extranjeros es difícil sentar preferencias de conjunto, pero son de los más citados Papini, Rabin-dranaht Tagore y Thomas Man. Entre los libros preferidos se insiste en «La Divina Comedia». No deja de ser curioso el que varios incluyan libros políticos entre estos otros literarios predilectos; concretamente podemos citar el «Yo escogí la libertad», de Kravchenco y «Mi lucha», de Hitler.

La preocupación religiosa se manifiesta en una muy general afirmación de haber leído la Biblia, cosa poco frecuente en anteriores generaciones españolas.

UNA DEFINICION DE MEMORIA

Para don César González Ruano —carifosamente— y para el público consumidor en general,



Un aspecto de la Sala de Conferencias de la Escuela en día de colegio. El lleno, como muestra la fotografía, es absoluto

esta casi definición de memoria que copiamos de uno de los trabajos: «Creo que no es oportuno solicitar unas memorias a los futuros alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo. Las memorias nunca las deben escribir los interesados. Nadie sabe menos de uno que uno mismo. Mi opinión es que habría que encargar una misión tan delicada a nuestros enemigos. Y aquel que no los tuviese, que cesase en su empeño, pues su vida y su obra carecerían de interés.»

LA IMPRESION Y EL RECUERDO

Hay una serie de circunstancias que los alumnos mencionan a lo largo de su vida. Hechos lejanos, noticias recientes que les impresionaron, recuerdos de viajes.

En general, la edad media de ellos oscila de los veinte a los veintiséis años, aunque hay de cuarenta y uno y el benjamín de dieciocho. El Alzamiento nacional es la impresión más profunda. Antes si acaso algún vago recuerdo de las manifestaciones externas de la República. La Monarquía no tiene vida ya en su memoria. Todo lo más hay uno que nos cuenta cómo su abuela lo alzaba en brazos y le decía: «Mira, ahí va el Rey.»

Sobre las impresiones de nuestra guerra de Liberación podríamos formar dos grupos, el de los que la vivieron en zona roja y los que permanecieron en zona nacional. Los de la zona roja tienen más grabadas las penalidades y el horror hacia aquel estado de cosas caótico, que muchas veces pesaba amenazante sobre las vidas de sus propias familias. Los de zona nacional recuerdan, en cambio, una infancia de ensueños militares y desfiles de «flechas». El relato de los días vividos en zona roja co-

bra muchas veces tintes trágicos. Resulta angustiada la narración de una alumna, entonces niña de once años, en cuya mentalidad infantil se planteaba, bajo el terror de los bombardeos, como un jeroglífico: «¿Por qué mis padres llaman «los nuestros» a los que nos bombardean?»

Entre los hechos de la reciente historia del mundo se han grabado preferentemente en la retentiva de estos futuros periodistas los de carácter político internacional, desde los procesos de Nuremberg al triunfo de Eisenhower en las elecciones norteamericanas o la coronación de Isabel de Inglaterra—este último es opinión de una señorita—; pero no queremos dejar de destacar que se repite insistentemente como una obsesión el descubrimiento de la bomba atómica, en muchas de las memorias estudiadas.

Los viajes no han sido en cambio, parte demasiado importante en la formación de estos aspirantes a periodistas. Quizá se deba a esta falta de inquietud viajera de la juventud española que el Frente de Juventudes y el S. E. U. van intentando detener. Pero es el caso, que es rarísimo que alguno de ellos haya salido al extranjero y pocos conocen España con cierta amplitud limitados a un ámbito regional. Algunos han visitado Marruecos y Gibraltar y conservan una amarga sensación de la visita a esta plaza ocupada por el pabellón extranjero.

CUANDO TENIA SIETE AÑOS SE LO LLEVARON LOS ROJOS A FRANCIA

El único de los ingresados que quiere ser redactor de fútbol es un futuro periodista con una vida difícil. A los siete años, para empezar, se lo llevan los rojos a París. Y por este sencillísimo procedimiento conoce la Torre Eiffel

y a unos niños a los que no entiende ni su manera de jugar ni de hablar. Conoce Bélgica. Pasa hambre. La Cruz Roja lo devuelve a España. Aquí—aunque ahora le guste el fútbol—es narrador de todos aquellos sencillísimos e inhumanos procedimientos.

Hay una francesita de Ruan y de veinte años, para más señas, probablemente deliciosa, que desde hace unos años vive en España y que quiere ser corresponsal. Ha sufrido toda una tragedia familiar para que le dejaran hacerse periodista. Es una vocación de las fuertes: la descubrió—en francés—a los doce años.

Y las cosas que más le han ido impresionando en su vida—y conste que seguimos siendo rigurosamente discretos—han sido éstas: la revelación del mar y de la religión, oír tocar el piano al abuelo y el día en que «abrió unos libros serios—textualmente—y los meditó».

SU PADRE LUCHO EN EL ALCÁZAR

Entre los que han ingresado hay dos hijos de guardias civiles y otro cuyo padre luchó en el Alcázar de Toledo, viviendo todas sus grandezas.

Se les ve a todos una fuerte preocupación social. Frases como éstas son corrientes en las páginas de las autobiografías presentadas: «Estoy preocupado por los humildes.» «Quiero contribuir a la formación de una opinión pública más entrañablemente adscrita a la verdad de España.» «Tengo el alto orgullo de poder confesar limpiamente que mi padre es un humilde y heroico trabajador.» «Las raíces del problema social, tan descarnadamente humano, se me empezaron a clarvar entonces» etc.

También existe el indiscutible poeta que nació en una tierra con lunas plateadas y arroyos murmurando. Claro. Y quien ha sido antes que alumno en la Escuela, propietario de un almacén de tejidos construido—de la nada—con su personal e intransferible esfuerzo.

Abundan los que hicieron sus primeras letras periodísticas en los murales y periódicos de centuria del Frente de Juventudes. Hay del mismo modo toda una floración de primeras flores naturales en famosos certámenes poéticoartístico-literarios de colegio.

FINAL

Cuando terminamos de leer las memorias nos encontramos con que el tiempo se nos había hecho corto. Aquel voluminoso farrago que nos atemorizaba al principio, amontonado sobre la mesa de la Redacción, ahora se había convertido en un haz de novelas auténticas con un final a cubrir con la propia conducta.

Y se equivocó plenamente el alumno que en una de ellas escribía: «Imagino que deben ustedes aburrirse mucho teniendo que leer tanta memoria. Parece que les veo hacer una gran hoguera, entre bostezos de fatiga.» Nosotros, particularmente, hemos aprendido más sobre estos folios mecanografiados que en las páginas de muchas novelas de las que pretenden hacer disección de las últimas generaciones españolas. Palabra.

Gabriel ELORRIAGA y Francisco VERDERA



Alumnos hispanoamericanos que hacen el curso de Periodismo en la Escuela de Madrid

POR LA INTERVENCION DE MATA-HARI TROTSKY FUE LIBERTADO DE LA CARCEL DE MADRID

EN EL CURSO DE LA GUERRA 1914-18,
LOS ALEMANES AYUDARON A LOS
COMUNISTAS RUSOS EXILADOS,
TRATANDO CON ELLO DE DEBILITAR
AL PAIS QUE LES PRESENTABA EL
"SEGUNDO FRENTE"

Por Eduardo COMIN COLOMER

Si de entre los diversos asuntos que dieron lugar a su intervención en aquella lejana época de 1914-18 solamente el de Mata-Hari parece haber interesado una vez más a los comentaristas, el ex comisario instructor de asuntos de espionaje, capitán Pierre Bouchardon, podía haber esperado un poquillo más a publicar sus «Memorias» y, dándolas a la luz en octubre, habría conmemorado mejor el 36 aniversario del fusilamiento en el campo de Vincennes de la que justamente no fué bella ni hábil espía, aunque sí sugestiva ballarina dentro de la especialidad que cultivaba.

Este asunto de Margarita Gertrudis Zelle ha movido infinidad de plumas y hasta parece que su vida ha sido contada bastante ampliamente, haciéndose destacar, por encima de sus múltiples «devaneos», el amor sincero hacia el capitán ruso Wardine de Mas-solv, privado de la vista a consecuencia de herida que recibiera en la batalla de Verdún, tercera, por cierto, de las sufridas en el curso de la primera guerra mundial.

AL SERVICIO DEL ESPIONAJE ALEMAN

No vamos a seguir los pasos de la holandesa por el camino

del arte ni por el del espionaje en cuanto pueda afectar este último a las incidencias que lleva aparejadas tan peligrosa actividad. Quizá destruyéramos la leyenda que pueda restar después de las afirmaciones del entonces capitán Bouchardon, que niega talla a quien le causó bastantes preocupaciones y cayó en sus redes por seguir un malintencionado consejo femenino. Queremos resaltar un aspecto poco conocido de Mata-Hari, seguramente porque, aun constituyendo el origen de su enamoramiento del capitán de los Ejércitos zaristas, no pasó en las demás circunstancias de algo puramente oficial.



Mata-Hari y su esposo el coronel Mac Leod



Ficha policíaca de Mata-Hari tomada la víspera de su ejecución (15 octubre 1917)



Fotografía de Mata-Hari inmediatamente después de ser detenida. Todos los espías eran retratados apoyados en esa silla, e llegó a tener celebridad



El jefe del contraespionaje de París, M. Priollet, aprehensor de Mata-Hari, Bolo Pacha, Lenoir y otros muchos espiones

De que Mata-Hari trabajaba para el espionaje alemán no hay duda de ninguna clase, como tampoco de que prestó algunos



He aquí a Pierre Bouchardon con el uniforme de capitán del Ejército francés. Comisario instructor del proceso contra Mata-Hari y acusador en el Consejo de guerra. Acaba de publicar sus «Memorias» de aquel tiempo, recogiendo importantes asuntos del espionaje durante 1914-18



El comandante Ladoux, estimado como el as del contraespionaje francés

buenos servicios en Francia, Italia, Bélgica y hasta en España. Pero vayamos al asunto.

En los primeros momentos de aquella conflagración, los alemanes vieron pronto la necesidad de liquidar a toda costa el segundo frente que se abría a sus espaldas y les imponía Rusia, integrante del bloque aliado. Por las condiciones en que se desenvolvía el régimen zarista, consideraron necesario utilizar el arma de la descomposición política, más eficaz en este caso que los cañonazos del «Bertha», bombardeador de la capital de Francia desde larga distancia. Y prueba de que lo consiguieron se encuentra en la facilidad para la

firma con los bolcheviques de la paz de Brest-Litovsk, y hasta la tolerancia germana de facilitar el paso de Lenin, por muy precintado que estuviera el vagón que le conducía.

UNA MISTERIOSA CASA DE PARÍS

París entonces acogía a gran número de refugiados políticos rusos. Hombres procedentes del ala izquierda del partido socialdemócrata obrero, cuna del bolchevismo dirigido por Lenin y del menchevismo encabezado por Martov desde el Congreso de Londres de 1903. Un trabajo interesante sería, por consiguiente, alentar a los enemigos del zarismo, a quienes por tantos conceptos se han mostrado como víctimas del «implacable» poder terrorista de la Okrana. Indudablemente, si la leyenda hubiera sido verdad, a buen seguro de que ninguno de los cabecillas rojos habría visto el triunfo de 1917, ya que aquella fábrica de absurdos complots permitía salir vivitos y coleando a los cerebros rebeldes; táctica muy distinta a la que utiliza su sucesora, que demuestra la eficacia por el gran cuidado que tiene en no permitir escape a los enemigos del bolchevismo, por muy alejados que se encuentren de su territorio.

Mata-Hari entró rápidamente en contacto con los exilados rusos en París, y fué N. D. Sokolov, abogado de profesión y luego, en 1917, miembro del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, el vehículo utilizado. Muy bien habían preparado las condiciones para el enlace otros agentes superiores a la bailarina, a quien no intimidaron las amenazas en caso de traición. Así frecuentó un tiempo cierta misera casita de la calle de Saint André-des-Arts, donde celebraban reuniones los rusos que se complotaban contra el Zar. Mecenaz que podía justificar la procedencia, en ocasiones hacía importantes donativos en dinero, que era enviado a Rusia o utilizado para favorecer la salida de agitadores. El origen de los fondos es fácil adivinarlo: procedía de los alemanes.

EL AMOR DE MATA-HARI

Un día le presentaron al capitán Wardine de Massolv, que, no siendo revolucionario, mantenía amistad con bastantes de ellos. Mata-Hari sintió acaso la primera emoción verdad de su vida, y cuando poco después Sokolov le participaba que el oficial zarista estaba gravemente herido en el hospital de Vittel, allí se trasladó como enfermera, sin expresa autorización del servicio en que trabajaba. Sin embargo, no perdió el tiempo, y los alemanes supieron la construcción de un aeródromo en lugar cercano al hospital.

Incidencias diversas la obligaron a salir de Francia, eligiendo el camino de España. En Madrid tiene la sorpresa de encontrar a Sokolov, expulsado, como otros agitadores rusos, del vecino país. Margarita Gertrudis Zelle, la hija de humildes judíos holandeses, recibe la noticia de que uno de los principales cerebros de la

futura Revolución roja está en la Cárcel Modelo. Es León Bronstein, más conocido por León Trotsky, a quien la Policía francesa colocó en el tranvía Irún-San Sebastián, en cortés despedida.

TROTSKY, EN MADRID

Casi inmediatamente de su arribo a Madrid, Trotsky es detenido e ingresado en prisión, pues sus ideas son demasiado avanzadas para España. Después, socialista-internacionalista francés, a la sazón jefe de una Compañía de Seguros que trabaja en Madrid, tuvo tiempo de ser avisado, comenzando a revolver con suma cautela. La noticia es recibida, por tanto, por otros refugiados—Sokolov entre ellos—, que tratan de gestionar la libertad del hombre que hará posible meses después el derrocamiento de los Zares.

Como Mata-Hari había conocido a Trotsky en las reuniones de la calle de Saint André-des-Arts parisiense, enmascarando su actividad con la correspondencia del periódico «Golos» («La Voz»), Sokolov, convencido de que podría hacer algo en favor del encarcelado, le contó lo sucedido. La Hari (nombre de Visnú en la Mitología india) no vaciló en acudir a la personalidad de la Embajada alemana con la que mantenía contacto oficial, explicándole minuciosamente cuanto de Trotsky y de los fines germanos sobre los socialdemócratas rusos sabía.

Ocurría esto el viernes 10 de noviembre de 1916, fecha de ingreso de Bronstein en la Modelo, después de pasar la noche anterior en la Dirección de Seguridad, y para el lunes 13 había quedado citada en el Museo del Prado con Sokolov para comunicarle el resultado de las gestiones.

En su diario escribe Trotsky (sábado 11):

Vino a verme Després, acompañado de un miembro del partido socialista español (Daniel Anguiano Mangado, que era también masón). Así me enteré de que Després había hecho ya algunas gestiones. Alguien había ido a ver al Ministro de la Gobernación y a Romanones...

El domingo día 12, León Bronstein (a) «Trotsky» salía de la cárcel residiendo para Cádiz, en espera de la definitiva orden de expulsión. El jefe del Gobierno, señor conde de Romanones, y el Ministro de la Gobernación, don Santiago Alba Bonifaz, complacieron plenamente a von Krohn, agregado naval de la Embajada de Alemania en Madrid, en la que trabajaba el luego almirante Canarias. Y este debió de ufanarse de haber cooperado, por el intermedio de Mata-Hari, a los planes que interesaban a su país.

Creemos que estos datos pasaron ignorados para el jefe del contraespionaje francés. M. Priollet, aprehensor de Mata-Hari, de Bolo Pachá, Pierre Renoir y muchos más; y también para el comandante Ladoux, considerado «as» de los Servicios de Inteligencia galos. Hasta nos atrevemos a suponer que ni el mismo Bouchardon, que acaba de publicar sus «Memorias» de la época política, llegó a saberlo.

BARCELONA, CAPITAL DEPORTIVA DEL MEDITERRANEO



ESOS SON MIS PODERES, PARECE DECIR ASOMÁNDOSE A LA INTENSA VIDA DE SUS NUMEROSOS CLUBS Y ASOCIACIONES

AHORA, cuando tanto se habla del falso deporte, que se ha adueñado de la voluntad de las gentes, resulta deleitoso como un dulce remanso dedicarle un poco de atención al verdadero deporte. Pues aquí voy a referirme al deporte en su verdadera acepción: en la de actividad deportiva que todavía no ha cerrado trato con la remuneración económica de sus practicantes profesionalizados como base ineludible de su propia existencia.

Porque se ha dicho que nuestra hermosa Barcelona—la que ofreció tantos motivos de cálido elogio a la lírica cervantina—ostenta hoy, entre tantos otros de sus rutilantes títulos, el de capital deportiva del Mediterráneo. Pero, ¿hasta dónde responde esta enorgullecida afirmación a una certidumbre reflejo de la realidad y hasta dónde constituye únicamente un requiebro nacido al fuego de la improvisación?

La Barcelona atareada, sensible

y eficiente, en cuyas múltiples realizaciones lleva engarfiadas las pruebas de su real categoría de emporio deportivo, está aquí al alcance del amor de todos los españoles y de la curiosidad del mundo extranjero entero. Está aquí, donde la costa baja de la ribera noroccidental de la Península se encrespa curvándose para alcanzar el Continente.

«En sitio y belleza, únicos», golosamente recostada al sol marino, entre los amorosos brazos de dos ríos, el Besós y el Llobregat, empinada por las faldas de dos montes, el Tibidabo y el Montjuich, diversa, ruidosa y colorida por la mar, el llano y la montaña, Barcelona, con su millón y medio de hombres y mujeres emprendedores y curiosos, está abierta a todas las novedades y todas las inquietudes.

Situación, clima y demografía, por un lado, y por el otro, riqueza y cultura, no podían sino constituir circunstancias y factores que,

sumados los unos a los otros, habían de arrojar al seno de la ciudad, como una más entre sus numerosas actividades señeras dentro de la vida española y europea, un movimiento deportivo intenso, variado y eficaz, que le autoriza en verdad a que le sea ceñida la corona de la capitalidad deportiva del Mediterráneo, en cuyas sumisas aguas se baña.

TORNEO DE CAMPEONES

Fácil es comprender, empero, que no basta poner un junto a otro los factores favorables a la atribución de semejante título para poder afirmar simple y llanamente un hecho tan ambicioso como la supremacía de Barcelona, siquiera sea en el ámbito deportivo, en un rincón del mundo donde, junto a la Roma preponderante por tantos motivos, se alza el clasicismo deportivo de Atenas, o se yerguen ciudades como Marsella o Genova,



Inmensas muchedumbres llenan los campos de fútbol subyugadas por el pasionamiento



El momento emocionante de la salida de bólidos en uno de los grandes premios Peña Rhin



El estadio de Montjuich es uno de los campos deportivos más importantes de España

cuya influencia en la cuenca mediterránea tiene una presencia inmediatamente perceptible.

Ambicioso es, en efecto, dirigir supremacías en este matraz de primates que es el viejo e ilustre foso del Mediterráneo. Pero, no obstante, aquí está Barcelona ostentando orgullosa, esforzada y altiva sus indiscutibles poderes.

Quiénes hayan olvidado que la verdadera acepción de la palabra deporte es la que lo define como una actividad pura y limpia que persigue, mediante el ejercicio físico, la expansión, la diversión y la cultura, y lo confundan, en el mejor de los casos, con esos espectáculos de multitudes montados sobre la base de las prácticas deportivas, esos, digo, hallarán extraño el mundillo simpático y acogedor del auténtico deporte, en el que, cogidos de mi mano, vamos a deambular ustedes y yo.

Claro que este concepto de lo deportivo lleva implícita la renuncia a incorporar a los merecimientos deportivos de Barcelona esa floración monstruosa de espectadores, intereses e intrigas que, inyectándole un volumen exagerado han acampado en el reino del deporte profesionalizado. Esto constituye, no obstante, otro aspecto de la realidad; pero, en términos deportivos, no debe pesar en la consideración de la capitalidad mediterránea de Barcelona, a no ser como elemento decorativo y espectacular.

EL PARQUE DEL POLO Y LA MASIA DEL REAL BARCELONA

Penetremos ya en la ciudad por esa encantadora azotea de Barcelona que es el alto de Finestrelles, la opulenta curva que da cima a la zona de Pedralbes, desde la que el caserío barcelonés se arrastra perezosamente en busca de la azulada lejanía del mar.

El parque señorial del Real

Club de Polo levanta sus arboledas a nuestra derecha, único recinto de la ciudad que alberga al noble y caballeresco deporte hípico y en el que, a través de sus concursos internacionales, se rinde homenaje a esos deportistas españoles—excelentes jinetes de soberbias monturas—que mantienen en las justas internacionales la bandera de la Patria enhiesta en los mástiles de los vencedores. El Real Polo, bajo la presidencia de don Miguel Mateu congrega en sus concursos la mejor sociedad, constituyendo una entidad representativa en el aspecto social de la ciudad. El Real Polo incorpora en la vida barcelonesa el papel de relicario de las rancias virtudes caballerescas.

No muy lejos, y junto a las piedras patinadas por los soles y las lluvias de una típica masía catalana del siglo XVI, el Real Club de Tenis Barcelona 1899, otra de las entidades de más depurada solera del deporte barcelonés, extiende sus nuevas instalaciones al lado de la Avenida de la Victoria. El Real Barcelona, vencida ya con creces la cota de los cincuenta años, pletóricos de éxitos y superaciones, de afanes y de esfuerzos, avanza por la vida tenística española con su peculiar personalidad sobria, elegante, con el estilo del «fair play» como timbre distintivo de un destacado grupo de «amateurs». Rige los destinos de este vivero de ejemplares deportistas la figura del conde de Godó, tan vinculado a todas las actividades íntimamente entrañadas en la vida de la ciudad.

RAZONES ESPIRITUALES DE LA PRIMACIA

Atravesamos ahora la plaza de Pío XII, escenario que fué de inolvidables actos en la ocasión del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, entre los cuales descolló el homenaje a Jesús en la Eucaristía, del que no

pudo estar ausente el sentimiento reverente de los deportistas barceloneses, que se manifestó en una emocionante concentración para exteriorizar el deseo fervoroso de su presencia física en aquella memorable circunstancia. Por lo que tiene de manifestación de espiritualidad, no queda fuera de lugar este recuerdo de aquel acto, que, alejado ya en el tiempo, vive, en cambio, perenne, en la memoria de cuantos fueron sus humildes protagonistas. Entre los valores que justifican una supremacía no pueden desdenarse los puramente espirituales.

VELOCIDAD Y VERTIGO EN LA DIAGONAL

Volvamos por un momento la mirada hacia el Circuito de Pedralbes, sobre el que se dirimen los Grandes Premios automovilísticos de la veterana Peña Rhin, incorporados como Grandes Premios de España al calendario internacional de pruebas valederas para el Campeonato del Mundo de Automovilismo. Peña Rhin es otra de esas entidades cuya existencia da lustre y vigor a la actividad deportiva de la ciudad. Agrupados alrededor de su presidente, don Joaquín Molins, los componentes de Peña Rhin llevan a sus organizaciones el sello de la eficacia, la seriedad, el acierto. Florón deportivo de la ciudad, Peña Rhin ha sido galardonada por los organismos nacionales del deporte como premio a su brillante hoja de servicios.

Y sin salirnos todavía de la majestuosa Avenida del Generalísimo, es obligado dedicar un recuerdo a la cuna española del patinaje artístico y exacto, de una precisión avasalladora. El Club Patin, adelantado de estos juegos del equilibrio, de estos priores del ritmo, dió al patinaje artístico el empujón decisivo organizando unos Campeonatos del Mundo, modelo y motor todavía hoy insuperables que alientan to-

da su actividad. El presidente fundador del Club Patin, don José María Ceballos, propulsor incansable de los deportes modestos, figura desde entonces en la constelación de los paladines del deporte barcelonés.

EL YUDO COMIENZA CON UNA CORTESIA

El yudo—el legendario estilo de lucha que ha llegado hasta nosotros envuelto en el perfume de extrañas leyendas—comienza con una reverencia que ambos luchadores se dedican rodillas en tierra, con la gracia inimitable de la cortesía oriental, mientras sus mentes se entregan ya a la maliciosa elección de la llave o la presa con que dar en tierra o inmovilizar al adversario.

Cuenta la fábula que un sabio budista dedicó sus horas contemplativas, allá por el siglo V antes de J. C., a observar la distinta manera cómo las ramas de los árboles soportaban el peso de la nieve que se depositaba en ellas. Y al notar que las más recias se quebraban después de haber resistido un tiempo el peso que las abrumaba, y las más finas cedían bajo el peso, curvándose como arcos de plata, para enderezarse de golpe al quedar libres de nuevo, dedujo que en la lucha a veces se ha de ceder para luego vencer con rapidez.

Cabalgando sobre fantásticas leyendas, escondido entre deliciosas alusiones y reverberando en suaves poesías, nacido en la nebulosa e insondable China, transmitido por refranes y proverbios y practicado entre zalemas y reverencias, el yudo—del cual es una sutil innovación el jiu-jitsu—hace acto de presencia entre nuestros aficionados a la lucha, embudidos en sus kimonos japoneses en torno a la maestría de Henri Birnbaum, clasificado como cinturón negro, tercer dan, en la escala convencional de valores del yudo.

FULGORES EN EL FIRMAMENTO DEPORTIVO

La estrella refulgente del deporte barcelonés radica, sin duda alguna, en el hockey sobre patines. Ningún deporte, en efecto, ha llegado más lejos en menos tiempo que él. Casi sin haberse quemado la generación de jugadores que le sacó de sus primeros, inciertos y tumultuosos pasos, e inició el proceso de su madurez, el hockey sobre patines español, de neta estirpe barcelonesa, alcanzó de manera incontenible las gradas del Campeonato del Mundo. La gesta de esta bulliciosa, inquieta y tenaz modalidad del hockey es realmente azombrosa y enorgullecadora para los españoles. Fué posible por el esfuerzo, el desinterés y el entusiasmo de un auténtico rey mago, que le dedicó y le dedica con renovado fervor su tiempo, su ilusión y su ayuda. Juan Antonio Samarancha—se hace difícil anteponer a su juventud y su modestia un protocolario tratamiento—constituye un ejemplo insuperable de devoción, desprendimiento y generosidad deportivas. Bajo su dirección técnica, además, el equipo de España culminó un proceso de superaciones, proclamándose con todo merecimiento y tras un torneo memorable campeón del mundo de hockey sobre patines.

Dando frente a una desgarrada encrucijada ciudadana—la plaza de España—, auténtico pivote a cuyo alrededor giran populosas y castizas barriadas, trepa montaña arriba el vertiginoso Circuito de Montjuich, sobre el que lanzan sus máquinas los mejores motociclistas del mundo en las tradicionales competiciones que—puntuables para los Campeonatos mundiales—convoca el Real Moto Club de Cataluña, indiscutible portavoz barcelonés de las trepidantes huestes del pequeño motor, conducidas por don Joaquín Dalfau sobre el que el tiempo parece pasar sin dejar rastro. Cada

nueva organización le halla más ágil y siempre optimista, y son proverbiales el acierto, la precisión y la perfección de sus provisiones y medidas.

EL ESTADIO MELANCOLICO

Emergiendo por encima de los parques y jardines de Montjuich, de los que aspira el perfumado aroma de sus flores y macizos, con el ruidoso ajeteo de la ciudad apretada a sus pies, por un lado, y recibiendo la salobre caricia de la brisa marina, por el otro, alza su chata y anchurosa fábrica, de severo estilo clásico, el Estadio Municipal de Montjuich. Vacío y silencioso la mayor parte del tiempo, amarillea al sol y se humedece de lluvia, y añora con frecuencia las espaciadas ocasiones en que la fiebre de la multitud, enardecida por el espectáculo deportivo, atruena su ámbito con los gritos de la lucha, la increpación y la victoria.

Pero no siempre está abandonado el Estadio, y de vez en cuando abre sus puertas—siempre de par en par para los deportistas modestos—para acoger a esos deportes poco menos que desheredados, altivos reductos, en cambio, del más rabioso «amateurismo», espejos de las recias virtudes del esfuerzo y el sacrificio, a cuyos fervorosos militantes no doblega ninguna dificultad ni atemoriza ningún obstáculo. La pelota base y el rugby ocupan tal vez el primer lugar entre los deportes que buscan en Montjuich el refugio de que carecen.

El melancólico Estadio de Montjuich, pabellón simbólico del deporte barcelonés, es algo así como un monumento imprescriptible en un panorama de grandezas, con sus nobles piedras, sus pistas de ceniza y su cuidado gazon, vegetando una vida opulenta, estéril y decorativa. Lo cual no deja de ser un poco la inevitable servidumbre de la grandeza.

TIRO EN MONTJUICH

Hacia Miramar—una deliciosa esquina de la montaña—cuelgan en balconadas sobre el trágico del puerto, que remansa sus aguas sucias y pesadas allá abajo, entre los brazos de los muelles, dos instalaciones de tiro: el campo de la Sociedad Tiro de Pichón y el polígono de la representación del Tiro Nacional. Con completos «stands» para el pichón y los platos, en todas sus modalidades, la primera, que se desenvuelve bajo la égida de don Rosendo Peits, y dedicada al cultivo del tiro de guerra con arma larga y corta, la segunda, que atribuye categorías hasta el título de maestría, y está dirigida por don José Botey, abarcan entre las dos todas las peculiaridades de este deporte, que se asienta sobre el temple, el pulso y la vista.

VELAS Y REMOS

La falda de Montjuich, por el lado de Levante, se desploma casi a plomo sobre las espumas con que el Mediterráneo dibuja caprichos en la arena de la costa barcelonesa. Un poco más allá, entre grúas y mástiles, en el penetrante olor a breca que impregna el aire y el polvillo del carbón que vuela como lluvia impalpable; en el cuadro sucio, bronceo y estridente del puerto barcelonés, el Real Club Náutico y el Club Marítimo mantienen las más finas y esforzadas tradiciones marineras aplicadas a la competición deportiva. Las blancas alas de sus balandros y los afilados perfiles de sus «outriggers» simulan sobre la superficie rizada de las olas gigantes gaviotas y sinuosos peces que entretienen sus ojos con los fantásticos juegos de las bordadas y las estropadas. Don Amadeo Maristany y don Juan Sedó Peris-Mencheta empuñan con firmeza los respectivos timones.

A NADO EN MAR Y PISCINA

Al otro lado del puerto, junto a su escollera, frente a las bravas olas que traen espejeando desde Oriente la siempre renovada promesa del sol, se tiende sobre la adormecida suavidad de la arena el Club de Natación Barcelona, polideportiva entidad, en realidad, que rinde un culto especial a la práctica de los deportes a nado y el polo acuático.

Club decano de la natación barcelonesa, en su piscina se han formado promociones de nadadores y nadadoras que mantuvieron durante años, sin interrupción, la supremacía nacional en las diversas especialidades de nado, saltos y polo.

Los equipos de waterpolo del Club de Natación Barcelona han venido nutriendo tradicionalmente el cuadro de la selección nacional, que tan brillantes realizaciones ha incorporado al historial del polo acuático español.

El Club de la Escollera, como se le designa popularmente, ha dedicado siempre una atención cuidadosa e infatigable a la divulgación y práctica de la natación entre los niños y las niñas, organizando unos cursos y festivales especiales para las categorías infantiles. Su labor no puede ser, pues, más entusiasta, generosa y eficaz.

Comparte los méritos de este Club otra entidad, el Club de Natación Atlético, cuyos desvelos por la natación están alimentados antes que nada por un espíritu animoso y esforzado, hecho de sacrificios, tesonero y ejemplar. A su devoción por las cosas del mar—su local social radica en playa abierta—se debe la tradicional travesía a nado del puerto de Barcelona, cuya organización constituye para el modesto y popular Club el motivo de su más orgullosa satisfacción al unir su nombre a la más antigua, dura y espectacular carrera de fondo del calendario de la natación barcelonesa.

Dos deportistas de primera línea, don Luis Sentís y don Esteban Granada, encauzan las actividades de estos Clubs, auténticas honras y ejemplos del deporte a nado.

EL JUEGO DE PELOTA

La pelota—el juego español por excelencia—tiene en Barcelona fervorosos partidarios. Uno de sus pilares más sólidos y característicos lo constituye sin duda el Club Vasconia, de recia solera, entre cuyos fundadores descuella por méritos propios la figura internacional de don Manuel Balet, padre además de la pareja campeona del mundo de aficionados a mano, que tantos motivos de orgullo han reportado al juego de la pelota nacional. Don Víctor Guillén encamina hoy los rumbos del Vasconia.

EL EMBRUJO DE LA NIEVE

En el corazón mismo de la ciudad, allí donde se abren en flor las sobrias reminiscencias de un pasado esplendoroso, junto al recinto calado de filigrana que es el barrio gótico barcelonés, se asienta entre umbrosos vestigios romanos otro de los grandes veteranos del deporte, el Centro Excursionista de Cataluña, en el que todas las virtudes montañeras se dan cita y toman aliento en la dulce empresa de salir al aire libre, asomarse a los panoramas inmensos, hollar las cumbres agrestes o deslizarse sobre la nieva susurrante, rindiendo culto fervoroso a la Naturaleza bajo la mirada del cielo y emprendiendo con ánimo resuelto la fiera conquista de la montaña.

Como el Centro Excursionista de Cataluña, con su presidente, don Luis de Cuadras, y sus cuarteles de invierno en La Molina, el Club Alpino Nuria, en el valle de la Virgen, bajo la dirección de don José Muntañola, son forja de buenos esquiadores y montañeros, y las competiciones internacionales de ambos Clubs acostumbran a congregarse en la temporada de deportes de nieve los mejores especialistas en sus pistas y trampolines.

EN CADA ESQUINA, UN DEPORTE

El itinerario sentimental del deporte barcelonés que venimos siguiendo se haría interminable si pretendiésemos abarcar todos y cada uno de los grandes y poderosos Clubs y las pequeñas y humildes entidades, que, entre los cuatro puntos cardinales de la geografía deportiva de Barcelona,

unos de manera ostentosa, otros en forma callada, persiguen todos los puros y sencillos ideales del deporte.

Gimnastas y atletas, jugadores de baloncesto, balonmano y hockey sobre tierra, de bolos y tenis de mesa, tiradores de esgrima y con arco, patinadores, billaristas y maestros del ajedrez, todas las modalidades y todas las especialidades de los juegos deportivos, bullen, pululan y trabajan en todas las esquinas de la ciudad, incansables, entusiastas e iluminados por su afán de progresar y su noble anhelo de superaciones.

EL PROFESIONALISMO MONSTRUOSO

Pero no podría cerrarse esta rápida ojeada a la realidad deportiva de Barcelona sin hacerle un sitio al impresionante movimiento del deporte profesionalizado: el fútbol en primer lugar, con su tiranía avasalladora, con sus masas de aficionados, de partidarios y de «hinchas», soberbiamente encarnado por dos de los «cuatro grandes» del fútbol nacional: el C. de F. Barcelona y el R. Club Deportivo Español; el boxeo, cuya crisis actual de figuras de calidad no logra que la afición a los espectaculares combates de «estrellas» decrezca; la lucha libre, una de las más habilidosas y populares deformaciones del deporte, y el ciclismo, que resurge lentamente, pero con firmeza, lanzando a las pistas y carreteras legiones de aficionados, de revelaciones y esperanzas, y que en Barcelona tiene un magnífico paladín en la Unión Deportiva de Sans y una proyección de dimensiones populares en la tradicional Vuelta a Cataluña.

Centenares de miles de espectadores y millones de pesetas son el fabuloso e impresionante saldo que arroja todos los años el deporte de profesionales a la consideración asombrada del hombre de la calle.

COMPENDIO Y CIFRA

Y todavía es imposible olvidar dos manifestaciones que vienen a ser como el compendio y la cifra de este ambiente imperioso de deporte que todo lo satura y sobre todo prevalece en Barcelona.

Los actos deportivos del calendario de festejos de Nuestra Señora de la Merced, que el Ayuntamiento de Barcelona ha revivido con tanto acierto y cultiva con tanto amor a las tradiciones de la ciudad y la inminencia de los II Juegos del Mediterráneo, que, dentro de la consideración de juegos regionales, ampara el Comité Olímpico Internacional a través del Comité español y bajo la acertada presidencia del barón de Güell, el próximo año 1954 prenderán en las instalaciones deportivas de la ciudad y en el ánimo propenso de los aficionados barceloneses y españoles la hoguera del ideal puro del deporte, en el que lo importante no es vencer, sino competir con lealtad.

Estos son, pues, los poderes de Barcelona, florón de la corona de España, que le atribuyen la condición de capitalidad deportiva de este viejo, entrañable y orgulloso rincón del mundo que es la cuenca del Mediterráneo...

SANTIAGO GARCÍA

LA NUEVA IDEA DE LA HISPANIDAD

Por **Alfredo SANCHEZ BELLA**

Director del Instituto de Cultura Hispánica

Nuestra empresa es algo tan vivo, tan real, tan entrañable, tan comúnmente sentida, que en todas partes encontramos valedores

EL 12 de octubre nos brinda buena ocasión para hacer balance de lo que fueron en un año las relaciones hispanoamericanas. A través de cursos, conferencias, ir y venir de profesores y estudiantes, publicación de libros y revistas, una maraña sin fin de realidades culturales, podemos advertir algunos hechos de singular trascendencia porque ellos expresan la realidad conjunta y superior de que se abre camino un entendimiento nuevo de la voz Hispanidad, despojado de ringorringos oratorios y, casi en absoluto, de añoranzas históricas, y dominado en cambio por una preocupación por el futuro. Pensemos que incluso la conmemoración del VII centenario de la Universidad de Salamanca ha sido no sólo un plebiscito de amor filial a la casa matriz de la cultura hispánica, sino un motivo para que las autoridades universitarias del mundo hispánico estudien y resuelvan problemas de tanta trascendencia para nuestra vida común como la mutua convalidación de títulos académicos. En esta Asamblea de Universidades hispánicas hemos visto coincidir en una doctrina y una tesis única a los rectores de los más altos centros docentes del mundo hispánico. Nuestro ideal no es sólo español sino totalmente americano, ha pasado de ser el patrimonio de unos pocos a la creencia de una comunidad de pueblos. Se encierra un profundo símbolo de fidelidad a nuestra tradición en el hecho de que haya sido en Salamanca donde en 1946, con ocasión del Congreso de Pax Romana, se reunieron los universitarios de Hispanoamérica, que lanzaron las bases sobre las que hoy han coincidido en la misma plateresca Salamanca de Fray Luis y de Unamuno (ciudad, por tanto, síntesis y compendio de tanta obsesión española), las primeras cabezas de la cultura hispánica. Y recordemos que la lengua común había sido ya objeto de estudio en las Jornadas de Lengua y Literatura que la misma ciudad y el mismo centenario albergaron hace algunos meses.

Pero el nuevo sentido realista de la Hispanidad no se limita a los temas académicos o literarios; antes bien, exige una atención despierta a la base económica sobre la que toda estructura nacional ha de erigirse. El actual estado taifa de nuestros países, divididos y no siempre concordes para defenderse mutuamente en la competencia conómica de los mercados mundiales, fué objeto de preocupación para los miembros del I Congreso Iberoamericano de Cooperación Económica, que se reunió en Madrid, Valencia y Barcelona en la pasada primavera. El entusiasmo de los reunidos y el sereno estudio de la actual situación produjo una serie de soluciones que desde ahora nuestros Gobiernos podrán tener en cuenta para ordenar sus relaciones económicas, de lo que se ocupará el Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica, fundado en aquel Congreso, y las próximas reuniones del mismo a celebrar en Buenos Aires y Méjico. No en vano la gloria de un pasado histórico que compartimos se ha visto sucedida por un atraso técnico, también compartido por todos nuestros pueblos, que, vendedores en general de materias primas y compradores de manufacturas, ambicionamos la mejora de nuestro nivel de vida a través de una industrialización racional, que no se verifique desordenadamente y no nos convierta en competidores mutuos. Necesitamos crear la economía del gran espacio iberoamericano y favorecer en cada país la industria que sirva mejor al bienestar de la comunidad con lo que se servirá también mejor el interés del propio país donde esta industria se aice. Hemos de ser un solo mercado, y para ello hacen falta estudios e iniciativas, como las que el Congreso de Economistas estudió a propósito de la más útil distribución de capitales técnicos, y más adecuado reparto de las materias primas y

la creación de aranceles preferenciales y de un sistema ágil de pagos entre los países de nuestra comunidad.

En el ámbito hispanoamericano, el año transcurrido ha traído algunas novedades que conviene destacar: se reunieron por primera vez en el pasado octubre los archiveros y bibliotecarios de Iberoamérica y Filipinas, que examinaron además la regulación de la propiedad intelectual en nuestros países y asistieron a la apertura de la I Exposición Trienal del Libro Iberoamericano y de la que dió a conocer «Un milenio del libro español». Durante el año se ha incrementado también el número de becarios iberoamericanos y filipinos que cursan estudios en España y, en mucha mayor proporción, el de los estudiantes que vienen de todo el mundo hispánico a realizar estudios por su propia cuenta en nuestra Patria, y que sobrepasan ya en estos momentos los tres millares. Estos estudiantes están integrando asociaciones nacionales, que celebraron durante el año Semanas destinadas a dar a conocer a su país entre nosotros; y, de regreso a sus naciones, empiezan a constituir en ellas las llamadas en general «Asociaciones Alcalá», de graduados en Universidades españolas; paralelamente, y en buena parte con ayuda de estos licenciados y doctores por España, se han fortalecido los Institutos de Cultura Hispánica que existen en América, y se han creado algunos nuevos; estos organismos son totalmente autónomos e independientes y responden al hecho, comprendido ya por numerosos grupos de intelectuales y por bastantes Gobiernos, de que la cultura hispánica no es patrimonio de España, sino de toda la comunidad iberoamericana, a la cual toca defenderla por igual de acuerdo con su peculiaridad nacional. Otros frutos del año, entre los que se cuentan libros y revistas animados de este mismo espíritu, podrían detallarse en un balance que resultaría entonces inevitablemente fatigoso.

Podría pensarse que concebimos el mundo hispánico como una entidad cerrada, al margen casi de la grande y general historia. Nada más lejos de la realidad, y las reuniones que ha organizado en Madrid la sección española del Centro Europeo de Documentación sobre el tema «Unión Europea-Unión Iberoamericana» han servido precisamente para que profesores e intelectuales de ambos Continentes se conozcan y dialoguen a través del puente histórico de España. Este primer contacto ha de resultar sin duda extraordinariamente fructífero para el entendimiento entre todos los pueblos en los que nació y en los que se prolonga con nuevos bríos la civilización cristiana de Occidente.

Una modalidad especial ha revestido este año la labor hispanoamericana: la intensificación de los contactos profesionales a través de oficinas técnicas de carácter hispánico, a las que el Instituto de Cultura Hispánica ha dado el más fervoroso apoyo para que lleguen a ser el día de mañana instrumentos eficacísimos de la cooperación iberoamericana en todos los sentidos, ligando a los profesionales y a los especialistas de nuestra comunidad. Por ejemplo, la Oficina Iberoamericana de Seguridad Social ha logrado el más cálido y generoso apoyo del Brasil para celebrar en Curitiba el segundo Congreso de su especialidad; el Instituto Hispanoamericano de Derecho Internacional se honró aceptando también la invitación brasileña —pues el Brasil ha demostrado con hechos su papel preeminente en la comunidad lusohispánica de naciones— para celebrar en Sao Paulo su segundo Congreso; la Secretaría de la Pional Hispanoamericana de Arte coopera con la Comisión Cubana de Homenaje a Martí en la

organización de la Bienal de La Habana, que continuará el éxito de la de Madrid; la Oficina de Cooperación Intelectual organizó y celebró las Jornadas de Lengua y Literatura aludidas, y la Oficina de Educación Iberoamericana preparó la Asamblea de Universidades Hispánicas; finalmente, la Oficina Hispanoamericana de Historia ha seguido rigiendo los cursos de la Escuela de Estudios Hispánicos Contemporáneos y la Oficina de Cooperación Técnica del Instituto ha continuado su labor de ayudar a los Gobiernos y las entidades públicas y privadas de Hispanoamérica a contratar los servicios de expertos españoles que han de jugar un papel importante en el desarrollo del enorme potencial americano. Sería sin duda deseable que estas Oficinas y Servicios contasen con un Consejo Mayor permanente, en el que todos nuestros Gobiernos estuviesen representados y que pudiese de esta manera transmitir sus autorizadas opiniones en materias de interés general. Por esto me he permitido hablar de una nueva idea de la Hispanidad. No se trata en absoluto de desvirtuar el pensamiento de los grandes creadores de la doctrina común en América como en España. En nuestra Patria, el pensamiento vivo de Maeztu y de Morente sigue en pie y a él nos sujetamos con fidelidad; se trata tan sólo de concretar y desarrollar en forma práctica y real aquel sentido de la Hispanidad que sus obras contienen y que es preciso transformar en obra, en carne viva de la historia presente. Lo esencial es que la idea pasa a ser un hecho, y sin duda se va haciendo poco a poco realidad este ideal de cooperación y coordinación de nuestros pueblos, porque nuestra empresa es algo tan vivo, tan real, tan entrañable, tan comúnmente sentida, que en todas partes encontramos valedores y apoyos, ofrendas personales y materiales otorgadas a merecido título de gratuidad, apoyos ofrecidos desde los campos más inverosímiles. Cara al futuro, frente al largo camino, duro y difícil que aun hemos de recorrer, vaya nuestro aliento y nuestra gratitud a todos cuantos han comprendido que el mundo hispánico, hoy más nuevo que nunca, requiere fórmulas de nuestro tiempo, instrumentos a la altura de nuestra edad, instituciones capaces de empalmar hoy el ayer con el mañana luminoso en el que habremos instaurado nuestra comunidad sobre una nueva base al servicio del ideal supremo de Cristo.

RECLUTAS ESPAÑOLES JURAN LA BANDERA EN RIO DE JANEIRO



En la Embajada española de Río de Janeiro ciento noventa y siete nuevos soldados de España acaban de alistarse en su Ejército. El ritual se ha cumplido igual que en cualquier campamento de reclutas de la Península y del mismo modo el solemne acto de la Jura de la Bandera ha marcado el final del periodo de instrucción militar. Desfilando de tres en fondo estos nuevos soldados de nuestro Ejército rinden un doble y emotivo homenaje a la Patria que les vio nacer, simbolizada en la bandera, y a ellos mismos, que, en una tierra iberoamericana han pasado a engrosar las filas de nuestra fiel Infantería

LA EXPERIENCIA POLITICA BRASILEÑA

HE aquí una fecha, aun lejana, reiteradamente invocada en las glosas periodísticas de los diarios brasileños: la del mes de octubre de 1955, época constitucionalmente señalada, para elegir al nuevo Presidente de esta República Federal. Las apostillas acumuladas, en torno a ese acontecimiento, distante en el tiempo, no nos interesan tanto, por lo que encierran de posible personalización del problema, cuanto por las glosas que ocasionalmente se escriben en torno al citado hecho y que afectan a un tan hondo problema, cual es el determinar la específica y auténtica naturaleza política de una República, a la cual se la rotula con el plural y complementario apelativo de presidencialista y partidocrática. Componen la República brasileña 20 Estados, cuatro territorios y un distrito federal. Tales Estados, desiguales en poder, distintos en riqueza, divergentes en el orden de su evolución cultural, tampoco coinciden en el orden social. Existe, pues, aquí el factor diversidad, acaso más perceptible, a partir del 13 de noviembre de 1889, fecha en que el Brasil dejó de ser Imperio (dotado de evidente fuerza centripeta) para transformarse en República Federal.

UN REMEDIO ELASTICO: EL SISTEMA FEDERAL

Ahora bien, esa característica no puede sorprender, ni es dable que provoque inquietud, en el sentido de albergar una posible inclinación centrífuga. Para evitarlo, existe el remedio elástico del sistema federal, en sus numerosas formas de realización, y si en los Estados Unidos de Norteamérica pueden convivir, sin recelo mutuo y sin temor a la aparición de hegemonías, vinculadas a un Estado poderoso, entidades, dimensionalmente tan distintas como Rhode Island y Texas, no parece existir impedimento, para que una semejante experiencia pueda darse en el Brasil. También en Norteamérica, en contraste con Estados preponderantemente agrícolas o de suelo feraz, existen los industriales y aquellos que albergan una tierra pobre. Incluso en el orden de la diferenciación geográfica y en lo que a la política internacional atañe podríamos distinguir los Estados europeizantes de la costa atlántica, los más o menos aislacionistas del Centro y, los explícitamente asiaticizantes, de la costa del Pacífico.

No creemos que en el Brasil se ofrezca una tan acusada diversidad, pese a que muchos pensadores

hablan aquí de un archipiélago económico, político, cultural y sociológico. Tal vez ese error de apreciación se deba a la circunstancia de que el Brasil, no inauguró su vida auténticamente federal hasta el 15 de noviembre de 1889. Pero ni siquiera esta alegación parece convincente, ya que, en esencia, los Estados Unidos no iniciaron su auténtica modalidad federal, hasta después de la guerra de Secesión.

Si todo lo que dejamos consignado resulta evidente (a nosotros así nos lo parece), ¿cómo es posible aludir, con tan notoria y significativa insistencia, a la supuesta realidad de un archipiélago brasileño? Contestar a la precedente interrogación, acaso sirva para facilitar nuestra penetración en las esencias del problema político del Brasil.

EL GEOGRAFISMO DEL BRASIL

Digamos ante todo—discrepando de una muy extendida exégesis—, que no estimamos correcta la aseveración, a cuyo tenor el Brasil es una partidocracia, ya que lo propio de los grandes partidos políticos es su alcance nacional. Así acontece en los Estados Unidos, con las dos grandes agrupaciones políticas tradicionales, el partido republicano y el demócrata. Ello quiere decir que si en el Brasil existen agrupaciones políticas, tales como el P. T. B. (Partido laborista brasileño), el U. D. N. (Unión democrática nacional), el P. S. D. (Partido social democrático) y el P. S. P. (Partido social progresista), su eco alcanzará, como un denominador común, a todos los Estados de este inmenso país. Pero en realidad no es así, ya que en el Brasil parece primar un factor que rotularíamos de «geografismo», a cuya virtud se establece un nexo topográfico, entre el candidato a la Presidencia y el Estado, al cual pertenece el aspirante a huésped del Palacio de Catéte. Hasta el presente, dos Estados parecían distinguirse en el usufructo de la Presidencia: Sao Paulo y Minas Geraes, los cuales enviaron reiteradamente inquilinos al Palacio de Río. Actualmente, por vez primera, es un riograndense el huésped de Catéte—Getulio Vargas—. Ahora los paulistas, con vistas a las próximas elecciones presidenciales hacen notar que Sao Paulo, desde hace veinticinco años, no ha enviado a Catéte ningún inquilino, y que es preciso liberar a Sao Paulo de su actual ensimismamiento (aquí se emplean mucho los términos orteguianos). De ahí una tesis que políticamente encierra una innegable originalidad, a saber, que siendo el Brasil un

archipiélago cultural, político y económico, lo deseable es posibilitar la creación de un sistema rotativo, dando oportunidad sucesiva a varios Estados, para llevar hasta el Palacio de Catéte al designado.

EL APRENDIZAJE POLITICO

¿Qué es dable apreciar en las esencias de todas estas interpretaciones? A nuestro entender, la explicación pudiera ser la siguiente: el país, al perder el factor aglutinante del Imperio y al constituirse después en República Federal, iniciaba, en realidad, un aprendizaje político, no de fácil realización, ya que exige el fortalecimiento del símbolo federal, único factor superador de la diversidad, que así podía articularse en una superestructura de tipo armónico, excluyente de toda recidiva, más o menos regionalista.

Lo cierto es que en el Brasil, muchos indagan respecto a las causas explicativas del actual desasosiego y para el espectador objetivo, la respuesta parece evidente: el Brasil atraviesa por una crisis de enorme crecimiento, coetánea a un periodo de evolución política, pero al final de esa etapa, necesariamente tiene que epilogar en la unión dentro de la diversidad.

Otra explicación sería la siguiente: estamos situados ante un problema de tipo dimensional, y así como la creación de varias repúblicas americanas en el centro del Nuevo Mundo y en un espacio reducido, creó problemas que quieren eliminarse «après coup», a medio de la confederación, también existe la dificultad, no por defecto, sino por exceso, dimanante de que no es tarea fácil articular un país de nueve millones de kilómetros cuadrados y lo ingente del empeño, explica adecuadamente estas dudas y vacilaciones, que, en definitiva han de ser superadas, pero no sin gran tino y evidente sentido ecuménico. No sería buen compañero de viaje para recorrer ese camino, ni la impaciencia, ni el episodismo. Con esos datos a la vista nos es posible enfocar el problema brasileño sin temores, una vez que nos hayamos percatado de las dificultades y complejidad del empeño.

Camilo BARCIA TRELLES

(Desde el Brasil, exclusivo para EL ESPAÑOL.)



LA MUJER MAROQUÍ

SU PROYECCIÓN
ESPIRITUAL
A TRAVÉS DE
LOS SIGLOS

DE 1371 AL 1953
PASANDO POR
EL PLEXIGLAS Y
LA MOTOCICLETA

Por
Luis Antonio DE VEGA



Sobre el claroscuro de la calle destaca el blanco ropaje.

MOQUI EN EL ENIGMA DEL TIEMPO



Momento en que el novio descubre el rostro de la desposada

SI algún día por entretener sus forzados ocios en el desierto de Córcega, la princesa marroquina se decide a formar una lista de sus admiradores, le ruego humildemente, que no incluya mi nombre. Sólo en una ocasión tuve oportunidad de verla, muy rápidamente, en la plaza rectangular de Rabat, donde se separan—y no solamente en un sentido topográfico—el Marruecos indígena y el de la colonización francesa.

Un breve espacio de tiempo, unos segundos nada más. Yo cruzaba el arroyo en dirección a las preciosas murallas rabatíneas, con intención de asomarme a la Kasbah de los Udaías, cuando pasó la princesa, al volante de un soberbio automóvil de fabricación norteamericana.

¿Resultaría poco galante decir que le dediqué una mirada más bien distraída, en el mismo momento en que me encontraba en posesión de una espíritu decididamente inclinado a dejarse captar por los ojos negros de una mora que me mirasen por encima del alfeizar del pañuelo que le cubriera el rostro?

Después, ya que no en persona, en fotografía vi en diferentes ocasiones, a esta campeona de la emancipación femenina, entendida a la manera europea. En unas tarjetas postales en las que aparecía hablando ante un micrófono y supongo que diciendo, en árabe, las mismas cosas que hace medio siglo decía, en inglés, aquella misstres Parkhutst, a la que todos los jueves, a las seis y media en punto de la tarde, apaleaban los guardias de Londres.

En otro retrato batía las marcas de lo que hubiese podido esperar un viejo turbante como yo. La princesa cabalgaba sobre una motocicleta. Creo recordar que subía la cuesta que en Rabat conduce a los jardines de la Residencia. De ser así, el contraste no podía ser mayor, ni el sentido alegórico más preciso. Volvía espaldas a la medina, a la Kasbah, a los bastiones moros y corría hacia los cabarets, los chalecitos, la Residencia General... Y creería de buena fe en su nacionalismo, cuando de lo que se separaba era, precisamente, de lo nacional, de lo autóctono y por añadidura, se escapaba en motocicleta. Lo que me sorprende es que nadie en la corte se diera cuenta de que el fin estaba previsto. Había quien comentaba que o reaccionaban los Viejos Turbantes y acababan con la dinastía o triunfan los Jóvenes Arabes y terminaban con la dinastía también, porque ya han demostrado en diversas ocasiones y en distintos países—y esto no es hacerles ningún reproche—lo poco entusiastas que son de la monarquía como forma de gobierno.

En lo que suponga de éxito la transformación que ha sufrido el vivir de las mujeres marroquinas, para su cabeza todos los laureles, y en lo que haya de fracaso para ella todas las censuras. Estamos en un momento en el que no se sabe lo que en el futuro puede ocurrir. Es fácil que un día le levanten una estatua frente a la Karauina de Fez y tampoco es imposible que su nombre sea execrado por las generaciones futuras, aunque esta



Muchachas árabes de la zona polígama de El Garb en traje de gala, preparadas para la fiesta



A la derecha: Una joven madre contempla a su hijo. A la izquierda: Típica vendedora de pan, con la sombrilla bajo la lluvia

posibilidad es poco menos que descartable, pues no hay ninguna esperanza de que los Viejos Turbantes podamos obtener triunfos en ninguna parte.

MEDIA NYLON Y CARA CUBIERTA

Si yo acertara a presentar una estampa marroquí de hace solamente diez años, a los Jóvenes Arabes les parecería que estaba llena de telarañas; pero si la fortuna me acompañaba en la descripción, mis correligionarios de todo Marruecos opinarían que es precisamente la que adoraron siempre y la que no están dispuestos a que les sea arrebatada, porque en Marruecos se produce el fenómeno de que están viviendo al mismo tiempo dos años, el 1953 y el 1371. Claro que uno de ellos corresponde a la era cristiana y el otro al de la Hégira, pero eso solamente en los almanagues. En la realidad de los hechos las dos fechas se emparejan, y en la misma casa donde hay aparatos de radio, luz eléctrica, lavadora mecánica y aspirapolvos, existe una dulce esclavitud, un harén, una poligamia que la ley respeta. La mora calza media de nylon, pero lleva la cara cubierta.

Hace unos meses, junto a Bab el Bahar, en Tánger, me encontré con el 1953 y el 1371, cada

año representado por una muchacha.

La actual en nuestra era, porque la otra también es actual en la suya, según el decir lírico de los fokahas era como una colmena perfumada. Pero una colmena que las abejas no defienden con las lanzas de sus agujones.

La veía descender, cada mañana, por la cuesta que conduce a la parte baja de la ciudad, a la avenida de España, y era una estampa más bella que la ciudad misma. El adul que traza complicadísimos signos caligráficos en su tenderete la compararía con un alif capitular, esa letra del alfabeto árabe que siempre ha servido de comodín para elogiar la adolescencia; pero, en realidad, cuando ella pasaba lo que el adul hacía era inclinar sus viejos ojos hacia sus viejos libros y no le importaba que fuese como una colmena perfumada, precisamente porque las abejas no la defendían con sus agujones.

Vestía caftanes maravillosos. Un día blanco, otro de color cereza y otro verde suave. Un pañuelo finísimo le cubría el rostro, pero no como los que llevan las mujeres aferradas a las costumbres antiguas. El suyo era un objeto suntuoso un tabi encarnado que hacía juego con sus zapatos y con su bolso de euro-

pea, y, tan fino, que se transparentaba la carne morena.

Por mi parte podría dibujar sus labios, decir como eran sus mejillas y con qué clase de harina estaban amasadas.

Cuando pasaba junto a las otras moras, todas parecían sus esclavas.

Era airosa y su andar distaba mucho de ser el de un pato en un ortigal, como les sucede a las muchachas mahometanas que un día se deciden a cambiar la babucha perfumada por el zapato de tacón alto.

Si el adul fingía no verla, yo, en cambio, espiaba su paso desde mi terraza y creía que Tánger valía más cuando salía de su casa envuelta en el factán blanco, en el de color cereza o en el verde suave, la chica—con excepción de la princesa que ahora se encuentra en Córcega—más aduz, de una generación que está a punto de descubrirse el rostro, de permitir que los hombres puedan apreciar el valor de una sonrisa.

Pero una tarde en que ella descendía hacia la playa se cruzó con otra joven mora. El prieto jaique no bastaba a disimular sus líneas felices. La cara la llevaba cubierta con un pañuelo espeso, a la usanza antigua, babucha encarnada en el pequeño pie.

El adul que traza complicados signos caligráficos y aparentaba no ver a la perfumada colmena, habría mirado a la otra muchacha—a la de 1371—con unos ojos nuevos, con un nuevo corazón.

Así fué como la miré yo. Deserté inmediatamente del caftán color cereza, de la figura maravillosamente tallada, del alif capitular en el prodigio de una juventud colmada de promesas. Los talones pintados con arjeña de la chica 1371, se llevaron mi admiración. Los fui rastreando hasta que se perdieron de vista por Bab el Maakbar.

Ella también era una perfumada colmena. Por añadidura estaba defendida por agujones que hacen picaduras dolorosas. Seguro que ambas, según el dicho de Ferduchi, tenían leche y miel debajo de la lengua pero los hombres cuando no somos unos snobs... En fin, ya se sabe...

1953 Y 1371 EN UNA MISMA HORA

No se puede, al hablar de la mujer marroquí, establecer una diferencia entre «el hoy» y «el ayer», porque todavía no hay «ayer» y el zermal y la futah siguen siendo tan actuales como las gafas oscuras y las feas chilabas hombrunas que se han colocado las progresistas. Por eso estoy bastante contento de mi descubrimiento, de haber hecho coincidir los años 1953 y 1371 en una misma hora.

Veamos, por tanto, no lo que era, sino lo que es, un hogar a la antigua. Puede ser un harén y puede no serlo. Harenes quedan muy pocos... En nuestra zona es posible que casi ninguno. Tal vez por la parte de Alcazarquivir. En todo caso en el harén o en el serrallo con una sola esposa, la mujer entre los árabes de Marruecos—no confundirlos con los chleujs de las montañas—es un lujo un objeto de valor a la que, de hecho, no se le confía ni-



Vendedora de telas en un zoco de Tetuán



Mujeres árabes comprando cosméticos; parecen esquivar el rostro a la máquina del fotógrafo

gún trabajo. Todo lo hace la esclava o la criada, y si es cierto que no come en compañía de su marido ni asiste a reuniones donde haya hombres, ni el más taño se muestra mezquino con su esposa, y en cualquier casa burguesa las alacenas están llenas de té, de azúcar, de toda clase de pastas y confites morunos, y ella que con todo el rosario de horas inactivas en la mano suele ser extraordinariamente golosa—de ahí que engorden prematuramente— recibe a sus amigas, va todos los días de visita. Se despreocupa totalmente de la administración y manejo de la casa. Nunca tiene un céntimo encima, pero tampoco le hace falta. Es el marido quien va al mercado y lleva las vituallas a casa quien le compra una joya, un caftán, un vestido, quien la alhaja, muchas veces, por encima de sus posibilidades económicas, porque no como él visita, sino como a ella la lleve es como han de juzgarle las otras mujeres que se lo comunicarán a sus esposos y si no dispone de una colección de costosos caftanes o en sus muñecas no tintinea un semanario de oro, se iniciará la desconfianza acerca de su posición económica.

Una burguesa marroquina no ha cogido una escoba ni una aguja, ni una aljofifa desde que la trajeron al mundo.

Es difícil imaginar qué mejor paraíso les pueden tener reservado en la tierra que este del jardín o la terraza la colchona blanda, las alfombras espesas, la nutrición abundante, las golosinas más abundantes que la nu-

trición, ni por qué ninguna dama de Marruecos puede tener la menor prisa en que cambien las cosas.

Una señora europea tiene siempre mil cosas que hacer y que vigilar en su hogar... Una marroquina, nada, absolutamente nada. Todo se lo compran hecho.

Ya es sabido que las terrazas son del exclusivo dominio de las mujeres. Están pegadas unas a otras para que las vecinas puedan pasar a la casa de al lado y continuar su paseo hasta donde lleguen sus amistades. Siempre hay un pretexto para una «diffa» femenina. Toda una jornada destinada a la fiesta al cotilleo, la música que era el único arte que practicaban las féminas en el Imperio y que han ido olvidando, primero, porque confiaron sus canciones a los gramófonos, y después, a los receptores de radio. La danza y la composición de algunos poemas de limón y de naranja constituyen toda su evasión espiritual, en unos festines en los que las tazas de té están tan cargadas de azúcar que parecen jarabes y en los que las negras renuevan constantemente los «muslitos de gacela», marrochina, turrones de linaza y la pasta real.

Se ha hablado de la tiranía de los maridos marroquíes. Lo corriente es que un árabe no gaste un céntimo en la calle. Va a la mezquita, se reúne con los amigos en alguna tienda, pasea muy poco, y no va a cafés, ni círculos, ni espectáculos. No bebe, y frecuentemente no fuma. En cambio la tiranizada esposa de-rracha todos los días unos cente-

nares de francos del Banco de Marruecos en dulces y confituras.

Es otro error suponer que las mujeres marroquíes se encuentran perpetuamente encerradas en sus casas. En primer lugar viajan bastante. Luego asisten a toda clase de fiestas públicas y no siempre como espectadoras. Yo he visto mujeres aissauas en Xauen tomar parte en las danzas epilépticas de los cofrades, los viernes, siguiendo la costumbre islámica, acuden a los cementerios... Actualmente se las ve en todos los paseos. Durante el verano, en las playas, donde les han acotado espacios para su disfrute particular.

El harén marroquí nunca ha constituido un depravado gineceo. Es una casa como todas las demás donde, en vez de haber una sola esposa, hay dos, tres o cuatro, en la que cada mujer tiene una habitación idéntica a la de sus coesposas, recibe los mismos regalos, la misma alimentación y el mismo trato. El hombre tiene establecido un turno y las visita a una cada día, sin establecer ninguna diferencia, porque en el Korán está escrito que el polígamo que trata-se a una esposa mejor que a otra se presentará en el día del Gran Estruendo «con una nalga más abultada que la otra y Mahoma lo enviará al infierno».

El harén abrió primero sus puertas incautamente a la curiosidad de las extranjeras, que en muchos casos pretendieron sembrar semillas de rebelión en el alma de unas mujeres que vivían en mayor ociosidad y con mu-



Una madre con su hijo en el camino de Duas

chas menos preocupaciones de toda índole que las visitantes y ahora las está cerrando, en parte porque ya no existen las grandes fortunas de antaño y también porque los Jóvenes Arabes se han mostrado contrarios a la poligamia y ninguno de ellos toma dos esposas.

DESAPARECE EL GREMIO DE LAS NEGAFFAS

De todas formas, es de agradecer que en Marruecos los amigos de las reformas hayan permitido la inconcebible convivencia de los años tan alejados como el 1371 y el 1953, primer caso de una milagrosa cronología doble, no sé si paralela o entrecruzada.

En otros países no se comportaron con este tiento. Sacaron brutalmente a las mujeres de los serrallos y ellas, que no sabían qué hacer con sus diez dedos porque nadie les había enseñado nada, no encontraron abiertas más puertas que las de los prostíbulos. Se necesitará que llegue otra generación, dos generaciones, para situar a las mujeres moras en el mismo rango que a las europeas (lo cual insisto en que no creo que suponga ninguna ventaja).

Ni siquiera se ha dado un paso definitivo en la indumentaria. No atreviéndose a ponerse la falda y la blusa o el vestido sastre, la marroquí ha renunciado (no todas las marroquíes) al jaique, tan airoso y que sabían llevar con tanta gracia, cambiándolo por una chilaba de hombre que oculta sus líneas y las desprovee de sal de ángel. El pañuelo es en la actualidad una gasa fina, y la mayoría lleva gafas negras.

Se trata de una transición, pero las prendas son horrosas. Por otra parte, como el marroquí no es nada amigo de innovaciones, es posible que pase mucho tiempo antes que consienta que sus mujeres vistan a la europea. De no ser así, y aun siéndolo, resultaría mucho mejor volver al jaique, del que es nieto el madrileño y negro mantón, ya casi totalmente desaparecido.

¿Qué hacen las muchachas marroquíes además de llevar gafas oscuras y zapato de tacón alto?

Van a los cines (en algunas partes se les exige que lo hagan acompañadas de algún pariente) y han alterado la manera de andar por la calle cuando van ella y él, aunque no se

podía decir entonces ni se puede decir ahora que emparejados. Hace poco tiempo, cuando el árabe salía con su o con sus esposas, él iba delante y ella o ellas le seguían a una respetuosa distancia. Ahora los novios han invertido el orden. La muchacha va delante y él, cerca pero no junto a ella, detras.

El honorable gremio de las negaffas, casamenteras, ha desaparecido totalmente. Sus servicios son innecesarios y ni simbólicamente precisan ponerse las medias azules para intervenir en el trajín de un casamiento ni para servir de enlaces, en un delicado asunto de amor.

La joven mahometana de 1953 se interesa por la política, y todas—excluidas únicamente las cabileñas—hablan, por lo menos dos idiomas. Su lengua de cuna y el español en nuestra zona y el francés en la vecina. Van a las academias, estudian y algunas—¡las pobres!—incluso trabajan.

Han invadido la calle, desertando de las azoteas, donde era tan maravilloso contemplarlas—cometiendo una travesura, naturalmente, y sin que ellas nos vieran—con sus caftanes de colores vivos, amortiguados los tonos encendidos con la gasa blanca; pañuelos de arco iris para las crenchas pintadas con arjeñas y las babuchas bordadas de primavera.

Cruzadas las piernas a la manera de Oriente, provistas de sus instrumentos musicales: un viejo violín al que siempre faltaba alguna cuerda, la derbuka y el pandero redondo como el número 5 de la caligrafía mahometana. A veces se quitaban los pañuelos y era una invasión de ébanos maleables o de lustrosos cobres los que se desparramaban por encima de los hombros y les caían sobre la espalda. Los zerruales, por debajo de la gasa, asomaban los colores menos imaginables.

Esta estampa sí que ha desaparecido del Buen Marruecos. Por el momento también se ha esfumado la de una princesa mora conduciendo una motocicleta. No es tan fácil terminar con un estilo de vida, con la manera de manifestarse de un Imperio. Algunas de las chicas que hoy pasean por el Aguedal de Fez, llevando de espiguite a su novio, es muy probable que, pasados unos años, lamente no haberle confiado la elección de marido a su abuela.

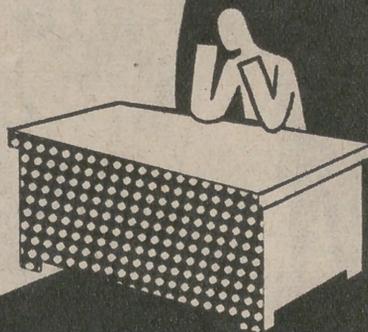
TODO EL PANORAMA DE LA POESIA CONTEMPORANEA EN

"POESIA ESPAÑOLA"

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración: Pinar, 5. — MADRID

FATIGA CEREBRAL



No siempre nos damos cuenta del agotamiento. Paulatinamente vamos notando que la memoria no obedece a nuestra voluntad, que la inspiración se muestra esquiva, que las ideas se borran...

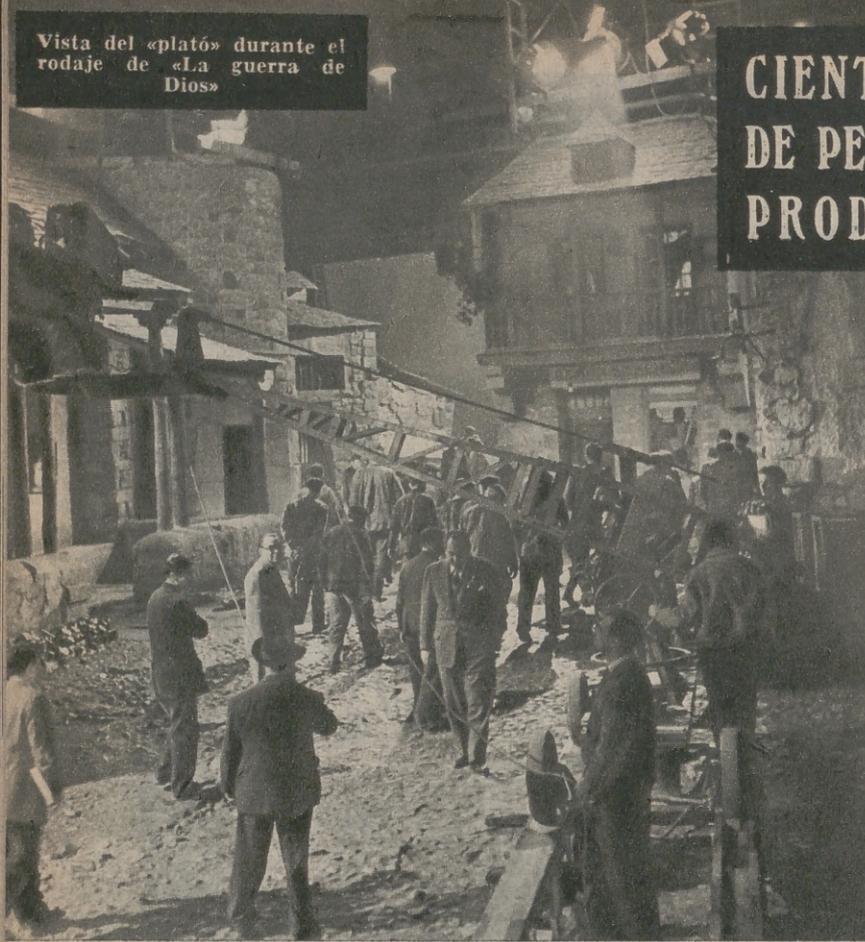
Abandonar al cerebro en este trance es condenarle mañana a la impotencia intelectual. Ayudemos su rehabilitación con un alimento energético que le devuelva el ácido glutámico consumido.

FOSGLUTÉN

RECONSTITUYENTE CEREBRAL

C. S. 13.661

Vista del «plató» durante el rodaje de «La guerra de Dios»



CIENTO CINCUENTA MILLONES DE PESETAS SE GASTAN EN LOS PRODUCTORES EN PELICULAS

GRANDES VICISITUDES ECONOMICAS EN LUCHA DESIGUAL CON LA PRODUCCION NORTEAMERICANA

LA PROTECCION DEL ESTADO SUPONE UNA AYUDA CONSIDERABLE



Preparativos de rodaje de una producción inglesa en los estudios de Sevilla Films

EL CINE ESPAÑOL ES UNA INDUSTRIA IMPORTANTE QUE EMPLEA A 40.000 PERSONAS

Con los premios de Cannes y de Venecia nuestro cine se sitúa en un plano de categoría internacional

Por A. CUEVAS

NO crean ustedes que todo lo que tiene el cine de brillante, atrayente y divertido en la pantalla de una sala de proyección, se ofrece también así detrás de sus bambalinas. Aquí hay dos caras, como en tantas otras cosas. Cada película terminada en el laboratorio y puesta en condiciones de ser exhibida al público tiene tras de sí una buena historia de desvelos, angustias económicas, contrariedades y forcejeos administrativos (estos últimos debido a los créditos oficiales, censura y clasificaciones); una historia, en fin, que no termina tampoco, como pudiera creerse, con el último golpe de manivela, porque sigue arropando a la película hasta que se agota su explotación comercial.

Pero nosotros no vamos a contar aquí lo divertido ni lo fastidioso del cine. Tan sólo haremos una breve exposición de lo que representa en España la industria de películas y medios de que dispone.

UNA LUCHA DESIGUAL CON HOLLYWOOD

Como preámbulo, diremos que de las competencias que puedan sufrir los productos industriales, quizá sea la cinta cinematográfica la que haya de soportar el cerco más duro. Piensen ustedes en el escaso margen que el cine de Hollywood, tan poderoso en todos los aspectos, viene dejando para que respiren malamente sus aspirantes a competidores. Y decimos aspirantes, porque hoy por hoy, y aunque el futuro enseñe los dientes a las factorías americanas del celuloide (sea por la televisión, sea por la amenaza del cine europeo, que se despepeza lentamente de su sueño de años), aun imperan en todas las pantallas del mundo, y en las españolas, por supuesto, las figuras de Gary Cooper, Bette Davis, Gregory Peck, Jennifer Jones, o las que ustedes quieran.

Tenemos un público muy habituado al patrón de Hollywood



Exterior nocturno de una película rodada en Tánger

e infectado de simpatías por los «astros» de la Meca del cine (la bien organizada propaganda que llega de América tiene mucha culpa); público, diríamos, americanizado automáticamente, sea por dos horas, al cruzar el umbral de un cinematógrafo.

Expresada en cifras la lucha entre los cinemas extranjeros y el nuestro por la posesión de las pantallas españolas, se entabla en estos desiguales términos:

CIFRAS MEDIAS APROXIMADAS

100 nuevas películas norteamericanas al año (el 47,5 por 100) (con una propaganda inteligente y tenaz)

M A S

70 nuevas películas europeas y suramericanas (el 33,5 por 100) (con una propaganda discreta)

CONTRA

40 nuevas cintas españolas al año (el 19 por 100) (con una propaganda menos que discreta).

Limitándonos al mercado madrileño, representativo de lo que sucede en todo el país, las estadísticas señalan en él estos resultados comerciales (hablamos siempre de cifras medias):

Cada película norteamericana se mantiene en el local de estreno unos veintidós días en cartel, se exhibe en 50 cines de nuestra capital y suma unos trescientos setenta y cinco días de exhibición.

Cada película española se man-

tiene en los cines de estreno, por término medio, once días, se presenta en 22 cines madrileños y se exhibe en total unos ciento cincuenta y ocho días.

Así se demuestra que la parte del león sobre los ingresos en taquilla corresponde al cine de Hollywood, cuyas recaudaciones de estreno, además, son muy superiores a las que consiguen nuestras cintas.

ONCE ESTUDIOS Y 27 «PLATOS»

Una industria de fabricación de películas (aunque el cine sea industria y arte, mitad por mitad, no puede negarse a la película comercial su carácter de producto fabricado) debe reunir los siguientes elementos:

Estudios de rodaje y sus equipos.

Empresas productoras.

Un cuadro de técnicos, artistas y especialistas.

Esto en cuanto al sector producción, porque la industria cinematográfica comprende también la organización distribuidora de cintas y la rama de exhibición.

Tenemos once Estudios de rodaje de cintas, radicados exclusivamente en Madrid y Barcelona. No todos son importantes, pero algunos de ellos ocupan considerable extensión de terreno, con instalaciones amplias para el rodaje y el complemento de sus talleres de carpintería y decorados, salas de maquillaje y peluquería, oficinas, almacenes y otras dependencias. Además hay que incluir en ellas las salas de sincronización, montaje y proyección, el laboratorio para el tratamiento de la película y las instalaciones de doblaje.

El lugar típico del Estudio es el escenario o «plató», donde se filman las escenas; un recinto desmantelado, cuando descansa, y una especie de infierno con máquinas, cables, decorados, personas activas y voces de mando, cuando funciona. Precisamente el número de estos escenarios de rodaje y su capacidad es el que marca las posibilidades de producción y no el número de Estudios. Los nuestros suman en total 27, con una capacidad de producción superior a la actual,

ya que trabajan, aproximadamente, al 50 por 100 de su rendimiento; el ritmo actual de producción de películas es insuficiente para mantener en continua marcha a tanto mecanismo.

MAS PRODUCTORES QUE PELICULAS

No son los Estudios, sin embargo, a pesar de su complicada organización y el volumen económico que suponen, los que llevan la batuta de la producción cinematográfica. Salvo excepciones, se limitan a colgar un cartelito que dice: «Se alquila», y a esperar detrás de las ventanillas a que se acerque un cliente. Y el cliente no puede ser más que un productor—que es quien contrata y reúne los elementos económicos, técnicos y artísticos que hacen posible la cinta—, al que se le ofrecen las instalaciones a «quais» pesetas diarias.

Por esta circunstancia el productor independiente o la marca productora es, en nuestro país (en otras naciones los Estudios producen por cuenta propia), un factor interesante. Por él se anima o decae el movimiento cinematográfico. Matriculados en tal profesión hay en España unos 80, por término medio; número que resulta excesivo, ya que duplica al de películas que se emprenden por año. ¿Por qué tanto productor?

Muy sencillo. La patente se otorga a todo aquel que satisfaga en Hacienda la contribución señalada y registra al tiempo un pospoco nombre, cuya última palabra parece ser ésta invariablemente: «Films» (Oriente Films, Universo Films, Planeta Films, o algo así; cuanto más fantástico, mejor). Pero hay productores de dos clases:

a) Los menos: aquellos cuya solidez económica, moral y profesional tiene cotización en la industria.

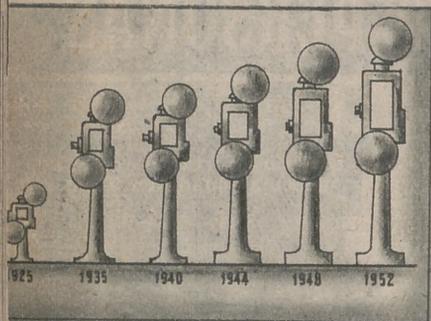
b) Los más: personas audaces que se lanzan a la aventura de realizar una película, con escaso dinero, menos moral y ningún sentido de la responsabilidad.

Como los del grupo b) naufragan en la empresa con bastante frecuencia, surgen nuevos audaces a sustituirles. Y la historia se repite.

Hay, además, otra razón que justifica el elevado número de productores: la lenta recuperación del capital que se invierte en una película establece un largo y forzoso plazo entre cinta y cinta.

LAS COPRODUCCIONES O CINE «AL ALIMON»

En estos últimos años ha surgido una fórmula de colaboración internacional, cuyos resultados económicos han sido felices (de los artísticos hay opiniones contradictorias). Se trata de las coproducciones, esto es, de las películas realizadas con participación financiera y artística de dos países o más. (El cine «al alimón», en términos taurinos.) Francia e Italia ofrecen numerosos ejemplos de esta productiva colaboración (aquí nos han llegado «Mujeres soñadas», «Fan-



CINEMATOGRAFOS EXISTENTES EN ESPAÑA DESDE EL AÑO 1925



HABITANTES POR CINEMATOGRAFO

- Menos de 6.000
- De 6.000 a 10.000
- De 10.000 a 15.000
- Más de 15.000

La mayor densidad cinematográfica corresponde a la zona levantino-catalana; la zona interior es la de menor número de cines



Detalle de una escena a punto para el rodaje

fán el Invencible), «El salario del miedo» y algunas otras películas francoitalianas). El Estado español ha firmado recientemente sendos acuerdos con estos países, regulando las condiciones en que se han de realizar las futuras películas hispanofrancesas o hispanoitalianas, con la fundada esperanza de conquistar por este medio los mercados de Europa, tan cerrados tradicionalmente a nuestras cintas. La verdad es que con anterioridad a estos convenios oficiales ya se había iniciado por los productores españoles la fórmula de realizar películas en colaboración con otros países. Algunas con tanto éxito taquillero como «El sueño de Andalucía», de participación francesa.

CIENTO CINCUENTA MILLONES AL AÑO SE GASTAN EN PELÍCULAS

Las películas, una vez filmadas, hay que revelarlas, imprimir títulos, sacar las copias necesarias para su explotación y otra serie de operaciones. Todo esto se hace en laboratorios especiales, que suman unos doce, entre Madrid y Barcelona.

Aun nos queda en la industria de producción, o, mejor, en la que podríamos llamar de transformación, porque su tarea es la de sustituir el idioma extranjero por el nuestro en las cintas que nos llegan de otros países (a excepción de las cintas hispano-americanas que, lógicamente, se proyectan en versión original), los llamados Estudios de doblaje. Aunque algunos de los establecimientos de rodaje tienen instalaciones para «doblar» películas, hay también Estudios independientes dedicados a esta labor: unos cuatro o cinco.

En resumen que, como verán ustedes, la producción de películas exige un complejo industrial, de considerable volumen económico, que no se puede improvisar de la noche a la mañana.

Una valoración «grosso modo» nos daría los 150 millones de pesetas en inmuebles e instalaciones y una inversión anual de 120 a 150 millones de pesetas en la realización de cintas.

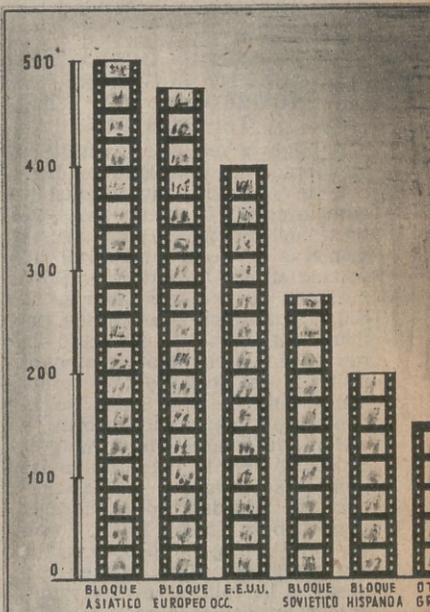
CUATRO MIL CIENTOS CINCUENTA MILLONES DE ASIENTOS

De adquirir las películas extranjeras y nacionales y repartirlas comercialmente por los cines del país se encargan las Empresas distribuidoras (intermediarios entre el productor y el empresario del cine), de las cuales existen unas 60 Casas importantes, que cuentan con una red de sucursales y oficinas regionales, que alcanzan una cifra superior a aquélla. En total son unas 3.000 personas las que viven de este tráfico comercial.

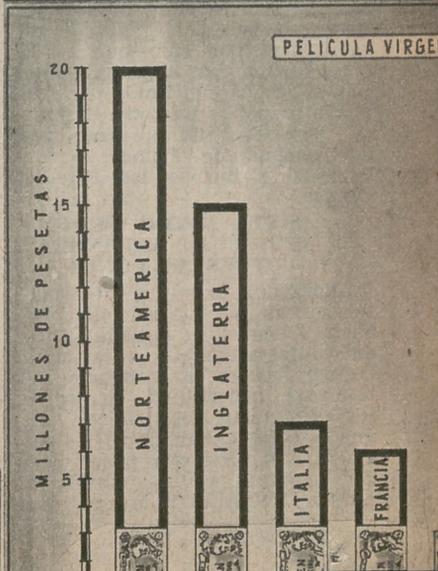
Los establecimientos que cierran el ciclo de producción-distribución-consumo de películas son los cinematógrafos, repartidos por el país en número de 4.100, aproximadamente; cerca de 700 se hallan instalados en las capitales de provincia y el resto, en ciudades de menos importancia y pequeñas poblaciones. Sus localidades suman algo más de 2.200.000 asientos. Los cines abundan en mayor proporción en la zona periférica de España, por razones de prosperidad industrial y económica.

No obstante parecer elevado este número de 4.100 cines, lo que supone menos de 7.000 españoles por local y 12 por asiento, aun existen numerosos pueblos, especialmente en el interior del país, que carecen de este espectáculo. (El número de poblaciones españolas que tienen al menos un local público de proyección de películas es de 2.600 mientras que el total de Municipios que rebasan los 1.000 habitantes llega a 4.099. Esto

Coste de una producción media en los distintos países de Europa en relación con España



Este gráfico representa la producción anual de películas en el mundo



quiere decir que 1.500 núcleos urbanos de relativa importancia carecen todavía de cinematógrafo.)

Nuestros cines ocupan a unas 30.000 personas e ingresan en sus taquillas anualmente una cantidad superior a los 1.300 millones de pesetas, beneficiándose el Estado de este auge del espectáculo cinematográfico con un ingreso anual por impuestos que puede cifrarse en 600 millones.

CUARENTA MIL PERSONAS EMPLEADAS EN EL CINE

Para resumir esta visión esquemática de la industria del cine diremos que el capital invertido en ella—incluidas la producción, exhibición y restantes actividades—se calcula en 6.000 millones de pesetas y que proporciona empleo a 40.000 personas. En esta última cifra se consideran desde las «estrellas» a los acomodadores de un salón. Por cierto que resulta curioso consignar que el censo de técnicos de la producción solamente comprende un total de 800, entre directores (medio centenar), operadores, decoradores, maquilladores, regidores y otros profesionales, y el de artistas—principales y secundarios—unos trescientos.

ESPAÑA OCUPA EL CUARTO LUGAR EN EL NUMERO DE HABITANTES POR CINE

Dejando a un lado las inútiles comparaciones con Estados Unidos de América, cuya industria cinematográfica es la más potente del mundo y una de las primeras del país (el capital invertido en ella se estima en 2.700 millones de dólares, emplea a 200.000 personas, realiza 400 películas al año y tiene 18.000 cines en funcionamiento con once millones de localidades) y excluyendo también a la Unión Soviética, cuyos datos no cruzan el «telón de acero» nuestro país ocupa el décimo lugar entre las potencias productoras. Nos superan en cantidad de producción países como India, Italia, Francia, Alemania, Méjico, Inglaterra y algunos otros, si bien respecto a la calidad no queremos entrar en enojosas reflexiones.

En número de salas comerciales la situación española es más privilegiada; si en cifras absolutas nos corresponde el séptimo lugar en la escala mundial, en habitantes por cine—que es la comparación más expresiva—apenas si somos superados por tres o cuatro países en todo el mundo, estando situados nosotros por encima de Francia, Gran Bretaña e incluso los Estados Unidos.

COSTE MEDIO DE UNA PELICULA ESPANOLA : TRES MILLONES

Ahora una pregunta interesante: ¿es un negocio saneado producir películas en España? Dificil contestación. La obra cinematográfica es un producto totalmente incierto en cuanto a sus resultados económicos. Si una vez se ganan cien, las siguientes el productor puede perder hasta la camisa que lleva puesta. Iniciar el rodaje de una

cinta significa emprender una aventura de la que se ignora cómo se va a salir. Solamente aquellas organizaciones potentes que pueden mantener al año un plan de producción intensivo son las que aseguran un balance final favorable. Pero éstas son las menos, y cada año han de lanzarse nuevas personas al problemático negocio de realizar una película.

Los tres millones de pesetas que en promedio exige el presupuesto de una película decorosa (la película española, aun así, es de las más baratas del mundo; lo que no implica que el presupuesto de alguna superproducción—como «El beso de Judas», por referirnos a un ejemplo de hoy, ya que se encuentra en rodaje—ascienda a 12 millones. Veamos: una producción inglesa supone unos 15 millones de pesetas; una norteamericana, 20 millones; la italiana media, siete millones, etc.). Pues bien, estos tres millones nuestros, decíamos, no sólo hay que reunirlos a contrapelo de capitalistas y banqueros, que no quieren saber nada, o apenas nada, del negocio del cine, sino que luego viene el consabido calvario de trabajar con material escaso, deficiente y con equipos anticuados; porque los Estudios no han renovado su utillaje desde antes de nuestra guerra de Liberación.

LA PROTECCION DEL ESTADO

El Estado español, como en tantos otros países, no se desentende de este problema cinematográfico y establece una fuerte ayuda económica con sus medidas de protección. La cinematografía es una industria de interés nacional y no hay quien se resigne a perder este vehículo eficazísimo de propaganda y difusión de cultura.

Por medio de organismos especializados el Estado concede créditos importantes a la producción (pueden llegar hasta el 40 por 100 del coste de la película) para reintegrar en plazos muy benévolos y sin interés alguno; entrega fuertes subvenciones a las películas ya terminadas (del 25 al 50 por 100 de su presupuesto, a tenor de una clasificación en categorías, determinada por el valor artístico de la película, que establece una Junta especializada), y convoca anualmente un concurso para premiar a las mejores obras de la temporada, por importe de unos tres millones de pesetas.

También protege la explotación de nuestras películas, obligando a los cinematógrafos del país a proyectar seis semanas al año de cintas españolas.

Estas medidas significan un apoyo considerable al productor (no ha sido raro el caso de películas amortizadas solamente con la ayuda oficial) y puede decirse que el Estado cumple holgadamente su misión protectora.

LA DIFICIL DIANA DEL ACIERTO

Si existe un mecanismo industrial y esta ayuda financiera del Estado, ¿por qué la producción que sale de nuestros Estudios, en cantidad y calidad, no correspon-

de a los esfuerzos de unos y otros?

Quizá haya que buscar el fallo en un factor imponderable y escurridizo que podríamos llamar «el ángel», ajeno al Estado y a los equipos industriales. Decía Sáenz de Heredia que la obra cinematográfica es como un recipiente conteniendo una esencia que debemos calificar de preciosa; pero esta obra requiere el concurso de muchos colaboradores (argumentistas, guionistas, director, fotógrafo, músico y sus ayudantes respectivos; intérpretes y otros técnicos), contribuyendo todos esencialmente, con una aportación especialmente subjetiva—y esto es lo grave—a la bondad del producto-película.

Películas caras o baratas; películas históricas o actuales; tramas más complicadas o sencillas; realismo o fantasía, no son, en fin de cuentas, más que casilleros sin mayor interés para la producción. Si examinamos la lista de los grandes éxitos mundiales del cine no veremos en ella el predominio de un género o una clase determinada de cintas. El acierto de aquel éxito ha radicado siempre en conservar la esencia, en mantener el «ángel» de la obra. Y este acierto no es demasiado frecuente en la producción española.

SE GANAN PUNTOS EN EL MUNDO

Pero, en fin, si este final es un tanto pesimista, hay que animarse ante las perspectivas de hoy, que son más luminosas. Precisamente este año de 1953 ha señalado dos triunfos excepcionales del cine español en el mundo. El de «Bien venido, Mr. Marshall», que obtuvo en Cannes el premio a la cinta de mejor argumento, y el de «La guerra de Dios», que consigue en la Bienal veneciana la distinción de un «León de bronce» y el premio de la Oficina Católica Internacional del Cine.

Conseguir un galardón en los dos certámenes cinematográficos más competentes del mundo, a los que acude una selección rigurosa de las 2.000 películas que se hacen anualmente en todas las cinematografías del globo, es argumento para convencer de que se gana evidente terreno en el plano internacional.

Muchos mercados extranjeros que antes se cerraban al anuncio de nuestras películas, como ciertos molcos cierran su concha al leve contacto con un cuerpo extraño, ahora se están abriendo a la mágica consigna de unos premios conseguidos en este duro terreno internacional de los Festivales de Cannes y V.

Y ganar puntos fuera del país es el caballo de batalla del cine español. Si el mercado propio es difícil para nuestras películas, como hemos visto, ya se comprende el enorme valor que representa ir conquistando el ajeno. Porque, en definitiva, al inyectarse dinero a la industria aumentan las posibilidades de intensificar la producción y, con ello, la oportunidad de elevar el porcentaje de las cintas dignas, de las cintas decorosas. No olvidemos que lo que caracteriza a la producción de un país no son las obras excepcionalmente buenas o malas, sino el nivel medio de las que se realizan.

Antonio CUEVAS

PENSAR Y MANDAR

desde CASTELLÓN

LA NECESARIA INDUSTRIALIZACIÓN DEL CAMPO



Por LUIS JUVE CEPERUELO
GOBERNADOR CIVIL DE CASTELLÓN

ENTRE los múltiples problemas pendientes en nuestra Patria, que demandan la atención y el esfuerzo del Estado, ninguno más importante para los españoles, más apremiante para nuestro pueblo y, en definitiva, más decisivo para el resurgir nacional que el de revalorizar el campo, rehabilitar al campesino, exaltar la vida rural, manantial fecundo de las más fuertes y puras esencias nacionales.

Por ser la agricultura la más característica fuente de la riqueza nacional, este orden de problemas adquiere caracteres de urgencia para nuestra economía. Por entenderlo así, el Régimen ha sabido emprender resueltamente una política cuyos incalculables beneficios llegaremos a percibir de lleno en corto plazo.

La magnitud de la empresa requiere un esfuerzo colosal para el Estado, que debe en todo momento considerarse respaldado por la confianza y el apoyo del labrador, de suyo receloso, desconfiado, que precisa se le devuelva la fe y se reafirmen en él los sentimientos de religiosidad, laboriosidad, nobleza y sobriedad, valores humanos adscritos al alma del campesino, que constituyen la base de su «modo de ser» y en él arraigan con el mismo vigor y fortaleza con que el labrador se aferra a su terruño.

El incremento de la producción agrícola requiere una serie de medidas, que felizmente se están desarrollando con extraordinaria agilidad y eficacia, merced al tesón de nuestro Caudillo y las acertadas disposiciones del Gobierno, a cuyo ámbito pertenecen la puesta en marcha de amplias zonas regables, la construcción de grandes obras hidráulicas, la normalización en el suministro de fertilizantes, la mecanización de explotaciones, la electrificación y el mejoramiento técnico en los cultivos, junto con medidas de ordenación legal, que como la ley de Concentración parcelaria y las que regulan la aplicación del crédito agrícola y los auxilios económicos para colonización y parcelación, vienen a cerrar el cuadro magnífico de medios poderosos con que el Estado acomete el urgente e insoslayable problema del resurgir del campo.

En las provincias de modalidad

casi exclusivamente agrícola es donde estos problemas alcanzan hondura e importancia, porque en ellas, como ocurre en esta de Castellón, polifacética y diversa. la política agraria del Gobierno puede en determinadas circunstancias transformar radicalmente la economía y las condiciones de vida y, partiendo de una riqueza inicial indiscutible, alcanzar estadios de producción hasta ahora desconocidos en el total ámbito de la Patria. Nos referimos, sobre todo, a un orden de medidas que, cada vez más interesante, está decidiéndose el Gobierno: la industrialización intensa del campo español, que habrá de permitirnos alcanzar, no sólo en cifras, sino también en calidades y en nuevas especies de productos, resultados magníficos, al mismo tiempo que se establece un medio seguro de regular el comercio y de impedir las alternativas y altibajos que en las producciones exportables produce el intercambio internacional y las condiciones climatológicas.

«En nuestros trabajos por el resurgir industrial—ha dicho el Caudillo—no perseguimos una autarquía utópica, sino el satisfacer simplemente las necesidades de la Nación.» Con este fin han ido multiplicándose las fuentes de riqueza que nos deparan, además, la independencia económica que es fuente de fortaleza nacional y firme sostén de la soberanía. Y precisamente por esta importancia radical de estas cuestiones, el Estado ha venido preocupándose de no dejar a merced de la voluntad incontrolada de la iniciativa privada el logro de un resurgir que ha de ser piedra fundamental de la grandeza de España. Para ello viene impulsando a través del Instituto Nacional de Industria la creación de fuentes de riqueza, antes inexistentes o monopolizadas. Y a la larga serie de realizaciones, que se extienden por todo el territorio nacional como floración magnífica en que comienzan a cuajar las ideas del Nuevo Estado, hay que añadir ahora las que se proyectan en Castellón.

Provincia por provincia va España recomponiendo el cuadro de su porvenir. Ahora en Castellón va a darse el paso de gigante que supone el montaje de una gran factoría para la industrialización de productos del campo, principalmente derivados de agrios, en la que se obtendrán jugos concentrados congelados, esencias y corteza seca de naranja para piensos. Tanto el coste total—125 millones de pesetas— como la capacidad prevista de producción—900 toneladas diarias en tres líneas de fabricación de 12 toneladas por hora—y, sobre todo, el hecho de ser ésta la primera factoría que acometerá un proceso de fabricación totalmente desconocido en nuestra Patria y muy poco extendido por Europa, que demanda constantemente productos del tipo de los descritos a los centros de producción americanos, hacen del proyecto pieza fundamental de nuestra economía y primer escalón hacia una gran transformación de Castellón, a cuya provincia habrá de dar el rango industrial que ya en otros aspectos de la producción tiene.

Sólo de esta forma es posible ir más interesante del proyecto sea el régimen de participación del propio agricultor, que rescatará paulatinamente la propiedad de las instalaciones, mediante participaciones económicas proporcionales a la tierra cultivada de productos agrícolas a industrializar, con lo que pronto estará en disposición de regir él mismo la factoría entera a través de sus entidades sindicales. El ensayo constituirá también primicia en este aspecto de colaboración sindical y será indudablemente una de las primeras realidades de un sistema económico que rompe con el capitalismo financiero.

Sólo de esta forma es posible ir ganando paso a paso nuestra Revolución, cumpliendo con fidelidad absoluta cuanto el Punto 17 de los programáticos afirma e impone al recordarnos que «hay que elevar a todo trance el nivel de vida del campo, vivero permanente de España.»

RIO EN EL RIO

NOVELA

por

TOMAS BORRAS

NO le importaba llenar los cubos en el pozo; su imagen subía desde la hondura empapada en plata, se veía joven, veía sus brazos robustos pero cadenciosos, modelados con dulzura. La suegra le recordaba la obligación apenas el saludo, por cumplir, bajando por la escalera de peldaños que gañían a gato pisado; porque el agua estaba helada y en el huerto había aún neblina, agarrados los vahos viscosos a los frutales, y la suegra sentía contento de que la mujer sufriese una bofetada de crudeza al salir del calor de nido de la cama.

¿Su suegra? El hijo murió no se sabe dónde, en cualquier asalto—¡la maldita guerra!—, y ella era su viuda, y la madre de su marido muerto, ¿su suegra aún? No lo sabía, aunque daba igual; ¿a dónde iba a ir? «Con la tacha de mi vida anterior al matrimonio, en ninguna parte puedo pedir trabajo; las patronas me darían con la puerta en la cara; los patronos, al contrario: "Pase, pase..."», y la encerrona. Conozco a los hombres; iguales todos; son como los que vienen a la taberna a beber; esa es la disculpa; en verdad, a mirarme, por si yo... ¿A dónde voy a ir? Prefiero el rencor de la vieja, que le llena la boca, le rebosa la espuma verde. Cuanto más cegata está... Y también cuando me casé y vivía con su hijo, el muy bestia. "Te has casado con una tal y cual..." Se lo lefa en el gesto al dirigirse a Guillermo, clavándome a mí la culebra que lanzaban sus ojos. Guillermo siempre gruñía. Es que no estaba contento; todos a envidiarle que me tuviera, todos a despreciarle porque me tenía. "¿Qué necesidad casarse con ella?" Eso se preguntaban los que empezaron a ser parroquianos de la taberna porque yo estaba allí, las horas largas, contenidos, bebiendo sin hablar. Yo sentía el contacto de sus miradas en todo mi cuerpo... ¡Los puercos!... Y Guillermo, a gruñir, aunque no se atreviera a castigarme, porque yo no daba motivo. ¿Y qué importaba que hubiese sido camarada de aquel café del pueblo donde cantaban aquellas escandalosas? Ni me explico por qué le cerraron cuando empezó la guerra... ¡Quién lo iba a decir! ¡Guillermo!... Una carta del general: "Señora: Lo sentimos; su hijo ha reventado..." Presunto muerto. Hace meses que acabó la guerra y ni siquiera sabemos dónde está su sepultura. Y la suegra, encrespada contra mí; sin echarme, porque la herencia... Eso es lo que

la contiene... Alguna vez tendré que marcharme.» Le aterian las manos; saltaba a sus pies, corriéndole su frío hasta la nuca, la bocanada de agua vertida de los cubos al bajarlos del brocal.

El sobrino cojo hablaba con la suegra:

—Yo era tan chico cuando se marchó el tío Guillermo... Además, no me podía mover, ¿lo recuerda?; el maldito hueso estaba podrido... Pero sí, me parece que era guapo.

—Un hombre que daba gloria verle; el mejor donde hubiera otros.

Ella echó el agua fría, con sus manos encarnadas y ásperas, en la cubeta del mostrador para lavar los vasos. Sintió la mirada del cojo encima cuando se curvaba. Tenía que pasar cierto tiempo, mucho; lo mandaba la ley; bien lo explicó el lechuzo; después, si no aparecía el marido, le era permitido casarse. O antes si se confirmaba su defunción.

Ella notaba la idea en la cabeza de los parroquianos: casarse con ella, saltar también por encima de la tacha de haber sido camarera en el café donde cantaban bribonas. ¿No se había casado ya? Eso la dignificaba; era una señora viuda... El pensamiento redondo de su cuerpo ponía a los parroquianos taciturnos.

Ya era tiempo, después de cuidar a los pájaros—«¿Para qué quieres bichos que no producen?»; la suegra siempre pinchadola—. Las nueve... Empezar en la cocina, mientras la suegra, vigilante, cabeza gris, codos activos, en su silla haciendo a tientas punto. De cuando en cuando uno de los labradores o de los trajinantes, que entraban avergonzados porque iban a verla, aún entre las pestañas el resabio de gusto que les surtía.

—Aguardiente.

Dejaba la cocina, la limpieza del pescado, el picar la ensalada, para refregarse las manos en el delantal, servir de la botella. Ellos, con la cabeza baja, un filo de deseo escurriéndoseles del ángulo del ojo, disimulados. La suegra, el rostro contraído, centinela.

—Parece que este año se va a dar bien el lúpulo...

—Dicen en la ciudad que cada día hay más desgracias de automóvil...

Los comentarios... Ellos fumaban; la suegra colocaba pocas palabras entre las palabras de los hombres, echándoles sin decirselo; no se iban; furtivamente, del ángulo del ojo el deseo hacia donde ella iba y venía, en el trajín del fogón y la mesa de preparar las comidas, medio oculta.

Era a las doce cuando entraba un turbión de otros hombres; siempre hombres. Las palmas callosas se agarraban al mostrador donde estaba ella, el busto apretado, sus dos redondeces, la garganta sabrosa, la cara sonrosadita y morenita. Les relucía el ansia represada bajo las cejas; echaban billetes como comprándola; algunos se iban al rincón; junto a la mesa se estaban mudos; otros balbuceaban algo que quería ser un cumplido, torpes. La suegra, junto a la mujer joven, tan celosa de dinero, guardándola, sin rechazarles ni permitirles; lucro para la vieja la lascivia de los hombres castos.

Ella salía al huerto en los instantes de ocio a mirar el azul, que se le entraba, color en aire, llenándole de azul los pulmones, cerrados los ojos,

aspirando con todas sus fuerzas. Se encendía. Algo muy fresco de sabor suave, de par en par los apuestos de su alma inundándolos de luz y del aroma que luego aromaba su sentimiento cuando echada en su camastro, los brazos bajo la nuca, veía el azul de nuevo en la oscuridad. «¿No hay animalitos que caen en el cepo y no pueden librarse?... ¡Azul, azul!»

Por la tarde atendía a los jugadores, los viejos, los casados, los maduros y de cargos importantes—los más hipócritas—, idos ya los jornaleros, y los chóferos de ciudad a ciudad, cruzada la aldea, echado su descaro hacia la atracción de la buena moza, ella desviada en silencio. La partida de los jugadores duraba hasta entrar la noche; había que hacerles café y llevarles el café, servirles a cada minuto copitas; algún tacón tropezaba con su tobillo; enseñaban carteras con dinero, demasiado para la partida; sin decirlo diciéndola... Ella, a coser detrás del mostrador; sólo veían los señores discretos el tumulto de su cabellera que prorrumpía mórbida, transida de caricia aterciopelada, y los destellos de su frente comba al moverse.

Pronto se cerraba la taberna. El campo era temeroso; la suegra recelaba de la oscuridad. «Buenas noches» como los «Buenos días», hostiles, la una a la otra. La suegra la miraba subir por la escalera, gato que gaña al pisarle. Ella se encerraba en su cuarto; después de la novela secreta, ancha en su lecho, abierta la ventana a lo radiante, regueros de estrellas arrasadas, polvo luminoso, sentía lo azul que bebió, llenada, plena. ¿A dónde ir? Si un perro aullaba lejano, la estremecía que Guillermo volviera, el tocco; Dios se olvidó de poner en él algo de...—¿cómo lo llamaba la novela?—poesía...

II

—Por lo menos que se le estropeen las manos. Algún pariente, compadecido de la mujer—los adolescentes—, intercedía con la suegra. Y la suegra: Quitarla de pronto la hermosura no era posible, pero poco a poco... Que se le estropeasen el cutis, el pelo, los pies, las manos mientras se hacía vieja.

Estaba diciéndoselo al hijo del maestro del pueblo, que iba a la taberna todas las tardes a ver a la hermosa y gozar el excitante ensueño de la hermosa por la noche. Los viejos casados y maduros que jugaban, pedían copitas uno después de otro, a pausas calculadas, para que ella estuviese el mayor tiempo alrededor, con el llevar y quitar. Entonces entró el soldado.

Al abrir, su mano detuvo la puerta mientras lo miraba todo despacio, el mostrador, la cara de la hermosa que sobresalía sobre el cinc atónita de ver a un soldado, ¡y de ver aquella careta borrosa en la penumbra!, las dos mesas de jugadores hipócritas, los anaqueles con botellas en glorioso polvo de añejas, a la suegra, que se incorporaba en su sillita, rodaba el ovillo de lana, ojos esforzándose de la suegra, pismo de los jugadores, de Delfina, mientras el soldado, con cuidado cerraba la puerta, se iba a la mesa vacía y se sentaba, quedándose tan inmóvil como si hubiese entrado para sentarse y quedarse muerto.

—¡Dios mío!

La suegra no pudo contenerse. Todos rehuyeron su rostro, como temerosos de que el rostro del soldado les contagiara: aquel corcusido informe, amasijo de carne en bullones, cicatrices de quemadura quizá, medio sangrantes, escarlata, la lividez de los trocitos de piel intacta, los ojos hundidos, dos puntas de aguja de luz entre el rebuño de lo que fueron párpados, la boca desgarrada a la izquierda, redonda.

—Un gaseado.

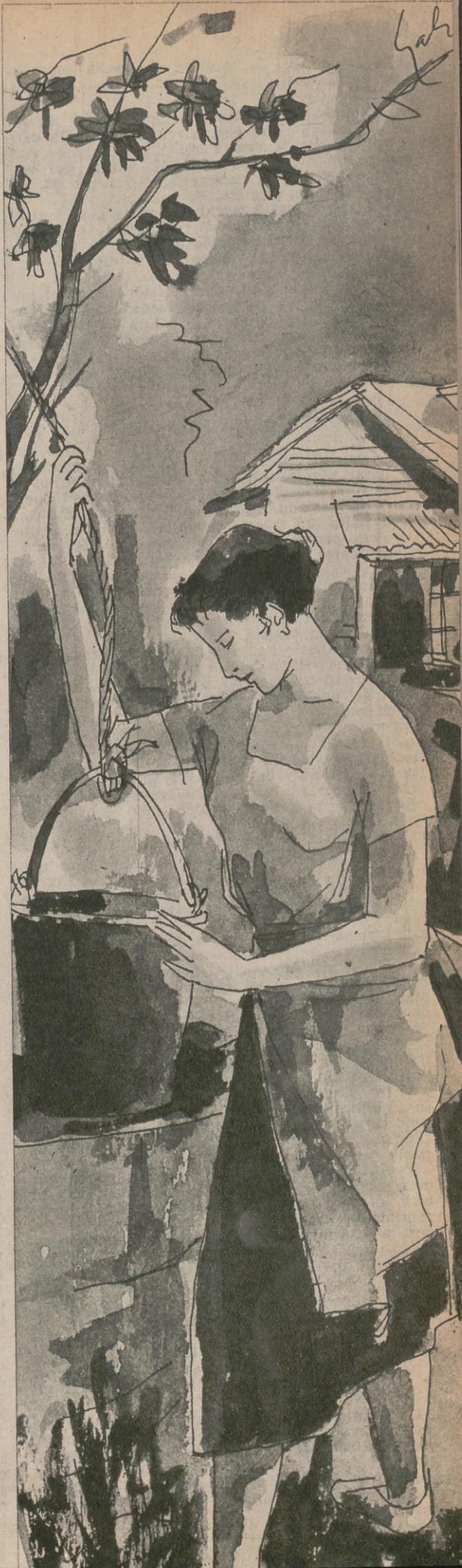
—Trilita en plena cara.

Volvieron a su falso juego, impresionados, avergonzados como hombres de que aquello pudiese ocurrirle a un hombre, vivir siendo despojo de sí mismo, monstruo. La suegra contuvo con la mano el corazón, después de respirar con ansia, levantóse, hizo la cruz como escudo, fué al soldado.

—Perdone usted...

El soldado no se supo si la miraba, no se supo si aquello era sonreír; sacó la tosca cachimba y el paquete, cortó el borde del cartón y echó tabaco en la cachimba; encendía a fuertes chupadas.

—Es que yo también he tenido... o tengo... un hijo soldado.



La cabeza de la hermosa sobresalía sobre el cinc mirádoles, luego apareció el medio cuerpo, levantada.

—A todos los soldados pregunto, porque no sabía en mucho tiempo de él, cuándo llegó la carta del general. Muerto. Pero, ¿cómo?, ¿dónde está enterrado? Algún compañero lo sabrá, por eso investigo. Sirvió en Infantería, regimiento 32, segundo batallón, primera. Se llamaba...

Dejó el soldado la cachimba en la mesa, introdujo la mano bajo el capote, presentó a la suegra su carnet y, alargando el brazo, su pulserita de identificación. Al mismo tiempo dijo:

—Se llama—insistió—, se llama Guillermo...

Como si los lanzase una explosión contra el soldado de facciones concusidas, requemadas. La suegra se quedó sin sangre, tan pálida, no tuvo fuerzas ni para caer, los viejos y casados estaban ya sosteniéndola; el soldado, quieto, se dejaba abrazar, preguntó a la hermosa, amparada en el mostrador:

—¿Y tú?

La hermosa se mordía los labios; fué a él lentamente.

El revuelo tuvo su pausa; ya estaban cansados de llorar y reír de alegría, de abrazarse unos a otros y decirse los nombres y los «¿Te acuerdas?». El soldado sacó del morral cosas inútiles: la marmita, un frasco, vendajes, la cajita de inyecciones contra el dolor, alguna carta de mamá, alguna carta de la hermosa. No la había dicho siquiera «Bésame»; la madre lo observó, señal de disgusto en su hijo; se alegraba, pues, cuando Delfina le refiriera cómo la obligó a las faenas rudas para que se estropease poco a poco... O quizás Guillermo tuviera celos: una mujer sola, de tan pocos años y tanta belleza... No estuvo sola; la madre se cuidó de que no resbalara.

El lechuzo llegó de los primeros desde la escribanía del pueblo y lo repetía sin cansarse; ahora la situación era legal, demonio; el Ejército no aseguraba el óbito de Guillermo ni que viviese; era el caso de un despedazado del que no se hallan restos, o de un prisionero que se muere allá, entre los otros, y del que nadie se preocupa. Hubieran tenido que cumplir la ley, esperar; habían esperado y por esperar, todo salió a pedir de boca. ¡Estaba vivo!

La suegra se relamía diciéndose:

—No hay herencia para ti, maldita, para que te gastes lo mío y lo de mi hijo con alguno como tú. Ya estoy tranquila; puedo desentenderme otra vez de la taberna, vivir en paz. A ver si con el reencuentro viene el niño.

Del pueblo llegaron detrás del lechuzo los adolescentes que se pasaban ante Delfina todos los días, haciendo en bicicleta o a pie los tres kilómetros de ida a la taberna caminera y la vuelta, añorando, fueron los padres de ellos y las muchachas a las que la suegra llevaba discretamente aparte, misteriosa:

—Está horrible, os lo prevengo; le han hecho muchas operaciones; pensad que ha sido por la patria; es un héroe.

Y les mostraba la condecoración que se quitó su hijo de la guerrera para dársela, porque las condecoraciones—dijo—deben ser para las madres. ¿Por qué no condecoran a las madres? También le había cambiado la voz.

Y entraban, ya asustadas, las muchachas: primas, sobrinitos, cuñadas, temblando, le daban un beso, después de elegir para sus labios el único centímetro que no parecía remendado o de piel postiza; atormentada cara, como si la hubiese pateado ensañadamente el Destino.

Por fin, la noche; estaban solos bajo la mortecina luz eléctrica de bombillas gastadas, envueltas en tul contra las moscas; él cansado de repetir mil veces: «Ya contaré, ya contaré...» La suegra dejó de acariciar la mano velluda entre sus manos; dejó de repetir también: «¡Casi dos años, hijo mío!...» Densas las venas, corría por su cuerpo el lento fluido de la fatiga. Murmuró:

—Querréis estar solos...

La hermosa, un poco distante, un poco fría, sin llorar, clavados en él los ojos enjutos, dejándose pedir sin concederse, subió la escalera de peldaños que gañían a lo gato. El soldado detrás, un poco curvo. La silueta de la bella, escapándosele, entraba en la alcoba, todo a oscuras en la taberna.

Al entrar en la alcoba, la mujer cerró con llave. El soldado se sentó en la silla junto a la ventana, apartada, veía el lecho blanco, la imagen a la capecera, la ropa de ella sobre el lecho, delicados rosáceos y azulosos de tórtola, encajes, refinamiento. Le dio unos golpes a la cachimba contra el alfiler para desajojar la ceniza, y se dispuso a cargarla otra vez. Ella, al otro lado de la alcoba, apoyada en la puerta, las manos en la llave, acusándole le preguntó:

—¿Quién es usted?

Tardó en contestar el soldado, encendió; la llama de la cerilla y el rescoldo irradiaban el rebufo de piel; cnpuadas sonoras de humo espeso. Aquella boca se puso en forma de canuto, fracaso de sonreír, y en voz muy baja:

—Es usted Lisa. El me lo dijo muchas veces.

La hermosa pareció recostarse más sobre sus manos apoyadas en la puerta, cerró los ojos antes de interrogarle, asimismo, como quien pregunta en secreto:

—¿Vive?

—No.

Apreó los labios para que no se la escapase el suspiro de alivio; el soldado hizo más redondo el canuto de la sonrisa.

—Se quejaba de que usted no le quería. Ya sé que usted no le negaba nada y era obediente, pero él se daba a los demonios. Perdóne que hable tan rudo, pero en la guerra, las palarotas... Guillermo decía de usted: «Es como si estuviese viva y muerta.»

Delfina se echó hacia atrás la mata de pelo robusto, fué hacia el soldado, quedó ante la ventana aureolada por la noche.

—Viva y muerta... No me pudo definir mejor. Hay estados de vida así, en que la mitad está muerta en nosotros.

—Por eso parece que se desliza usted por la vida.

¿Qué la hacía dano en los ojos? Puso su mano apretándolos para contener aquel sufrimiento. El hombre la observaba con su atención de dos punzones.

—Es decir—aclaró—, que no está usted completamente en la vida.

—¿Completamente?—preguntó ella, y se descubrió la cara, la mano agrietada y encarnada otra vez mansa, cayendo.

—Conozco esa situación, ese no vivir, viviendo; pues, ¿qué es vivir?... plenitud, totalidad de nuestras dotes que anhelamos emplear enteras y agotar así la vida. Y lo que nos rodea o nuestros errores, u otra voluntad más fuerte, alguna causa, nos impiden emplear algunas o muchas de nuestras dotes, nos limitan el desarrollo de nuestros anhelos de tal modo, que estamos como mutilados, como atados, en el mejor caso... Una persona que no puede emplear sino la mitad de su cuerpo, paráltica, ¿no medio vive, no vive en fracaso? Perdóne si le parezco pedante.

—¿Quién es usted?

Lanzó bocanadas de humo el soldado; pensaba.

—Quizá desee usted saber primero lo que se refiere a su marido. Buen muchacho, buen camarada, juntos bebimos lo que pudimos; el alcohol, aunque sea en forma de vino aguado o de alcohol de quemar, es indispensable en la guerra. Eramos como hermanos. Sí, en la guerra se da ese caso: dos que no se han conocido hasta entonces, se aprietan en un afecto superior al de la familia. Es la convivencia en un medio en que todo es hostil, donde hallar alguien que consuele, que ayude, y con el cual desahogarse; es como hallar otro yo. Pequeños servicios, algún servicio grande, el instinto que busca seguridad y la encuentra en el apoyo de quien está a nuestro lado en los momentos de peligro y de tedio... Los plojos y la risa compartidos, el divagar y hacer proyectos, el arrancarle a uno del alma la desesperación, y esa sociedad cómplice que se forma con la crítica... Además de que, entre tanto enemigo, se dispone de un amigo, porque en la guerra, alrededor, se recela de todo y de todos, incluidos, naturalmente, los que tienen poder sobre uno. Por eso su marido y yo...

—Dice usted bien las cosas.

—Siempre pude expresarme con cierta precisión, aunque a veces me falle la claridad, porque hay conceptos que superan las posibilidades del lenguaje; pero la intuición... ¿comprende? Su marido, la digo, era como otro yo, y yo era como si fuese él; eso me dió la idea.

—¿La de sustituirle?
 —Usted sabe que le hirieron.
 —Ligeramente. Nos escribío.
 —Sí, un tiro sedal, como decimos nosotros; luego vino la ofensiva aquella de principios de otoño.
 —Me acuerdo.
 —Retiraron los permisos; su marido alargaba la convalecencia frotándose con lija el rasponazo para que no cicatrizará, me dijo, con la tolerancia de los médicos. Tenía en el cuerpo un año de trincheras y se hacían cargo... Volvió al regimiento al montarse la ofensiva y, claro es...

—¿Qué?
 —Infantería, asalto... ¡No quiera saber lo que es el infierno! Esperar que termine la concentración artillera y el machaqueo de la aviación; el capitán mirándose el reloj en la muñeca; nosotros, con el mal sabor del alcohol en la boca y el esparanto en el alma, y el esfuerzo por vencer el miedo... Un glacis de doscientos metros que hay que atravesar a todo correr, diez ametralladoras cruzadas enfrente, el granizo, y llegar a los ovillos de alambre, y a las rayas de espinas, ante los ojos, que agarran por todas partes, y detrás el acribillamiento de la cortina de protección y la contrabatería de los otros diluviando metralla; delante... Los doscientos metros, si hay suerte, cuestan miles de hombres..., y uno es de esos miles...

—Lo veo—cerró los ojos, su manera de entregarse con docilidad a la emoción.

—Un estallido nos arrojó a un embudo, la onda explosiva, el embudo de unos dos metros de hondo, arañamos para salir; él arañaba delante, yo le empujaba por las botas. Figúrese estar en un ciclón y un terremoto a la vez. Asomé la cabeza y cayó de espaldas, soltando el fusil, que rodaba; y los dos rodamos, porque quise evitarle el golpetazo. Cayó otro en el embudo, también rebotando, muerto; como Guillermo estaba muerto, con un tiro de suerte entre las costillas.

—Suerte?

—Instantáneo. No se sufre.

—¿Y usted?

—Yo salí poniendo a uno encima del otro para auparme; ya en pie, en el ciclón, bajé la cabeza; uno se hace chiquito y cree que el casco le cubre el cuerpo entero y que el casco es intraspasable. Niñerías de soldado... sublimes. Venían los otros, eso que se llama el enemigo, en oleadas, al contraataque; los nuestros hacia atrás, en desorden ¡Demasiada gente los de enfrente, todas las reservas; parecía brotar el horizonte contra nosotros!... Y ya ve usted...

Se señaló el rostro.

—¿Se lo hicieron con machete?

—Hubieran tenido que entretenerse mucho—Parecía reír el canuto de boca; salía del canuto un ruidillo—. Lo que se entretuvieron los cirujanos... Nueve operaciones, cortando de las caderas piel y más piel... Fué el lanzallamas. Y gracias a Dios que salvé los ojos oponiendo el casco instantáneamente, aunque los párpados... Me encontré en el embudo otra vez. ¡Cualquiera explica lo que sucede en un combate! Quemado, no veía apenas; el dolor me había hecho desmayar. ¿Cuánto tiempo? ¿Y yo qué sé? Era de día. ¿La misma tarde de la ofensiva?, ¿dos días después?, ¿cuatro? Tenía sed y tres cantimploras y tres paquetes de curación: el mío y los de los muertos; uno de los muertos, Guillermo. Sentía la sangre como plasta en la cara...; pero uno se palpa, escucha su respiración sin gorgoteo, el pulso es duro, se ve por dentro, mueve las articulaciones con cuidado y sabe cómo está, más o menos. Quise limpiarme de sangre la cara, contento de que no fuera mortal la herida, y el agua me produjo un eseczor horrible; aullé. Tampoco podía resistir el roce, no me aliviaban los paquetes de curación; pero yo llevaba anestésicos, ¿comprendo? No sé si dormí o deliraba. ¿Para qué los detalles? Serían crueles. Tantos horas en el embudo... porque yo calculaba: «Si salgo, me hacen fuego desde los dos lados; si no salgo, como los nuestros reanudarán la

ofensiva (yo sabía que la cota que queríamos tomar era decisiva y terminantes las órdenes de hacerlo)...; si no salgo, cuando avancen, grito, y me llevan a la trinchera...» Horas y siglos... El tiempo es mentira; hay tictac largo como una semana. Creí que era ya viejo cuando empezó otra vez la preparación artillera. Ya se sabe; lo menos, diez horas. Ahora con más motivo, porque debían asegurarse el éxito, convertir en papilla la línea enemiga. En aquella espera interminable, quizá por el trastorno de la morfina de mi paquete particular, porque siempre me han horrorizado los sufrimientos, lo mismo que no me importaba la muerte..., pues se me ocurrió la idea. Me reí sin reírme, me reí mentalmente; empujaba la idea fuera de mí, volvía, insistía, como si el muerto me la devolviese, como si insistiese él... Era una aventura, un disparate, algo que, como salido de la imaginación parecía raro y maravilloso, peligroso..., ¡y tan incitante! ¿Por qué no sustituir a Guillermo, si me quedaba desfigurado como para justificar que era él? Por juego empecé a calcular las probabilidades: la estatura, el aire personal, la voz. ¿Era posible? Pasan los años, y en el recuerdo se borran los detalles; la fotografía que de los otros llevamos en la memoria empalidece, se esfuma; un soldado es igual a otro soldado... Me entretiene en representar la comedia como si la estuviese



viendo en un escenario: Llego, no reconocen a Guillermo al principio; mi cara es un destrozto, no hay posibilidad de hallar en ella los rasgos archisabidos; la emoción de la madre, el cariño de la esposa, ahora mezclado a la lástima...

—Guillermo le dijo que yo era una belleza. Eso decía siempre.

—No fué ese el móvil de la suplantación; se equivoca usted; no soy de esa clase de hombres.

—¿De qué clase es? Dígalo ya.

—De los que han vivido una vida que no es la suya, que no es su propia vida, su íntima vida, la que quieren vivir.

El acento de la mujer, cuando contestó, vibraba tembloroso:

—Muchos sufren de ese mal.

—Algunos han logrado o intentado en los barullos de las guerras y de las revoluciones pasar por otros. Es una de las aspiraciones de la pobre Humanidad: cambiar de apariencia, incluso cambiar de ser. En el regimiento se contaban muchos casos. Quizás no fuese sugestión enloquecedora de la morfina, sino el ansia de mi subconsciente, informado de que podía liberarme.

—Por Dios se lo pido, explíqueme todo.

Delfina, inclinada sobre el soldado, como al mirarse al espejo del pozo:

—Entonces tengo que hablar de mí. Soy otra cosa de lo que me rodea en mi casa, en mi pueblo; aspiró a...

—Usted, la mujer excitada en súbito ardor, oye en los campos una llamada que dice su nombre.

—Sí.

—Siente de pronto aroma de lilas, que trae la brisa sólo para usted. Ve un barco en la niebla, pausado, lento... ¡Podría alcanzarle... si pudiera!

La miraba el soldado, tan cerca de su montón de carne recosida aquel radiante perfecto amanecer de rostro joven sonrosado, se apagaban los puntos de luz, el canutillo de la boca daba un suspiro; levantóse y se apartó de la resplandeciente en pregunta. El hombre murmuró acerbo:

—Contados valientes no se hacen fracasar a sí mismos. Nos enseñan desde chiquitines a contemplar, a resignarnos, a abandonarnos a la comodidad de ceder en la lucha, y aunque sabemos lo que la lealtad nos exige, lo mismo que las estatuas enterradas que alguna vez se descubren, nos dejamos sumir en la lenta, en la inacabable lluvia de polvo, de inercia, de nada que va enterrándonos día a día, el postizo en que nos ha envuelto lo de alrededor, y nuestra abulia y nuestro abandono a la ceniza, a la oxidación, al cambio en otro, anulado el que éramos... Y el otro nos sustituye. Y el verdadero «yo soy así», «yo quiero ser así», empieza a conjugarse en pretérito: «era así», «fui así», «ya no soy así», «quería, y ya no quiero nada». Es la primera muerte. La otra, la del cuerpo, esa es limpiamente trágica; la muerte de uno mismo, conservado dentro el cadáver de uno mismo, esa es la sucia, la dada a traición por nosotros a nosotros.

—Algo le oí decir a un buzo... Bajó tan a fondo que luego la presión le impedía subir. ¿Y qué hacemos, entonces, los muertos que caminamos dentro de un ser viviente?

—Cumplimos el destino de los demás, no nuestro destino. Abdicamos en los otros nuestra actividad, renunciamos a nuestra meta por la suya. Usted, por ejemplo, pues veo que también...

—Yo cumplí el destino de mis padres, se lo confesaré todo. Me llevaron de adolescente a trabajar, necesitaban dinero para vivir, eran ya viejos, y estuve donde otros se espantaban, donde era escándalo de los que se califican a sí mismos de correctos... Y le juro que era inocente y pura, que no entendía por qué trabajar en aquel tugurio, donde las mujeres cantaban y ballaban y relinchaban los hombres o sufrían de contención pálidos y serios, era mejor ni peor. Seguí cumpliendo el destino de mis padres, que vivieran a costa de mi iluminada ilusión, ¡porque tenía divinas ilusiones!, y en el trabajo, al ir y venir entre los parroquianos, que a veces me rozaban con el cuerpo o sentía el arañazo de sus dedos, yo estaba allí y no estaba; ahora comprendo, porque usted me lo ha dicho, que podemos ser dos, desdoblarnos, dividirnos; sonreía a lo que adivinaba con mis ojos interiores, viva en aquellos sueños, indiferente a la brutalidad o al pecado en cerco de mi cuerpo... ¡Algunos santos no estaban como en un aura en el martirio, pero fuera del martirio, sintiéndole, aunque en otro goce?

—Sí.

—El trabajo aquel, el cumplir el destino de mis padres, me originó una mancha indeleble. No era mi destino ser considerada como una perversa perdida, yo virginal, que pasé por el infierno sin mirarle con los ojos del alma. Quería subir, como pájaro que era, y ese plomo que los demás me pusieron me arrastraba abajo. Así estuve, entre la ascensión y la caída, tanto tiempo... Al morir mis padres, creí que recobraba mi albedrío, que podía ser lo que era... Lo digo con las palabras de usted; antes no hubiera podido decirlo. Pero el destino de los demás cercaba el mío: al señalarme con el dedo me obligaban a lo que no quería... y yo era, sin haber perdido una brizna, en mi interior, la misma de cuando me abrí en sentimiento y deseo a la claridad y a la ventura, a ese no sé qué de anhelar que me incita hacia lo noble y exquisito... Pero continuaba viviendo, no mi personalidad, sino mi postiza: la otra mujer, la que trabajaba en el campo rudamente y era regañada y asalariada; la que, cubierta de barro y sin poderse mover de la fatiga del día, por la noche, envuelta en un saco y sobre el heno, no podía dormir de tantas estrellas como la golpeaban desde el cielo en el sentir, y por entregarse a ellas, arriba...

—Usted tiene «la petite fleur bleu». Así llaman a ese espíritu delicado, finísimo, en otro idioma. Yo también siento en mí la florecita azul, la lla-

mita del fuego que Dios otorga a sus elegidos. Tenía que ser: usted, a tal hermosura de envoltura...

Delfina se sentó al borde de la cama.

—¿Usted también? Entonces...

Enigmática, le sonreía, en deslumbramiento aquella delicadeza perfecta de su óvalo enmarcado en la masa maleable de su cabellera, sus ojos audaces, vivísima, revelándose su iluminación interior.

—¿Dónde puedo dormir?—preguntaba brusco, inesperado, el hombre.

—Aquí.

La gozosa le señaló su lecho. Recogió de encima aquella ropa para el tacto del cuerpo, delicada y como de espuma. Abrió sin hacer ruido al mover la llave. Salió a la carretera; sentía en el rostro, de párpados cerrados, el frío de las lágrimas, que la ceñía el frío del golpe del viento.

IV

La suegra gruñía:

—Hazla trabajar. No te conviene una mujer que, además de un hechizo para los hombres, en cuanto la ven los encadena, se arregle y parezca todavía mejor y sea más seductora. A una mujer así el marido debe reducirle la hermosura. Yo lo intenté, pero ella ni se estropea ni cambia.

El soldado, a la mesa, fumaba, ondulante el aire del vagar del humo, absorto. Desde su llegada, la taberna casi vacía. Sólo los carteros y algún conductor de camión, algún mayoral que otro, todavía no enterados de la noticia. Y en seguida:

—¡Ah! ¿Es que el marido apareció?... Bueno, enhorabuena. La guerra es así.

Y no volvían. Los señores maduros, casados, viejos, prudentes, los mozabillos que se escapaban de la escuela en bicicleta, los braceros de los pueblos de alrededor, no eran la corte silenciosa, disimulada, sitio de ansiedad a la mujer ebelta, armonía, fuerte pero impensante, como pintada con los tiernos colores evanescentes del pastel.

—¡Si no la pones a trabajar, hijo...! Lo que nos puede salvar es el campo; que la taberna, ya ves.

Delfina se estaba por ahí, divagadora, a la sombra de los charlotecs de los pájaros, tendida bajo las nubes, acariciada por los tallos y hierbas, contempladora de cómo los insectos, intachebles, de armadura irisada, se detenían en las corolas modestas de la pradera, flores cuyo nombre no conoce nadie, que nunca figuran en el búcaro selecto; escuchando aquello que hay detrás de la distancia que sólo perciben los iniciados en horizontes.

A la orilla del río, contemplándose como en el pozo, subiendo del fondo ella hacia ella, el espejismo de subir... cuando se advirtió, al mirarse en el río, en doble faz: una, precisa, nítida, fija, sin oscilación; otra, temblorosa, que resbalaba, yéndose, descompuesta entre el borbollón de agua presurosa.

—He visto en el río un asombro, soldado... ¡Mire usted también lo que es el río! Su anchura, pausada; un ramita va en él tranquila y sin movimiento, en cama de agua, inmóvil; el cielo siempre es el mismo en la superficie del río; el río no se lo lleva; pasa con tanta lentitud por tener cuidado de que el cielo no se quiebre en su superficie si corre demasiado; roza las orillas con tanta delicadeza como si pudieran disgregarse; se queda en remansos, durmiéndose, entrado un poco en la tierra para gustarla; es grave, despacioso, ¿verdad? Pues hay en él algo, eso que le digo que descubrí, que me produjo casi dolor descubrirlo. Es que dentro del río, envuelto en él, río en el río, ¿me comprende?, va una vena gruesa, rápida, anhelosa por llegar al final velozmente; un río de fuerza que no tiene nada que ver con el emperizado y calmoso; si una piedra se le opone, en vez de rodearla, la salta, la golpea con burbujas de cólera; cuando el otro río, el que es calmosa dejadez, se emperiza más, poniendo sus costados a dormir en lo mullido de las riberas, el río salvajemente energético le esquiva y se va por el centro del cauce y levanta un torrentillo apartado, hasta que se reúne otra vez con el grande río, que le envuelve en sus brazos y le disimula. He sentido en mí como un brinco. Porque, soldado, eso es lo que hay en mí: secreto; una corriente por el fondo más vigorosa, más veloz, más vehementemente, deseando que va a su logro... en el vivir de río manso, igual, lento y sin sorpresas...

—Le dije a usted que muchos quieren realizarse y no pueden porque el ambiente, su alrededor, no se lo permite; tendrían que romper con él tan anárquica y violentamente que se acobardan. Pero

el afán de realizarse tal como son no cesa; es su tormento. Yo quise realizarme en otro, en Guillermo...

—Inténtelo, soldado.

Sólo delante de la suegra y de los parientes o parroquianos se llamaban por sus nombres y se tuteaban; debían creer todos que eran el marido y la esposa de antes de la guerra.

—Se fué usted como huyendo. La advertí que no me había incitado a cambiarme por su marido la turbia idea de tener en mis brazos a mujer tan hermosa.

—Entonces, ¿qué le indujo?

—No pude explicárselo aquella noche. Escuche: fué «la petite fleur bleu». Yo soy lo contrario de su marido.

—¿Si ocurriese así!

—Mi cualidad esencial es... el río dentro del río que usted ha encontrado, y nadie más que usted lo ha visto, ni lo habían visto antes. El gozo de sentirse brotar alas, el tormento de no alcanzar más que el ras de tierra.

—¿Y antes del uniforme y de venir?

—Ya sabe lo que sucede en las familias. El niño pregunta: «¿A quién ha salido este hijo?»; la pregunta en el hogar de comerciantes, que ven con espanto que el niño no quiere contabilidad y pierde el tiempo en echar cometas y jugar con ratoncitos blancos, que está paliducho y explica cosas que nadie comprende. Apresurados consejos, estudios sensatos, fracaso; el llamarle a uno vagabundo, vago, lunático, loco, completamente loco. El maestro, en consulta, dice que el muchacho tiene disposiciones para... escritor, imaginación exaltada. «Con eso no se come!», sentencia del padre, iracundo, porque la tienda habrá que traspasarla a su muerte, mientras el hijo agota los ahorros. Y termina con ellos al morir el padre. Y cuando ya no tiene dinero lleva en el bolsillo un libro de versos y borrones de nuevas poesías; en el corazón, anhelo de compartir sus divagaciones con una mujer; y son diferentes de él, ¡son prácticas! Hombre de nada y todo. Es el propietario de los silencios con lo que le dicen al oído, es el señor de esos castillos que son las montañas y de sus bosques hirvientes de una vida activa de animalitos, secretos para la ciudad y su cartera de negocios; navega despacio mientras parece dormir, llevándole los vientos ulisianos; ama la aventura, la busca; jura en su nombre; encuentra en los objetos opacos, vulgares, la aureola mítica; espera, tranquilo, llegar, después de su breve pecharse en la vida, a otra vida de estrellas, incorpóreo y sabio de la completa sabiduría... ¿Qué sé yo lo que un hombre que no sirve para nada puede ser, puede sentir!... Hasta la guerra era para mí espectáculo de muy abajo, bajo mis pies. ¡Sentirse semidices!...

—De tanto desprecio de lo rampón.

Le dió un beso apretado, ahondando, de enamorada.

Y la madre le repetía, al sentarse ante ella apenas día, después de bajar de la alcoba por la escalera de gáñido de gato:

—Guillermo, lo caviló mucho; tú, piénsalo: bueno que una mujer sea hermosa, pero que la Hermosura sea una mujer... Guillermo, ponla a trabajar hasta que no se mire en el pozo porque se encuentre fea; ese desengaño te salvará. Mientras esa mujer sea la propia Hermosura...

El soldado le decía a Delfina cuando se quedaban a solas de noche, él para dormir en el sofá romántico, ella en su cama, suavidades de su camión marfileño, encajes impalpables, como inhallados:

—Guillermo era dolor; me contaba que se hizo violencia para vencer su recelo y convencer a la madre y a los parientes, pues usted era sospechosa de... ¿qué voy a decirla?... Se abrasaba por usted; era un amor el suyo capaz de transformarle en otro.

—¿Sí?

—Hasta de eso, Delfina. Aunque creyó que usted era una mujer como todas.

—Soy como todas, si se refiere usted a mi otra, que golpea tan fuerte dentro de mí porque quiere aparecer. Todas llevan dentro la otra, todas quieren vivirse, no que viva la envolvente.

—Repito que así nos ocurre a los hombres también. ¿No será esta retención la fuente de la desgracia de la Humanidad? Falta de lealtad propia y ajena. Espere... no hable, quiero que sepa lo que Guillermo decía, con exactitud. Se encontró con una mujer que él no entendía; es lo que he deducido de nuestras conversaciones. Creyó que la

bastaba a usted con el hombre, m. rido, macho, la casa, el amor tranquilo, respeto, caricias legales, bienestar. Vió, espantado, que había metido en una jaula un ave fantástica.

—¿Si todos los hombres pudieran darse cuenta de cómo han encerrado en su jaula de seguridad y orden un ave fantástica!

—El era un aldeano, aunque de buen natural y despejado, pero tosco para manejar sus caprichos de usted, Delfina; los rompía como si aventase impalpables panes de oro, el carácter varonil entendido a lo campesino...

—No me importaba.

—Esa era su queja: «No pude conseguir hacerla mía... ni en los momentos en que era mía; vi irse la mirada de sus ojos, en su frente el nombre sin nombre de aquel desconocido en quien estaba pensando; pasiva, sumisa, rebelde por negarse a dar lo de dentro...»

—La de dentro.

—Y le comía la cólera y la maltrataba; se maltrata aquello que no se rinde y entrega a uno en absoluto. Arrepentido, trataba de extremar con usted la dulzura.

—Es verdad, me daba lástima. ¿Qué culpa tenía él de no sentir lo que yo? El, satisfecho de aquella clase de vida; sorprendido de que yo estuviese como andando por brasas. ¡El acomodaticio, el conformista!

Por la mañana, cuando bajaba Delfina, antes que el soldado, junto a la suegra madrugadora, que tictacteaba a tientas su labor de punto:

—¿Usted cree que este hombre es Guillermo? Está tan desfigurado... ¿Y si fuese otro?—preguntábala con afán.

La suegra, enojada, dirigía su poca vista hacia la hermosa:

—¿No voy a conocer a mi hijo?... ¿Qué nueva insensatez se te ocurre?...

V

El soldado la defendía de la hostilidad y propósitos de la suegra:

—Delfina no trabaja porque no quiero; hay que hacerla feliz, pero no es con la felicidad mía, como lo procuré antes de la guerra, que quise que se amoldase, ¡sí, que metiese su vida en el molde de mi vida!, y eso es imposible y no trae más que desgracias; todos a querer que el otro sea como uno quiere que sea cuando es como es.

—No entiendo de jeroglíficos, al pan le llamo pan, y te repito dos cosas, Guillermo, que soy mujer y sólo las mujeres sabemos cómo somos: ata corto a Delfina, quítala esa hermosura. Y la otra cosa: si no enderezas la casa y los bienes a que produzcan, dentro de poco estaremos a mendigar. Trabaja tú y que trabaje Delfina, ésta por las dos causas; yo ayudaré en lo que pueda. ¡Ay de los ciegos!

—No comprendes, madre... Delfina, como tantas mujeres y tantos hombres, está llena de amarguras y fracasos de ilusiones, tiene un anhelo que no puede satisfacer, de... ¿cómo te lo diría?... de pureza, de belleza, de lo que es fresco, eterno, divino; ¿lo comprenderías si te dijera que sufre porque sueña con la vida del ángel? Quizá esto te haga sentir lo que ella siente; parece cínica, y es porque muestra el reverso de una sentimentalidad que no puede extinguir ni se extingue en ella. Tiene en su espíritu el destello de un más sutil y precioso espíritu; no se nutre su mente sino de quimera, según nosotros; para ella, sustancia. En ella, ese espíritu finísimo en su espíritu, protesta y sufre; ella querría, quizá, ahogar la voz inoportuna, pero no puede; presente realizaciones y días de plenitud, una felicidad que no alcanza, que nosotros no sabemos darla...

—Que arranque esa mala hierba, que la ahogue; es su deber. ¿Es que no vamos a poner delante de todo y sobre todo el deber? Para eso se ha casado. Para una casada no hay sino la voluntad, la situación y el modo de ser del marido. ¿O es que ahora las mujeres, cuando se comprometen en el casamiento, no tienen que abdicar de lo que las inspira la loca de la casa?

—Madre, somos de un modo, así nos hace Dios, y en la dura necesidad de la vida hay cosas que nos encadenan y no nos dejan desarrollar la necesidad vital de cada uno.

—Fatalidad; que se agunte.

—No es el fatum, madre; no es esa fuerza negra, enorme, sobrenatural, no; es lo que nos liga, el ámbito en que estamos y donde no queremos permanecer. Se trata, madre, de dar libertad al que está encadenado.



—Una casada no tiene libertad. Ni la tiene nadie.

—Pues eso es lo que digo: Delfina debe tener libertad; yo quiero dársela.

—Hundirá la casa y nos arrastrará a todos al fondo. Demasiado hermosa, ese pecado la incita; borra su hermosura y vivirás feliz.

—Pero ella sería desgraciada.

La madre quedábase rumiando: «Mucho ha aprendido éste, habla como en sermón; antes era sencillito...»

El soldado iba con Delfina a llenarse los pulmones de deslumbrante azul contenido en el aire frío, áspero en las mejillas; la mujer sonreía tan..., ¿cómo era su sonrisa, con el lirio, el oro, la reseda de la rosa rosada, el brillo de los dos iris quemándole? Andaba primaveral por las praderas; con su brazo ebúrneo, moreno sobre blanco, fortalecido, le señalaba el allá... Ya sabía él, por intuición, qué era ese allá, aunque sin palabras para describirlo... En la frente de hermosura de la hermosa, nubes viajeras haciéndose, deshaciéndose, volviendo a formarse...

—Guillermo era hombre de triunfo de dinero, codicioso...

Se sentaban junto a los vuelos en zigzag de los zumbidos alados que buscan, ellos también, su néctar.

—Por eso le suplanté, al pensar que así poseería la palanca..., la posición, el dinero, al calcular que podría realizarme yo... sin el obstáculo de tener que ganar para vivir que es lo que obliga a las gentes a renunciar a lo que son, a mutilarse, a encerrar en su intimidad aquello para lo que fueron dotados. Sí, Delfina; todos se mueren inéditos, en vida de apariencia. Dentro del personaje de la comedia va el verdadero actor, ese que se muere inédito. Pues, ¿qué actor ha representado su auténtica comedia? Siempre la comedia de otro.

—¿Qué es usted?

Se turbó, al contestarla, el soldado:

—Ya le dije que... poeta.

La mujer echó hacia atrás la garganta, riendo; el soldado enclavijó los dedos para no lanzarse

sobre ella a brutalizar el hoyo de la garganta.

—Muy bien, soldado; eso es pensar... Los versos no los compra nadie, y para escarnio mayor, hay que ser un ocioso si se quiere sentir, pensar y escribir versos. El tormento del poeta, ¡qué refinado! Usted quiso librarse de ese sino malo del poeta: «Tengo dinero, luego podré realizarme.» ¿No es eso lo que dice? Por mí, sí; le ayudaré; pero, ¿y yo?

En la memoria del soldado flameaba el consejo de la suegra: «Fea, para que huyan sus fantasmas de color azul; que trabaje en aumento de la casa. Si no lo haces...»

—Dígame cómo quiere que sea; procuraré, tanto como mi triunfo y de todo corazón, su ventura.

La hermosa estaba tendida, mirando lo que no se llega a ver, de tan alto, infinito:

—Sea como me dice que es: lo contrario de Guillermo.

VI

El soldado pensaba: «Lo contrario de Guillermo.» Corrían a caballo; la hermosa le había pedido que le comprara un caballo; él adquirió dos. Iban a la descubierta, como van en la guerra las parejas de lanceros, a galope; la gustaba beberse la distancia, saltar las vallas dando gritos de falso susto, o quizá de verdadero miedo al sentir emoción al filo de matarse; la gustaba pisar la orilla del río mansurrón y lento, viejo remiso que hace orlas de agua a cualquier tronco de la orilla quedándose junto al tronco acurrucado, mientras ella corría, corría, pisándole, bajo el temblor de las patas del bruto el choque del río interior, su ira de chorro al que se intenta detener y él se revuelve, y muerde con agua la mano; acicataba al río del río: «¡Corre más!»...

—¡Delfina!

Alejábase de repente en un desvío absorto, lateral inclinada, panorama delante, donde ya las flores precoces se estiran altas, espesas, bajo árboles señores añosos, su corteza con arrugas, ramas de nidos abandonados; ella saltaba a pie, el caballo se iba a mordisquear, caía en el gozo de verdura salpicada de chillidos de corolas; por sus sienes, lentas sombras de nubes que empuja el infatigable viento; enfrente, la pintura exacta de un paisaje cándido, con humo de neblina aromado del suelo, y casas inocentes, ladrillo rojo, encuadre de orla de ventana, oíase el chirriar del eje de la carreta y la voz madre llamando al niño.

—Delfina, ¿por qué se casó usted si era así?

—¡Ser así! ¡Qué maravilla!

Luego, jadeante, porque la excitaba el placer de la libertad, de haber corrido frente a la distancia, mordiendo el jugo de un tallo.

—Creí que iba a redimir la hipoteca sobre mi vida que los demás me pusieron—contestaba—. Una mujer casándose, teóricamente es sagrada; el matrimonio, bautismo que lava su pasado. Teóricamente..., pero así lo creía yo: «Me caso, y ya nunca más oír nada desfavorable». Lo pensé y lo hice. Y... otra vez estaba en la vida de otro, no en mi propia vida; peor aun, porque de soltera dispuse de tiempo para gastarlo en cosas que me eran amables. Igual que el dinero, el tiempo nunca se posee, si no se rebela uno contra el círculo mágico que alrededor forman las vidas de los demás para encerrarnos en ellas. Cuando me casé ya no tuve esa moneda de tiempo ni para comprar una hora de alegría en una feria.

—Guillermo lo guardaba todo.

—Era un hombre como los demás del lugar. Por un céntimo esperaba toda una noche que cualquier borracho abandonase la taberna; no sabía qué era eso que nosotros adoramos... ¡lo inútil!... Su cuerpo, máquina de trabajar, de acaparar. Yo fui rueda de su máquina, engranada con él. Pero mi cabeza por dentro, giraba, giraba... Era sedentario, jamás salió de la comarca; ignorante, aunque muy listo; aborrecía lo que llamaba «el gasto» y lo que llamaba «el lujo»; amor mudo el suyo; jamás una caricia sin porqué inmediato... eso que nos gusta a las mujeres, el repente de una pasión, la locurita inesperada... Viví mezquina, estéril, estrecha. ¿Quiere que se lo confiese todo? Notaba que él sentía un poquito de regusto en humillarme, imperceptible para los demás, ¡pero qué bien lo nota una en su piel! porqué así me resellaba el alto honor que me había concedido al sacarme del fango, como su madre decía; sí, quizá le empujaba el mal deseo, el resentimiento contra mí de saberse criticado por las gentes—¡él que se casó con una tal!—, la

venganza chiquita de hacerme sufrir su superioridad, de que yo me considerase a mí misma delante de él como su obra caritativa... Eso no me hubiera importado; lo peor es que Guillermo no sabía lo que es vivir: creía que vivir no es más que seguir viviendo.

El soldado escondía el rostro de bruceo, cuando ella hablaba, aquella lástima de rebuños de piel de cualquier modo, con agujeros.

—Tengo que ser diferente de ese Guillermo—se repetía.

La suegra dejó salir su iracundia cuando Guillermo sangró la caja para adquirir los caballos.

—Casi dos años reuniendo dinero para que tú lo tires. ¿Cómo has cambiado así?, manirroto. Antes eras prudente. ¿Te obliga ella?

—Ella es quien trajo los hombres, atrayéndolos, a gastar a la taberna; en cierto modo, este dinero lo ganó Delfina—replicaba con furor el soldado.

—Debería darte vergüenza decir eso... El marido...

Fué como en desesperación a la ciudad. No se le notaba la saña contra sí mismo porque su rostro era para siempre, barro apelotonado, inexpressión de pella de barro; fué a la ciudad a comprarle trajes, caprichos, delicadezas. La hermosa le dió la bienvenida de saltarle al cuello y besar su deformidad; en júbilo se llevó en volandas las prendas, las cajas, y en la alcoba empezó a probarse... Y se detuvo, y despacio sacó sombreros, zapatos, guantes, la gargantilla, los esparció para contemplarlos; se reía triste, a punto de saltarle las lágrimas: todo era desastrado, feo, desecho de liquidaciones.

—No puede, no acierta, no le es posible.

Lo llevó a cambiar, a cambalachear lo que no le cambiaron, y volvió a la taberna con un único traje de noche, de terciopelo negro, peinada con primor señorial, que al soldado le produjo pasmo, aún habituado a ella, la hermosa. Y para cenar en la taberna, salón de rebuscada elegancia, vistió su noche de terciopelo: los hombros, armoniosos de curvas gemelas, cadencia hacia la lisura de los brazos; el cuello, airoso de movimientos jóvenes; los frutos de adolescente, iniciándose en el descote de pureza; el cabello, que dulcificaba en oros pálidos la luz entremezclada; una sortija de ónice, una aguja-flecha atravesando el peinado, sus dientes relampagueantes, sonreídos, reídos, al charlar, tan contenta como la actriz en el estreno en que triunfa.

A la suegra y al soldado los desconcertó, y se estaban silenciosos, metida la cabeza en el plato, como decían en la aldea del vergonzoso, mientras la hermosísima, con esa coquetería de haber multiplicado hasta el superlativo su hermosura, como danza su movimiento ligero, transformaba la taberna en escenografía mágica, su voz de contralto, como si comenzase a cada momento el aria de ópera. Y se burló de ellos sin burlarse, con sólo exhibir la diferencia de lo rudo, seco, resignado, con su transfiguración a cisne.

Cuando a la siguiente semana el soldado la pidió la caja para nuevo holocausto que la hermosa merecía, por hermosa y por desear el soldado hacerse aceptar de aquella gala de hada, temblequeantes las manos, la suegra le entregó, abriendo la caja, ceniza.

—Lo he hecho para que se acaben las locuras. Ya no hay dinero: lo quemé. Soy tu madre, me asesinabas obedeciéndola, ¡sus disparates! Ahora tienes que tomar una determinación, o todos a los caminos a alquilar los brazos.

La hermosa estaba en su tocador, su alcoba ya regia, como entre alas blancas, leía los versos del libro que encontró en el capote del soldado, la firma: Carlos Felipe Antón; un cántico, las palabras haciéndose de tan delgadas aire transparente, los motivos, de violín, palabras desleídas en la boca: cristal, enigma, secreto, almendro, poema, revelación, lámina, carmín, gloria... La poesía, sin decir nada concreto, la tomaba en la palma del vocablo, la subía al concepto entrevisto, más alto aun, a una atmósfera de equilibrio eterno... Carlos Felipe Antón: ya sabía cómo se llamaba el soldado, el poeta escondido tras la máscara deforme, diáfano después de la lectura; él dándose a la posesión de quien leía, arrebatao a quien leía a su dominio poderoso, la trabazón erótica entre lector y poeta...

—...entre él y yo—se entregaba a él, al poeta, voluptuosidad de éxtasis, y ya despierta del éxtasis volvía a reír, como siempre que se acordaba

de aquello que la divertía: «¡Pero, Guillermo, por Dios!...»

Jugaban por los caminos, devueltos a los años sin cicatrices aún; pasábanse por la tez el invisible vello de las manzanas robadas al trepar por entre las ramas laberinto; ella cantaba los antiguos sonos que dejan rezumo de labios de abuela; de pronto se decidía por el río, luchaba con él «¡Voy a vencerte! ¡Eres para mí!»; el río rebeldé subía en espuma transida hasta la nieve de su barbilla, hendiéndole como proa de barca, las manos en aleta de pez, dominándole, acariciando su lomo túrgido al remontar el modelado de su cuerpo; los dos, río y ella, fríos, amándose en la nada. —¡No te enfades porque te pisara mi caballo!—, mimosa al río resonando su gruñir.

Y luego, mientras se secaba al sol retorciéndose el racimo de cabello chorreante, esa tibia emoción del estremecimiento, el aire reptando entre la hierba para rozar su vientre y su espalda, sentirse adentrar en la Naturaleza, sus poderes aceptándola, haciéndola vehemente, sana, crédula; aún quedaba más: la esperanza del cielo infundiéndose por sus oídos; embriaguez, azul confortación.

Todavía fué una madrugada—el último lucero sin apagar tan cerca del horizonte—a la ciudad, donde la vida civil se ensancha, y se acepta la ceremonia, y se exhibe la riqueza, urbano ornato. Caía penumbra de su sombrero de paja sobre el mediorostro; un juego de sombra y sonrosado de rubia sobre el que gravitaba el mazo de pelo poderoso, pesante. ¡Cómo bailó, cuánta gentileza, lo mismo al entregar dos dedos al caballero que al imitar las mayores cortesías, o en el giro, girándolo, giradora, un poco yéndose al mareo hacia la nuca, abandonada a la huida del otro cuerpo, sosteniéndola mano ajena de la cintura, girador el pie, una punta de peonza, otra vuelta, giro, girando!...

Como chiquilla en las barracas, todas sorpresa: el diablo derribado de patas por la pilota, el castillete encantado y sus habitaciones de duendecillo y esqueleto... —¡con qué poco disfruta una chiquilla!...—; golosinas melcosas; en el aspa de molino qué cerca... —¿de dónde?...—, convertida



después en torrente, que se desploma de la torreta de acero, en el carricoche de vértigo la muerte al oído, instantáneamente helaba ella y, ya en el suelo, en unos brazos audaces...

—No, no entremos en esa barraca donde cantan y bailan las mujeres que me recuerdan... ¡Soy tan feliz!...

En los labios la espuma de rubor del vino agriño que levanta bajo la lengua otro deseo.

—El mar, soldado; vámonos al mar. Quiero sentirte cómo me sume en él con su fuerza de hombre, que es nada más que brazos. El mar no tiene sendas prescritas, caminos precisos como la tierra; es todo camino y senda; anchuroso; no lleva al sitio a que deliberadamente está atado el camino...; puedes elegir, cambiar; nada te obliga a que pises los pasos de otro que te precedió. En el mar está lo virginal, todavía... Vámonos al mar por el mar mismo...

Y después, del brazo del soldado, con la suave fatiga de la sangre contenta:

—Soldado, vámonos. El mundo es mi casa; lo imprevisible, eso tira de mí. ¿Qué sabemos lo que nos sucederá? ¿No te gusta? Si vas andando, una línea limita tu camino, lejos; al andar, la línea cede, siempre hay más; la línea va uno buscándola y nunca la encuentras; te dice para engañarse: «¡Ven!» Soldado: eso es lo que quiero, porque eso es vivir: ser muchos, diferentes, cambiar, seguir, obedecer al «¡Ven!» burlón de la distancia, multiplicarse porque se toman muchas vidas al paso y se van dejando; y uno es el mismo y siempre es diferente... Soldado: vámonos... Mañana nos marchamos. No hace falta nada; ¡ni dinero!... Vamos a la aventura, que es la ventura, soldado...

VII

Observó cómo Delfina sentíase más ligera con la alegría del libro poemático; le pareció que le miraba con sorna. Fué al huerto; le encuecía aquel ladrar constante; el perrucho pequeño que la hermosa recogió herido en una de sus exploraciones a caballo, aullaba sintiéndose en desierto abandonado después de gustar la tibia del seno y el hueco de la falda de la hermosa. El la pidió que le mandase fuera de la alcoba. El perro se hastiaba de latir, agorero. El soldado le cogió de una pértiga y después de ahorcado deshizo la lazada y tiró al perro vacío en cualquier parte, escondiendo la cuerda para poder comentar: —El perro se murió porque le dió la gana.

(Pero la hermosa supo que el soldado...)

Y el soldado convenció a la suegra para que comprase vino que empezaba a revenir a vinagre, a bajo precio; aleccionándola que los que beben, después de un número de vasos que les priva, no distinguen, y era un ahorro.

(Y la hermosa le escuchó.)

Y él cavilaba finezas para la bella; aunque de caballero rústico, no dejaban de ser agradecidas. El buhonero vació en la taberna su fardo de filiteros: horquillas relucientes, plumón para la almohada, estampitas de mártires contra la peste, lazos de reflejo de fuego para anudar el moño.

(Aunque Delfina se enteró por el dinero que el soldado procuró pasarle la moneda falsa que estaba en el cajón desde años.)

—Además, esa música...

El soldado, a solas, fumaba con coraje de arrancar a la pipa toda su brasa en humo, ya que no podía sorberse la vida de Delfina, matarla...

—La mataría con... ¿gusto?... Es imposible saber lo que se siente por ella. Esa música de aparatos... el gramófono, la radio que ha traído. Ella se tiende a eso que es no pensar pensando, o pensar sin pensamiento... ¡Es imposible saber lo que siente ella!... Lánguida, tanto encantamiento de piano—¿estará embrujada?; ¿así como hay mal de ojo habrá bien de oído?; las orquestas...

(...Oyendo siempre, su alma se alimentaba de sonido, llena su cabeza de música; así el tronco hueco lleno de abejas rumorosas, vibrando sus nervios los aleteos de la música, toda musicalidad: sus ideas, sus ansias, divagaciones, sensaciones.)

El se removía en el sofá, tumbado, vestido, mientras la deliciosa, entre espuma de sedas resbalantes, dormía musicalmente silenciosa, su cuerpo una línea en melodía.

—La da por tener todos los niños alrededor: querría estar en un sitio y estar lejos; se encapricha...

(...con el rayo de luz que estalla en colores en el vitral de la iglesia, con la hoja de álamo verde zumoso y el envés de plata pálida; cualquier fu-

tesa la pone pensativa: el tornasol del ala de un cinife, lo redondo mollar de la piedra pulida por el río, el jirón de nube que se queda retrasado en el cielo al desaparecer el rebaño, disolverse.)

—¡Delfina! ¡Delfina!...

No se hicieron sus manos sino para cuidar con ellas porcelanas, sus labios para modular cadencias, quebradiza si se la daba un susto, el único que la asustaba, mostrarle la fealdad.

—¡Delfina! ¡Hermosa!

¿Y aquel cachorrillo herido que llevó en brazos, manchándose de sangre, que hizo dormir con ella apretado a sus pechos? (Ella sabía que fué por él muerto.) ¡Si hubiera un idioma tan potente para que despertase el pasado! ¡Cuántas cosas, la que lucía en su diadema invisible esta orden sobrenatural: Capricho!

—¡Delfina!

El soldado la llamaba para él, para que fuese como él, sintiendo que ya no podía sujetarse más a parecerse a ella. ¡El estaba reducido a vivir otro vivir, el de Delfina!

—He hecho lo posible y lo imposible para adaptarme, la sigo en su vértigo, polvo inerte en el remolino, movimiento ficticio a que le obliga otro, ya no sé cómo calmar su interminable afán de otra cosa... Y ahora querer marcharse... ¿A dónde vamos a ir? ¿Y el dinero? ¿Qué nos va a suceder? Ella, la preciosísima; yo, el horrible. Y el amor que la tengo, que soporto enroscado a mi Delfina, que no es mía, aunque yo procuro que lo sea. Ella dice que el amor es un arte, y arte depurado, infinito en matices, obrado, elaborado, minucioso, compuesto; arte avizor que los resume todos, que no se puede aprender, por eso existen los que se hacen amar: son los grandes artistas en amor... Versos de Carlos... ¡Todo es arte para ella!... Lo dice Carlos: «¿La vida? Sobre todo, un arte de formar con su sustancia maleable algo que se puede presentar a Dios».

—Delfina, ¿estás durmiendo?

¿Está soñando otro sueño sobre el sueño de su día? ¿Dónde está, en qué lugar su espíritu se transforma y hace perfecto? Pues al volver, cada ascensión suya es más baja de él...

La suegra, cuando se levantó el soldado y bajó a calmar su angustia con un sorbo de alcohol, después de contemplar a Delfina sonriendo a sus ensueños... ¡Si se pudiera entrar en el sueño del otro, irrumpir y soñar juntos aquellas dulzuras que se nota que el otro sueña!...

—¿Dónde estás?

La taberna sin abrir aunque era buena mañana, llamó a la vieja; su alcoba vacía, la cama intacta, faltaba el baúl entre los muebles. Daba voces cuando vió un papel, ostentoso, clavado: «Hijo: Me marcho, no puedo ser testigo de tu destrucción; ella te arruina y te despeña. Me voy al amparo de mi hermana. Limosna por limosna la prefiero de la familia, no de los ajenos. Así te verás tú si no cortas por lo sano. Rezo por ti, y como soy tu madre, siempre seré madre que espera.»

El soldado agrandaba el agujero de la boca para dejar salir la risa amarga. Miró aquel cuartito pobre. ¡Al llegar él tanto dinero en el baúl, cuya falta decía el color de la pared, más blanco donde el baúl se estuvo quieto! Salió de la taberna. ¿Para qué abrir si ya no iba nadie a ver a Delfina, al regodeo de mirarla? Se fué al campo yacente entre los susurros de los aires removidos por tantas ramas, mezclándose, igual a los brazos que remueven el agua, mezclándola. Se decía el soldado:

—No hay más remedio. De todas maneras la voy a perder. No puedo quitarme mi rusticidad. Es preciso...

Al tiempo que resonaba en él la cajita de música que era la hermosa, sintiéndola, su lindura, su infantilidad, como su arrebató por los espacios espaciosos del mundo.

—¡Delfina!

Leía los poemas, indiferente a lo exterior su centro hermético en aquella hora, olvidada de cuanto no fuera el suave hablar de la poesía que, como la luz que penetra la tiniebla, devuelve el orden al caos, cada sensación en su lugar, todos los sentidos alerta, en corro los componentes del paraíso a la señal de haber llegado la lectora.

El, a la noche, desenroscaba dos bombillas de la taberna para gastar menos.

VIII

Se odiaba anhelaba matarse a veces, amanzándose con el cuchillo contra el rostro

en que no estaban las facciones, tanto su amor a la hermosa como aborrecimiento a sí por no poder ofrecer a la hermosa lo equivalente, porque ella ponía la hermosura, ¿y él?... nada. Por eso amago de clavarse el cuchillo. ¡Si no fuese porque la esperanza nunca abandona!... ¿Y que logró, examinábase, desde la alegre acogida en la taberna? Que no trabajase Delfina, ¡vaya una cosa!, el regalo de cuatro cosillas, y ella las rechazó discretamente, cambiándolas; que fué su pareja de correrías, y mientras la hermosa se daba a un placer inaudito, él iba como de pasivo escudero sin comprender aquel arrebatado, sin participar, porque no se daba cuenta de las fruiciones de ella ni de qué la emocionaba. Eso, y poner mal talante a sus proyectos de fuga hacia lo atrayente desconocido, tidiéndola de delirante entre dientes, como si le propusiera jugar a la comba con el arco iris; eso y los caballos. — ¡Vaya una cosa! —, se repetía; los compró con el cálculo de que le sirvieran en el laboreo... Y tratar de decir algo galante, elegante; algo cargado de intención oculta, radioso, como lo que ella hablaba con las pupilas y no lograrlo, salirle zafiedades, excepto cuando repetía las palabras de... ¡Silencio, que no se entere ella, si es que no está enterada; es tan sutil!... No se le ocurrió ninguna iniciativa sensacional que cantase a Delfina para él ni que le asemejase a él a ella, ni sostuvo el diapason altísimo en que la hermosa escribió la clave de la melodía. ¡Pobre hombre arrastrándose tras la estela de un vuelo! Ella sentenciaba: «Más vale ser la sombra que el cuerpo.» No entendió el sentido, no sabía llevar la conversación siquiera a planos gozosos; sus maneras de bruto, su azoramiento constante; no era sino un pobre hombre; pies, manos callosas, ¡y nada más! Se amenazaba a sí mismo con clavarse, de tanto despecho de fracaso.

Cuando fué a tenderse en el sofá, igual que cualquiera de las noches de tormento transcurridas, aquella noche de paz tranquila por la ventana abierta, la hermosa (no se había desnudado, candor impúdico, ante él, como las noches transcurridas en tortura) le preguntó, disparándole la mirada:

—¿Por qué te disfrazaste de otro, Guillermo?

El soldado, a la sorpresa, no supo contestar. Se sentó; levantaba los ojos de agujero:

—Por ti—era su hablar mesurado y triste—. Cuando me llevaron a la guerra, de lejos se ven mejor las cosas, comprendí que no me querías, no por voluntad de no quererme, sino porque no me querías como era. Entonces deseé ser como tú querías que fuese, como a ti te gustaría, como me querías por gustarte. En ese libro escribí el pobre Carlos que amar es cambiarse en el que el otro ha soñado... A mí no me sucedió, infeliz de mí; era tan diferente del hombre que tú llevabas en sueños en ti... No podías amarme... ni soportarme. Recuerda cómo te dabas, pasiva, inerte, a mí; en mis manos sólo tu frialdad resignada, tus silencios, tu apartamiento de alma... ¡Imposible, Delfina, resistir ese reproche sin enfado que es la actitud del que soporta por deber, del que se aniquila porque está perdido!... En la guerra hay muchas horas para pensar, vacías de obligación. Me propuse, de tanto como roía mi dolor, ser otro; ¿pero quién? Ese que tú anhelas que te amase, para el que tenías guardada toda tu pasión, intacta. Cambiarse en otro... Hacer carne, hueso, sangre, acción, voz, un fantasma; además, un fantasma sólo entrevisto. No era fácil, mujer. Fui anotando lo poco que se te escapó de cómo deseabas que fuese tu enamorado, según tu deseo de

amor. Era un hombre así me lo figuré, de puro cristal, dentro del que una llama viviera. ¿Cómo transformar en él al basto Guillermo, tabernero y campesino? Llegó a la compañía un camarada y vi que era el prototipo, Carlos Felipe Antón, poeta, con versos sin publicar, emborrachados aún, y el libro de poemas; muchacho, delicado de tez que ni la sociedad resquebrajaba, embobaba oírle; sus ademanes, aunque en la guerra eso no se percibe, eran de tanta suavidad...; parecía no rozar las cosas, y, sin embargo, viril, valiente; su alma estaba en otra dimensión, decía él; en un lugar diamantino.

—Como aquel rey del cuento que al tocar las cosas vulgares las convertía en oro: eso es la poesía...

—Me aprendí sus versos, empecé a hablar imitándole, hubiera deseado bebermele y que su ser se transfundiese en el mío; ¡era muy difícil, Delfina!, demasiada distancia entre los dos; ¡si hubiera podido volver a ti convertido en ese que tú dices ha de ser un artista del amor! Lo que era Carlos, porque para él, como para ti, era la vida un arte. Tú te enamoras de él, lo dejas todo, ¡no digo a mí!, por él, si le conoces... Po lo tanto, mi triunfo no es... Por lo tanto, mi triunfo No me separaba de su lado, hice una lista de sus palabras, otra de sus ideas; poco a poco me modificaba, creía yo en el sentido de Carlos... como esos girasoles se imantan hacia el sol, en nuestro huerto.

—Un día me dije que hacías lo que podías; te dejé mentir que eras otro, porque vi lo que procurabas, y te lo agradecía. Hemos estado tácitamente, en doble fingimiento y engaño: tú aparentabas creer que yo no te había reconocido; yo aparentaba creer que tú no eras Guillermo. Pretendías empezar a vivir conmigo como otro; yo aceptaba a ese otro que querías ser tú...

—Empecé a vivir la vida del otro, quise ahincadamente ser el otro; pero algo potente, invencible, se resistía a dejarse diluir en ese otro supuesto; llevaba en mí un intruso que se alzaba, nada menos, con toda mi realidad vital. Traté de hacer lo que el otro haría, aunque eran cosas antipodas de mis gustos e inclinaciones, de plegarme a un temperamento opuesto al mío que me repugnaba por blando y derrochón; trataba de evitar que sospechasen de mí, si dejaba ver mi dualidad, que era un maniático; trataba de no contradecirme. He estado en doble vida, observándome y mandándome sin espontaneidad, en una armadura estrecha que me lastimaba, ¡metido en otro, como en una horrible fascinación!

—A permanecer como se es llamamos sino.

—Es imposible recatar la personalidad, ahogarla. He oído de hombres que vivieron ocultos en otro superpuesto para que no los encontrase la Policía, o por otra causa, tan perfectamente, que hasta sus parientes se asombraban al arrancarles la falsedad. Yo no pude. El verdadero que somos resquebraja la superficie adherida, brota por encima del artificio. No se puede ser de otra manera, ni queriendo con todo querer, ni vigilándose segundo a segundo, ni habiendo estudiado a la perfección el papel que hay que representar... Esa es la fuerza que al nacer se recibe.

—También te dije que hablabas muy bien; como hombre que sabe.

—Si te repito las palabras y las ideas de Carlos, pues sacándome de lo que le copio..., otra vez Guillermo. Esto de la personalidad lo explicó al decirle alguno que el uniforme modela otro hombre, que en su molde se cuaja un hombre idéntico a otro con uniforme.



—Por eso comprenderás que yo tampoco puedo dejar de ser como soy, ni puedo renunciar a mi vida, ni canjearla por otra, como tú no puedes; ni falsificarme ni amoldarme, tampoco yo, como tú no pudiste... No hay más que un existir para la eternidad de las vidas; sean como sean, es la otra inmortalidad, Guillermo, la de nuestra esencia, el impresionante regalo de Dios... También lo he leído en el libro de Carlos Felipe Antón. ¡Pobre charquito, tú, que quisiste ser estrella porque dabas algún que otro destello reflejándola!

—Es verdad; bruto de mí.

—¿Qué le ocurrió al poeta?

—Te conté el episodio del hoyo, del embudo... Carlos fué quien murió, no tu esposo; lo adivinarías cuando te lo relaté...

—Sí.

—Con sus documentos quería desertar. ¡Yo no sé lo que quería! Se los robé al muerto; en otro combate me echaron el lanzallamas a la cara..., el hospital, yo sin conocimiento, me registraron para establecer la identificación, y al recóbrar los sentidos me preguntaron cuál de los dos era, porque llevaba las dos pulseritas y poseía dobles documentos. Desfigurado, podía ser uno u otro. Pedí, y me impuse, que no os avisaran; alegué que quería presentarme cuando me compusiesen el rostro, para no espantaros, cosa que comprendieron. Después me las arreglé para mandar esa carta de muerte o desaparición que se envía; están impresas a miles de miles. Entretanto, cavilaba; ¡he cavilado tanto nuestro asunto! En vez del doble juego contigo, pensé hacer un triple juego: decir que era yo, pero que no era yo, aparentando ser otro. Tú, listísima, aceptarías el juego, dado el propósito que me impulsaba, percibido por ti instintivamente...

—Así fué.

—Y así hice. Guillermo para todos menos para ti, advertida por tu inteligencia de que yo no quería ser yo, y permitiéndome un tiempo de prueba para poder dejar de ser yo y convencerte de que era el otro..., ¡ese otro del que estás apasionada!

—Y hemos fracasado... los dos.

—Si no quieres ser diferente, porque yo no pude...

—Quiero serme fiel, como tú has acabado por elegir serte fiel. No has podido ni resistir unos días el esfuerzo de transformarte en otro. ¿Cómo voy a soportarlo yo toda la vida? ¿No me pides demasiado?

IX

—Más vale ser cuerpo que sombra.

La hermosa fingía dormir. inútil astucia del condenado que hace como que duerme cuando entra en la celda el verdugo, retó la contrasentencia de Guillermo, furioso, que al vestirse arrojaba el uniforme de soldado, golpe opaco contra la pared. Era un alba de pobres gentes que han de levantarse a caminar por el frío amanecer hostil de buscar trabajo; gorriones de otoño piaban, saetas clavándose en atmósfera esmerillada.

—¡Delfina!

No la súplica de amor desvalido; la orden imperiosa del hombre a la débil.

—Dime, Guillermo.

—Se acabó el aguante de dormir en el sofá; ¡soy el marido!

—Sí.

—Basta de creerte aristócrata... ¡Una labradora, una tabernera! Desde hoy tomo las riendas; tenía razón mi madre, te maleaba yo mismo con mi condescendencia, dejaba pudrir la casa, ¡levántate!

—Sí, Guillermo.

El estaba ya como entonces, en mangas de camisa, antebrazos velludos, despechugado de oscuro pecho, rascándose, rostro roto, calzones viejos, las alpargatas.

Había tirado la envoltura, la máscara superpuesta, ¡con tanto alivio! Inaguantable la ficción. se ensanchaba al volverse a encontrar. —¡Puaf, qué tormento. ¡Ah, qué gozo!—, no preocuparse de lo que se hace o se habla porque ahora es lo que le da la gana hacer o decir, no más tener a punto en la memoria, para repetirlos, conceptos y palabras de Carlos, y aquella obsesión de preguntarse: «¿Qué haría Carlos ahora? ¿Qué le contaría? ¿Cómo iría con ella? ¿Qué agrado el suyo y cómo, para seducirla, encantarla, qué atrevimiento o cuál dulzura?» Se acabó. Aun le escocía su azoramiento cuando ella le dijo, ¿con sorna?: «Solda-



do, ¿por qué no me escribes una poesía a mí, pintándome para aclarar mi alma? ¿Por qué no me conviertes en un espejo transparente con tus versos? ¡Qué apuro de baluceo, confuso! ¿Y por qué él no había sido Carlos desde que nació? Dejémosnos de divagaciones, las cosas, como son: y yo soy el marido.

—Te espero abajo. ¡Me harás el desayuno! Hay que empezar a restituir la casa, que se hundía.

—Sí, Guillermo.

¿Esa iba a ser su muletilla? La observaban los agujeros de los ojos, se quedó indeciso con la mano en el picaporte —¡Bah!—, un golpazo. La hermosa apartaba sus sedas de lecho, emergió del cáliz de su camisa brotando del lirio, pulida su desnudez por levedad de luz filtrada por la niebla, desechó la ropa apaciguadora, el agua entretijada de los linos, aquello dócil de tacto de pétalo que se amoldaba a su melodía, ya dejó de ser música melodiosa su movimiento, tampoco su ondulante contorno inmóvil melodía de línea; en el arca sin cerradura los vestidos ásperos campesinos, las medias de canutillo de lana, la espesa saya amarilla, el decente algodón estampado, ella dentro de las sucesivas cortezas, minúscula, agarrada.

Pisó los escalones que gañían... sueño fué la liberación, al lavarse en el agua clara, de su frente se borraron los recuerdos de haber salido de sus estrictos límites concretos... Desde el tramo de la escalera quejándose, vió a la suegra, tiesamente sentada, todavía el envoltorio del viaje puesto sobre la mesa, sin querer mirarla, aquella boca fruncida para que no se le escapase la espuma verde, la hermosa dijo la timidez de los —Buenos días—, la suegra la mandó que llevase los cubos de agua del pozo para limpiar los vasos en la cubeta del mostrador, ¡así se la estropearían las manos!

Fué cansada, con cansancio de dentro, algún resorte roto. Otra vez los reproches de la suegra al hijo —Por haberte casado con una tal y cual—, y los reproches de parientes y amigos —¿Qué necesidad tenías de casarte con ella, si...?—, agua helada enrojeciéndola bastamente las manos, saltándola para helar sus pies metidos en zueco; no era la pobreza, no, la pobreza tiene su orgullo y su victoria, era que Guillermo, la suegra... y además los hombres, otra vez las miradas de los hombres a sus muslos, a su cuerpo. Se estremecía; también eran las miradas de lujuria de los hombres tacto de niebla viscosa. Las frases de acogida de Guillermo cuando entró en la taberna con los cubos, fueron las de entonces:

—Pájaros... ¿no sabes lo que cuesta el alpiste? ¿Para qué quieres bichos que no producen?

La hermosa, con las dos jaulas en alto, abrió la puerta, abrió las jaulas, vívido relampagueo de plumas colorines subió cada pájaro, milagrosa pie-



dra oscura volaba del suelo al cielo; Delfina contestó a su marido, sumisa:

—Ya está, Guillermo.

X

Volver a no estar completamente en la vida, viva y muerta al mismo tiempo, ahogada la llanita azul, ¡pobre «petite fleur bleu»!, ¿hay alguna manera de embotar, tan obtusa, la sensibilidad que ni sienta ni padezca?... —¿Puedo convertirme de algún modo en carne tan sin modelar como la suya del rostro?—. Delfina se está al lado del hombre en la tiniebla oyéndole cómo ronca, pesado que hunde la cama hacia él y ella tiene que esforzarse por no rodar a su costado, los ojos se hacen más grandes en la tiniebla... Bestia, bestia, gruñe y acapara dinero, dinero, su palabra, y su otra palabra, mandar —Aquí mando yo, no se me replica, a obedecerme...—. Delfina abría más los ojos, la tiniebla era piadosa y la ocultaba el horror, pero le oía, le sentía transpirar a su lado, silbo por el agujero de la boca desgarrada a la izquierda.

La tiniebla y el aborrecimiento la endurecían, su corazón se iba cerrando cada noche más, replegaba sus corolas en nudo; ya no libarían las abejas en su corazón, su único modo de vengarse era que el hombre rebotara en ella sin encontrar resquicio por donde penetrar en su alma, separados, diferentes, lejos uno de otro, aunque se tocaba su piel; que no pudiera hallar en la mujer sino un obstáculo que le repelía.

Trabajaba en la taberna, que recuperó un que otro parroquiano, arriero, chófer, al dar alguien la voz de que Delfina estaba allí, ya no de señorita, sirviendo, dejándose palpar por las miradas; la suegra cegata alternaba el tejeteje con la cantilena a la hermosa: —Delfina, aguardiente a esa mesa, cobra, trae los cuartos—. Trabajaba en el campo, tuvo que arar, los zuecos hundidos en la gleba blanda de las lluvias, pantanosa de barro, mientras él cortaba árboles maderables. —Cada cual ha de hacer lo que pueda—, y ella: —Sí, Guillermo—, serenamente hostil y obediente, los caballos de aquel su galopar por la libertad, pausados, delante, humareda de su nariz, vuelta la noble cabeza hacia ella de cuando en cuando, añorantes, allá, no sabía dónde, la poesía llamándola, ella cerrada, encerrada, apretada en sí misma. Trabajar, eso era todo. Unas berzas frugales. —Hay que ahorrar, un sorbo de agua, un sorbo de tiniebla por la noche, ¡la que se embriagara de azul!, aguantar la brutalidad del bruto hambriento de ella, y luego el roncar de la boca de agujero y su masa en el hoyo del colchón.

—Vale más el cuerpo que la sombra.

Todo era como él quería que fuese, y esa satisfacción, ¿qué satisfacción le producía? La hermosa acataba sus desplantes y su mandato; cumplía,

perfecta, lo que la encomendaba, dejándose estropear por el cierzo, por el rasgor de los espinos, por el barro húmedo, le dolía la cintura y no se quejaba, apenas comía, hablaba sílabas, era la esposa-sierva que ayuda hasta extenuarse, la que no reclama y viste pingos viejos, el cabello recogido en el pañuelo, menos que modesta, mísera, aguantadora, como él la quiso; pero le enloquecía su docilidad.

—Sí, Guillermo.

Y cebaba los cerdos cargando el saco de salvado, y hacia la comida ahumándose al tiempo de atender a los bebedores. —Sí, Guillermo—, incesante, madrugadora antes que ninguno, agotada al caer en el lecho, tiritando bajo la manta... y calladita, sin queja, disimulo la pesadumbre.

Por lo que Guillermo sentía en sí un fuego que le helaba, una contradicción acuciante, ansias del placer de hacerla suya, siendo él quien era, sin desfiguraciones, comprendiendo, sin embargo, que aquella no era Delfina, sino la que él bárbaramente cercenaba. Y enfadado consigo mismo, revolvía su enfado contra Delfina porque era la causa de su enfado. Gozaba la felicidad de la infelicidad, un trastorno, una anomalía que él podía hacer que cesase, a pesar de saberlo, ensanado en que continuara para gozar la aberración y sufrir más. ¿No era refinada Delfina al agraviarle obediéndole con tanto esmero, que era imposible hacerla reproche?

Aquel bajar la cabeza era insulto, pues, debía rebelarse, razonar, pedir algo, sencillamente volver su rostro amrcoso al hombre y así convencerle en su favor; y no, Delfina, cuanto más la acuciaba y aplastaba con humillaciones y esfuerzos, con mayor perseverancia y obediencia aceptaba que la unciase al yugo; y en el amor, como antes de marcharse a la guerra, el reconcomio: «No, ni en los momentos en que es mía, en su frente el nombre sin nombre del desconocido al que se ofrece, sus ojos añoran, quizás advierten lo que está lejos, inaccesible ya para ella, pensando pasiva, rebelde a entregarme su intimidad, un muro entre ella y yo liso inescalable para mí...»

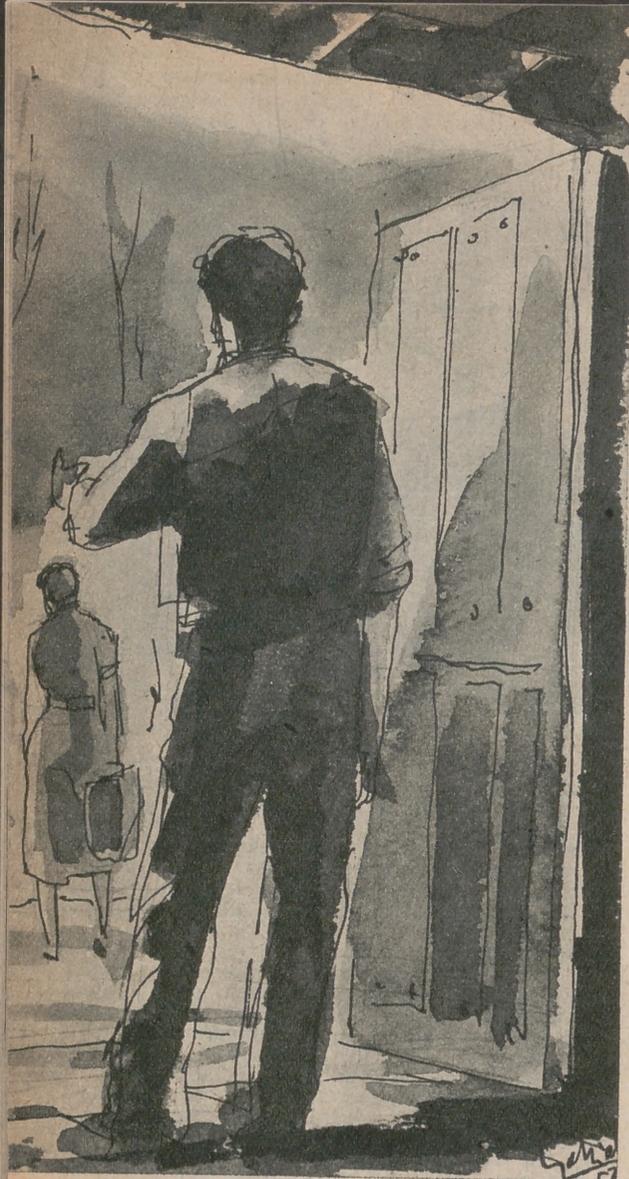
—Delfina, deja de ser novelera, he roto tus libros, también el de Carlos!

—Bien, Guillermo.

—Delfina, dale cal a la fachada! ¡Abrazame! Sin réplica, cumplidora:

—Sí.

Cómo crece el agua represada en el embalse al entrar más, hasta la garganta le subía al hombre el despecho. «¿No me tienes? Ya me tienes...», les decía el mudo doblegarse de ella, «...pero no me tiene». Y, además: «¿No querías que fuese así. Pues ya lo soy... pero no soy así». Como se condensa la crisis en la nube para la descarga, así Guillermo se transía de electricidad nerviosa, a punto. La suegra, entre los ovillos, instantaneidad de acero de agujas ágiles:



—Sigue, Guillermo, hijo mío, lo que te dije resulta, ¿no la ves mansita?, ¡si te descuidas un poco más!...

XI

Porque toda vida es un desafío a otra vida. Y el amor es ceder parcelas de uno para aceptar parcelas del otro, unir los prados alegres, no elevar lindes más altas; así se realiza el portento, pero hay que tener libertad de ser como es cada uno y dejar que el otro sea como es; Carlos lo escribió en sus poemas, ¡qué extrañeza, un muchacho tan joven, que no había amado, saber tanto de amar! Delfina se adentraba en el alma de la sentencia en que resumía él esa comunión: «Más vale ser cuerpo y sombra».

Estaba en la solana de la casa, remendándole un pantalón a Guillermo, entraba en la solana claror de sol blanco; de la maceta había arrancado una florecilla azul, y la miraba, ¿«la petite fleur bleu», quizás?, ¿sería como aquella?, soñaba, las montañas del horizonte resplandecían de nieve, soñaba, un manotón, la manaza apareciendo por sorpresa ante su rostro, derribó la florecilla azul, los zuecos de Guillermo la pisoteaban.

—¡Me desesperas, me desesperas, me desesperas!...

Y se fué repitiéndolo, descompuesta su razón, idea fija, clamor único.

Eran oscuros el uno para el otro, flotaban sin dirección, chocando uno con otro, hiriéndose, ajenados; Guillermo sentía celos al revés, celos de él mismo por verse despreciado, los celos que no tienen medicina porque son los que se alimentan, no de odio a otro, sino de odio a sí mismo, y celos de la hermosura de la hermosa, porque la hermosura la hizo invulnerable, en armadura tan fúlgida que cegaba, que la justificaba, que hacía caer las armas por admiración a quien se la opo-

nia; celos de una hermosura que, precisamente amándola, esa hermosura era su rival; extraños celos. Y Delfina, insensible, envuelta en su hilar la seda del apartamento, gusano de seda, dormida el alma, dormida la ilusión; ¡pero despertaría alguna vez!, esto sobresaltaba más a Guillermo, somnolienta, sonámbula, a la vida dura del cuerpo, sólo sombra; increíble corte de la sombra y el cuerpo, la sombra flotando sola, separada, el cuerpo separado, macizo, pesante, cruel de dureza, agresivo contra la sombra huidiza.

Alargaba Guillermo las manos hacia la sombra, y la sombra se detenía: jamás la sombra iba, femeninamente, a soldarse con la estatura y bulto. El cuerpo se ponía a bramar:

—¡Me desesperas, me desesperas!...

Ni él había podido ser como el amante oculto de Delfina, ni era como él mismo, pues su ferocidad excesiva y su soberbia le falseaban; ni ella pudo ser como en su ilusión anhelaba ser, ni tampoco como era, dúctil y tierna, también feroz en el orgullo de su mansedumbre pasiva: laberinto en el que se perdían sin encontrar al otro, ni encontrarse a sí mismos, ensañándose cada hora más, porque si toda vida es desafío, siempre, a otra vida, el combate aumenta la tensión del encarnizamiento.

—Alguno perecerá, yo no seré—piensa cada rencor irritado.

La suegra pretendía poseer el hilo del laberinto, la clave que da fin a la violencia del duelo:

—Golpéala hasta que te pida perdón y se entregue en cuerpo y alma, o la matas, y que se acaben su maldita alma con su cuerpo, que te alucina, revientala a golpes, si no quiere darse por completo, máatala, hijo.

Se clavaba Guillermo las uñas en las sienes, ¿por qué no nacía un destello en él para iluminarle? De mañana halló a Delfina, el cesto a la cadera, atérida en sus pingajos, antes de ponerse a lavar, contemplaba, abstraída, el río, ¿cuál?, ¿el que ella descubrió que existía, el ilusionado, veloz, anhelante, musical?, toda la noche vagando Guillermo entre sus zozobras, apartando malezas de visiones, en llamas, antorcha que huye de su propio fuego.

—¡Delfina!

Ni le impugnó la hermosa, ¡qué hermosa estaba!, su gesto de imposibilidad y obediencia, los ojos para él sin mirada con lágrimas, lloraba contemplando el río; Guillermo se resolvió:

—¡Que no te vuelva a ver, vete, antes de que te mate!

Sonaba el río rápido, marchándose alegre por cumplir su voluntad de río de lejanía entre el río terroso, perezoso, apegado a las orillas cómodas. Guillermo sin brazos para retener lo inaprehensible... Después, era lamento inútil, buscándola.

FIN

TODO EL PANORAMA DE LA
POESIA CONTEMPORANEA EN

‘POESIA ESPAÑOLA’

Se publica un número cada mes y se
venen a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Direc-
ción y Administración:

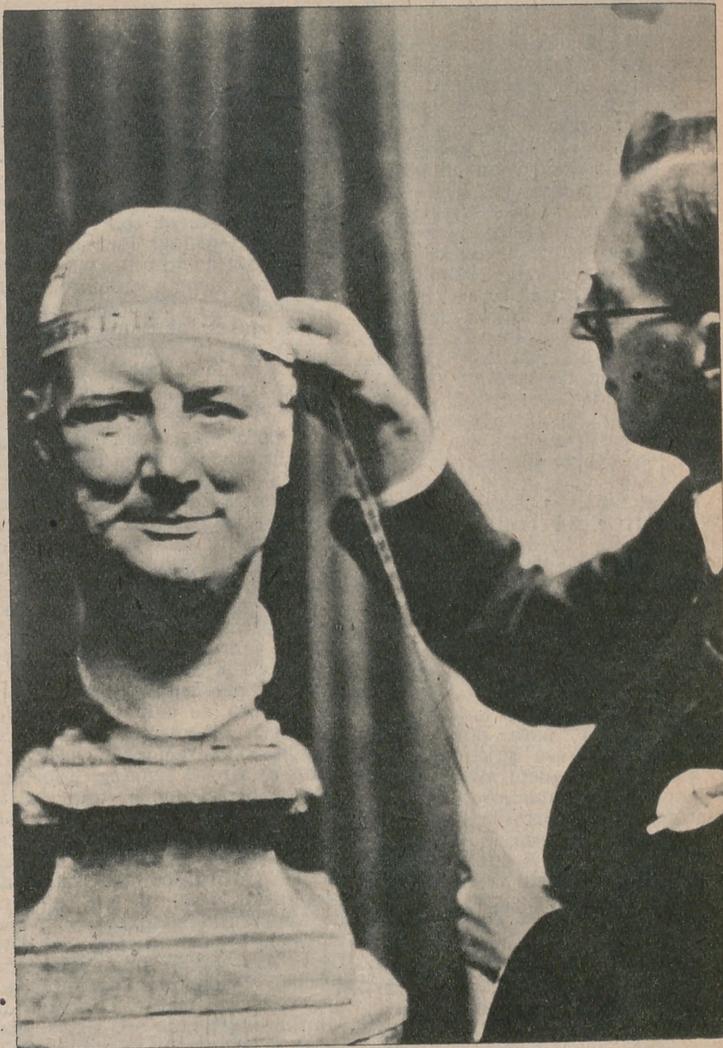
PINAR, 5 — MADRID

LA CARRERA LITERARIA DE SIR WINSTON CHURCHILL

DE LIBRO EN LIBRO HASTA EL PREMIO NOBEL

UN MILLON DE DOLARES POR LAS "MEMORIAS"

UN poco inesperadamente, sir Winston S. Churchill acaba de entrar por la puerta grande de la inmortalidad literaria al recibir el Premio Nóbel de Literatura, casi en vísperas de cumplir los setenta y nueve años. La gente de letras esperaba que el Premio se lo llevaría este año Ernest Hemingway; cierta grey política creía, en cambio, que sobre sir Winston recaería el Premio Nóbel de la Paz. No se puede establecer un paralelo literario entre Hemingway y el «premier» británico, pero sí entre éste y la paz del mundo. Ignoramos si la literatura saldrá ganando con esto; pero es seguro que la paz habría perdido muchos de sus indudables atractivos si el correspondiente Nóbel hubiese ido a parar a manos de un hombre que ga-



nó la segunda guerra mundial al precio de poner al mundo en el disparadero de una tercera. En cualquier caso, nunca podremos discernir bien quién se llevó el Premio: si el estadista, si el biógrafo, si el orador, si el periodis-

ta, si el historiador, porque todo esto en una sola pieza es el viejo león «tory». A guisa de compensación sabremos siempre que no ha sido el Churchill novelista el galardonado, porque de su pluma sólo salió una novela, «Savrola», terriblemente complicada, truculenta y extravagante. El «Times» ha escrito en un editorial que seguramente fué la monumental biografía de Marlborough, en cuatro tomos, la que más debió influir en el ánimo de los «18 inmortales» de la Academia sueca. Si esto es verdad, podemos presumir que por lo menos 18 personas han leído la obra en cuestión, admirablemente escrita e incluso apasionante, pero a la que hay que dedicar, para leerla, un invierno tan largo y tedioso como es el invierno inglés. O el invierno sueco.

«MISTER BELVEDERE»

Sir Winston escribió libros simplemente porque siempre ha querido hacer de todo en este mundo, desde poner ladrillos hasta pilotar un avión, pasando por Downing Street, 10. Se propuso ser un «Mister Belvedere» a esca-la mundial y lo ha conseguido. Quien haya leído su biografía no podrá explicarse muy bien cómo nuestro hombre logró ocultar su



Sir Winston Churchill, último Premio Nóbel de literatura, se dispone a zambullirse en las aguas del Lido de Venecia.



Este es el proyecto de la estatua del «premier» británico que los americanos quisieron levantar en los acantilados de Dover.

talento literario desde la infancia. Todo el mundo sabe que el latín y el griego se le atragantaron cuando estudiaba en Harrow, siendo el último de la clase en estas disciplinas clásicas, y que cuando ingresó en la Academia de Sandhursts fué rápidamente expedido al Cuerpo de Caballería, pues nunca cabeza alguna se resistió tan tenazmente a las pacientes explicaciones de sus profesores. Más adelante, sir Winston descubrió que una cita en latín deslizada en un discurso surtía siempre magníficos efectos, y se compró un manual de frases célebres en latín, con lo que entabló sus primeras relaciones con Cicerón y Salustio. Con el mayor desenfado, el jefe conservador no ha vacilado en exhibir su latín de ocasión en una Cámara de los Comunes donde siempre ha habido formidables humanistas, como Peel o Gladstone, que leían a Homero en griego mientras les servían el desayuno.

En cambio, es cierto que sir Winston se ha sentido siempre atraído por la lengua inglesa, desde que sus profesores, después de renunciar al griego y al latín, se la metieron en los sesos a fuerza de palos. Cuando dijo una vez que había sentido la lengua inglesa «hasta los huesos», Churchill no hizo más que recordar las palizas recibidas. Con los años, su inglés había de pasar por uno de los más perfectos y armoniosos, si bien para el gusto moderno resulta un poco ampuloso y declamatorio, como corresponde al último orador victoriano.

También es cierto que sir Winston ha sido una de las más graves amenazas que se han cernido sobre la lengua de Shakespeare, pues fué uno de los impulsores del «inglés básico», consistente en empobrecer y desvitalizar hasta la anemia perniciosa a uno de los idiomas más nobles del mundo. El inglés básico de Churchill y la reforma alfabética de Bernard Shaw habrían hecho desaparecer al inglés como instrumento literario. Afortunadamente, nuestro hombre no tuvo tiempo suficiente para dedicarse a esta demolición.

LA PLUMA Y LA ESPADA

La carrera literaria de sir Winston arrancó del periodismo. Pero éste nunca fué para él un fin, sino un medio. En sus años mozos necesitaba urgentemente dos cosas: guerrear y ganar dinero. No podía hacer lo primero sin lo segundo, y el periodismo vino a conciliar su pluma y su espada. El «Daily Graphic» costó su campaña de Cuba con las tropas españolas del general Valdés; el «Daily Telegraph», su campaña de la India; el «Morning Post», su campaña del Sudán, y finalmente, su aventura con los boers. El joven Churchill se hizo famoso con sus responsabilidades de guerra, con su carga contra los derviches y con su tren blindado contra los boers, y cuando se cansó de todo esto abandonó el periodismo, abandonó las guerras exóticas y entró en la Cámara de los Comunes.

UN LIBRO EN CADA BACHE

En lo sucesivo, en cada crisis política de su vida escribió un li-

bro. Como las crisis han sido muchas, los libros también han sido muchos. Créo que unos treinta. Hemos de referirnos a los más importantes.

En los diez años que siguieron a la terminación de la Gran Guerra, sir Winston escribió los cuatro volúmenes de «La crisis mundial». De este libro dijo lord Balfour que el señor Churchill pretendía hacer de su biografía personal la historia del mundo. Este juicio nos parece demasiado duro; después de todo, sir Winston, como primer lord del Almirantazgo y como ministro de Municiones, además de coronel del 6.º Regimiento de Fusileros Reales Escoceses, tomó una parte muy activa en la contienda del 14. «La crisis mundial» le valió una regular fortuna: unos cuatro millones de pesetas.

Su obra más importante ha sido, sin duda, «Vida de Marlborough» (nuestro «Mambrú se fué a la guerra» de la canción infantil). Este gran soldado de fortuna, ganador de las batallas de Blenheim y Malplaquet, fue un antepasado de Churchill, que el actual «premier» tomó como modelo de su vida, según sus biógrafos. Consta de cuatro robustos tomos y fué publicada entre 1933 y 1938. La escribió en el granero de su casa de campo, en Chartwell, que él mismo reconstruyó, con la colaboración de sus invitados de fin de semana, a los que recibía ofreciéndoles una paleta y un montón de ladrillos. Sir Winston se encerraba en el granero, donde había montado su cuartel general, con un equipo de secretarios, y sólo de vez en cuando hacía una escapada a la Cámara de los Comunes y otra a la Costa Azul para pronunciar algún discurso y para pintar algún cuadro, respectivamente. La «Vida de Marlborough» fué un éxito literario y económico; a Churchill parece haberle preocupado siempre más lo segundo que lo primero, pues, careciendo de fortuna personal, nunca tuvo más ingresos importantes que los que obtenía de su pluma. La biografía de su fantástico antepasado es un libro excelente, pero, como dijimos más arriba, tal vez demasiado voluminoso. Su valor histórico ha sido muy discutido. Un crítico ha dicho: «Para conocer bien al gran Marlborough y su época hay que comenzar por no leer el libro que ha escrito mister Churchill.» «Celos de historiador», replicó éste.

CASI SU PRIMER DESAHOGO LITERARIO

«Grandes contemporáneos», otra obra churchilliana, fué escrita en 1937. Contiene una serie de biografías de personajes de la política inglesa «que brillaron al final de la última centuria y a principios de ésta». Entre estos grandes contemporáneos sólo figura un escritor, Bernard Shaw, y cinco extranjeros, entre ellos Alfonso XIII. De Bernard Shaw dice que «fué una de mis más tempranas antipatías. En efecto, casi mi primer desahogo literario, escrito cuando servía como subalterno en el Ejército de la India, en 1897 (y que jamás vió la luz pública), era un feroz ataque contra aquél con motivo de

un artículo suyo en que denigraba y ridiculizaba al Ejército británico en alguna guerra de menor importancia». Después se hicieron buenos amigos y sostuvieron conversaciones sobre Irlanda y el socialismo. Al final de la semblanza califica a Shaw de santo, sabio y clown y le saluda como «el mayor maestro entre los vivos de las letras inglesas». Aún no había muerto entonces, según creo, otra de las grandes admiraciones literarias de sir Winston: Rudyard Kipling.

Churchill habló con Alfonso XIII varias veces. Una, en Madrid, en la primavera de 1914, adonde nuestro hombre había venido a jugar al polo. Juntos hicieron un viaje de recreo a El Escorial. «Su profunda estimación por Inglaterra estaba patente en todo lo que dijo», cuenta el «premier». Según él, la caída de la Monarquía radió «en la quiebra del sistema parlamentario por su falta de contacto con las realidades y con la voluntad nacional».

En «Pensamientos y aventuras», Sir Winston nos cuenta con muy buen humor los lances guerreros, políticos y literarios de su vida. En este libro hay más aventuras que pensamientos. Finalmente, el primer ministro británico ha escrito sus «Memorias» de la segunda guerra mundial. Las elecciones «caquis» de 1945 le devolvieron a su granero de Chartwell, y allí, con un buen equipo de secretarios, ha escrito 5.000 páginas, que le han valido un millón de dólares. La obra está sin terminar. Falta el último tomo, el de la victoria. La moraleja de la obra dice así: «En la derrota, altivez; en la guerra, resolución; en la victoria, magnanimidad; en la paz, buena voluntad.»

Con España, por lo menos, no ha habido tal magnanimidad. Churchill reconoció en estas «Memorias» la neutralidad española describiendo objetivamente las entrevistas de Hendaya y Berschtesgaden, pero no hizo nada por salir al paso de las calumnias sobre nuestra supuesta beligerancia al lado del Eje. Sólo el 24 de mayo de 1944 pronunció un discurso platónico en la Cámara de los Comunes, sin ningún resultado práctico, después de habernos prometido, entre otras cosas, la devolución de Gibraltar. Pero sobre esto ya se ha escrito bastante.

COMO EL CABALLERO DE FOE

Los críticos de sir Winston han dicho que sobre su estilo literario han influido Gibbons y Macaulay, especialmente en su primera época. Por su parte, el autor afirma en el prólogo de «La crisis mundial» y en el prefacio de las «Memorias» que en la redacción de estos libros ha seguido el método de las «Memories of a Cavalier» («Memorias de un caballero»), de De Foe, consistente en hacer que el «relato y discusión de los grandes acontecimientos políticos y militares pendan del hilo de las experiencias personales de un individuo».

M. BLANCO TOBIO
Premio Nacional de Periodismo.

ESPAÑA, ARCO ENTRE DOS MUNDOS



El señor Chukairy, secretario de la Liga árabe, con nuestro colaborador Gil Benumeya

EL SECRETARIO ADJUNTO DE LA LIGA ARABE HABLA PARA "EL ESPAÑOL" Y LOS ESPAÑOLES

La Península Ibérica es ahora el gran teatro de la atención mundial

HA estado estos días en Madrid el secretario general adjunto de la Liga Árabe, señor Ahmed Chukairy. Su presencia, así como la entrevista con el Ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, en el palacio de Santa Cruz, han revestido especial importancia. A la vez, los periódicos de El Cairo—sede de la Liga—subrayan el que dicha visita tenga lugar precisamente en el momento en que más se acentúa la política de aproximación a España del arabismo entero. Por la misma Prensa egipcia se apunta que en cierto modo bien puede considerarse la estancia en Madrid del representante de la agrupación de Estados árabes como una fecha histórica en las relaciones entre España y los países árabes, reforzadas en la primavera de 1952, en que la Misión especial española visitó el Próximo Oriente, bajo la dirección del señor Martín Artajo.

Esta apreciación general de los órganos de opinión árabe y egipcia obligarían ya, por sí solo, a precisar las tendencias del significado de la visita del señor Ahmed Chukairy. Además, existen entre el periodista y el visitante vinculaciones especiales



El secretario de la Liga árabe conversa amablemente con los periodistas

muy antiguas y hondas, con el ambiente de amistades, de sentimiento y de acción en que él vive y labora. Todo lo cual ha hecho que a través de cuatro días de contacto continuo, lo que hu-

biera podido ser una rápida entrevista se haya diluido en un panorama total, en el cual «el corazón se desborda sobre la cabeza», según frase precisamente de origen árabe.

La última mañana de su estancia, el secretario general adjunto de la Liga Árabe, al responder a las preguntas sobre el tema concreto de su viaje y su visita, las iba integrando en un conjunto de reflexiones y sensaciones donde se desarrollaba el fondo total del hispanoarabismo. Alrededor del señor Chukairy han afluído estos días constantes manifestaciones de interés y simpatía por parte de españoles, árabes e hispanoamericanos, demostradas por las continuas visitas y llamadas telefónicas ocurridas durante el desarrollo de nuestra conversación.

El señor Chukairy estableció, anteriormente, distintos contactos personales en los sectores en torno a la O. N. U. con delegados y representantes hispanoamericanos. De la conversación con estas personalidades y con otros representantes árabes y del resto del llamado «Bloque africano-asiático» (dentro del cual está también Filipinas) surge su convicción fundamental de la necesidad y posibilidad de articular los dos núcleos de Estados a través de España.

—España ocupa una posición central entre los dos mundos árabe-próximo oriental e hispanoamericano—dice el señor Ahmed Chukairy—. Esto es ya una ventaja, pero ha de procurarse articularla. España es como la clave de un arco apoyado en los dos extremos... o como un puente tendido entre el arabismo y las naciones de Ultramar, que nunca pueden ser consideradas como extranjeras por nosotros, puesto que allí residen tantos cientos de miles de árabes e hijos de árabes. Es necesario que tenga éxito la idea de unir en un sólo bloque universal a los dos grupos de Estados de Iberoamérica y el bloque africano-asiático, con lo cual, en la Organización de las Naciones Unidas podrían estar juntos por lo menos treinta y cinco Estados, coordinando sus puntos de vista para la paz y el equilibrio del mundo.

El señor Chukairy insiste sobre la importancia del papel de América en estos deseos mundiales de coordinación en los que España sería necesariamente el nexo mayor. Se hace entonces necesaria la pregunta sobre la relación entre el oficio de América como Continente y la firma de los acuerdos hispanonorteamericanos. La respuesta hizo observar, sobre todo, sus valores de ensanchamiento:

—La firma de los acuerdos entre España y los Estados Unidos de Norteamérica, al romper definitivamente los aislamientos injustos que se habían pretendido, ha venido muy oportunamente a demostrar lo arbitrario que es intentar exclusiones no escogidas, sino impuestas. Al triunfar la razón española, el mundo no sólo comprueba la injusticia de actitudes pasadas, sino que gana un factor indispensable, pues España es ahora el gran teatro de la atención mundial.

Esta firma ha tenido, desde luego, que producir un efecto en el ambiente de opinión árabe.

—La amistad de los Estados árabes con España—nos dice el señor Chukairy—gana con todo lo que represente exaltación de lo español. Esta amistad, cimentada ya por las relaciones diplomáticas, culturales, económicas y por los acuerdos históricos, pasa a un plano internacional, completando lo afectivo por lo útil para España, nosotros y el mundo.

Es lógico que el objeto de su viaje a España tenga una fuerte relación con dicha amistad.

—Es algo así como pasar revista a toda la relación existente y posible entre España y el llamado Mundo Árabe. No con carácter particular, sino representativo y en nombre de la organización de la Liga.

Una de las preguntas más importantes que teníamos que hacer era sobre los temas tratados en sus conversaciones oficiales y ociosas.

—El primero y principal—res-

ponde con gran calor el señor Chukairy—es la cuestión de Palestina, que vuelve a constituir un peligro. Es muy grato comprobar que España tomará todas las medidas posibles para cooperar a que Tierra Santa vuelva a ser tierra de la paz. Y a este respecto, ni Palestina mártir ni el Mundo Árabe entero pueden olvidar que desde el primer momento fueron tanto España como el Marruecos del Protectorado Español dos de los sitios que más han hecho en labor humanitaria por los refugiados palestinos, sin distinguir si eran musulmanes o si eran cristianos.

Al nombrar a Marruecos surge la evocación de la paz y concordia que reina en la zona hispanojalifiana, contrastada con el malestar existente en otras zonas vecinas. Y el señor Chukairy recordó cómo en Marruecos y en todas partes la acción española «se apoya siempre en la buena fe y en la comprensión».

Desde allí la conversación se deslizó, naturalmente, hacia los lazos de amistad que los cruces y mezclas, desde la Edad Media hasta nuestro tiempo, establecieron entre los españoles, los marroquíes y el resto del arabismo. Estos lazos familiares se han extendido de tal manera que hoy es corriente encontrar dentro de los Países Árabes miles de familias de origen español, lo mismo que en familias españolas de Levante, Castilla y Andalucía se pueden encontrar abundantes antecedentes arábigos.

—En una anterior visita que con carácter privado hice a Andalucía—recuerda el señor Chukairy—, menos el idioma, todo me era familiar. Y aun así hay palabras que los españoles usan y que no pueden desmentir la ascendencia filológica característica, como «Fulano», por ejemplo. Al mismo tiempo, encontré a cada paso caras parecidas a las de mis amigos de Jerusalén, Damasco o El Cairo.

Como final de la entrevista, el secretario general adjunto de la Liga Árabe transmite un cordial saludo, por medio de EL ESPAÑOL, a todos los españoles. Recalcó, asimismo, la satisfacción de ver que las ideas por él lanzadas hace veinte años, en América, junto con algún gran árabe de Siria y Líbano, se incorporaron ya al ideal general permanente de la Hispanidad y de la Arabidad. Y como obligada nota final, el recuerdo de que el Mundo Árabe se compone de católicos y musulmanes a la vez, unos y otros unidos hoy por una serie de comunes ideales espiritualistas.



Esta fotografía recoge el momento en que el secretario del señor Chukairy prepara la entrevista a los informadores

Lea "Poesía Española"

REMEDIO PARA LAS SEQUIAS

CENTRALES TERMICAS

El aumento de energía termoeléctrica en España es del 220 por 100 en relación con las cifras de 1936

LAS INSTALACIONES DE ESCATRON ENTRE LAS MEJORES DEL MUNDO

El complemento básico de las grandes centrales hidroeléctricas, instaladas al pie de los pantanos capaces de albergar millones de metros cúbicos de agua, lo constituyen las centrales térmicas. Mientras que las centrales hidroeléctricas producen energía en función del agua existente en los pantanos, las centrales térmicas no precisan la ayuda del líquido elemento; ellas funcionan quemando carbón simplemente.

De ahí que en un país como el nuestro, sujeto a variaciones pluviométricas acusadas y en el que puede presentarse un año de extremada sequía frente a otro de normales precipitaciones acuosas y por tanto de satisfactorio llenado de los embalses, haya necesidad de establecer estos minúsculos centros generadores de energía que son las centrales térmicas.

La función principal de las centrales térmicas es, pues, ser fuente originaria de energía eléctrica consumiendo carbón, el cual es transformado, en su adecuado proceso técnico, en electricidad. El papel de ayudantes en el suministro de energía eléctrica al país adquiere singular importancia cuando la demanda de electricidad es grande y los pantanos no son, para satisfacer aquella demanda, suficientes en número o el agua de las nubes no ha caído en la forma precisa para aumentar la producción de kilovatios-hora anuales.

EL AUMENTO DE LA POTENCIA

Los máximos de producción de electricidad térmica coinciden, pues, con los años de sequía y con aquellos descensos de energía hidroeléctrica producidos por falta de agua. De aquí que el dato más representativo para calibrar la importancia de las centrales térmicas y poder así saber con qué elementos se cuenta para hacer frente a un periodo de sequía, sea el de la potencia instalada, medida en kilovatios-amperios.

La falta de iniciativas por par-

te de las empresas privadas para acometer la construcción de grandes centrales térmicas que pudieran aprovechar combustibles que hasta ahora no se explotaban o se utilizaban indebidamente —antracitas o lignitos—, dió lugar a que el Instituto Nacional de Industria emprendiese un plan de instalación de tal género de centrales, con el fin de que su funcionamiento representase una mayor aportación y un menor gravamen para el sistema energético nacional al utilizar principalmente combustibles de segunda estimación.

Pues bien, gracias a este plan del I. N. I. hemos llegado a tener una potencia instalada, en cuanto a energía térmica se refiere de 955.000 kilovatios-amperios, en 31 de diciembre de 1952. Al ser el promedio del período 1931-1935 de 436.000 kilovatios-amperios, la actual potencia de las centrales representa un aumento del 220 por 100, sobre aquel periodo, anterior a nuestra guerra de Liberación.

SUBE LA PRODUCCION

Al anterior aumento de potencia debe de corresponder, por tanto, un aumento en la producción de energía termoeléctrica. Si se se observa el gráfico de producción se verá que hay descensos e inflexiones en la curva representativa. Estos mínimos corresponden a aquellos años que ha llovido mucho y en los cuales, las centrales de los pantanos han podido trabajar a un ritmo de producción mucho mayor.

Así, mientras que en el año 1935 se produjeron tan sólo 279 millones de kilovatios-hora, en el concepto de energía termoeléctrica, en el pasado año de 1952, la producción térmica de electricidad alcanzó la cifra de 1.620 millones de kwh.; cifra sólo superada por la del año 1950, año

MILLONES DE K.W.H.

8000

6000

4000

2000

0

1931

1935

1945

1950

— HIDRAULICA
— TERMICA

1.620 millones de kilovatios-hora han producido nuestras centrales térmicas en el pasado año de 1952. El aumento de esta clase de energía eléctrica responde a la necesidad de atender los urgentes pedidos de suministro de electricidad en época de restricciones. Las centrales térmicas son el complemento de las centrales hidroeléctricas. Obsérvese cómo en aquellos años en que ha habido sequía la producción de energía termoeléctrica ha llegado al máximo en la curva representativa

de gran sequía, en el que se produjeron 1.837 millones de kwh.

La capacidad de producción de las nuevas centrales quedó así bien probada, a la vez que sirvió para atender aquellas peticiones de energía eléctrica, de imprescindible necesidad en la vida de la Nación, y a las que las centrales hidráulicas no podían suministrar fluido por carecer de agua.

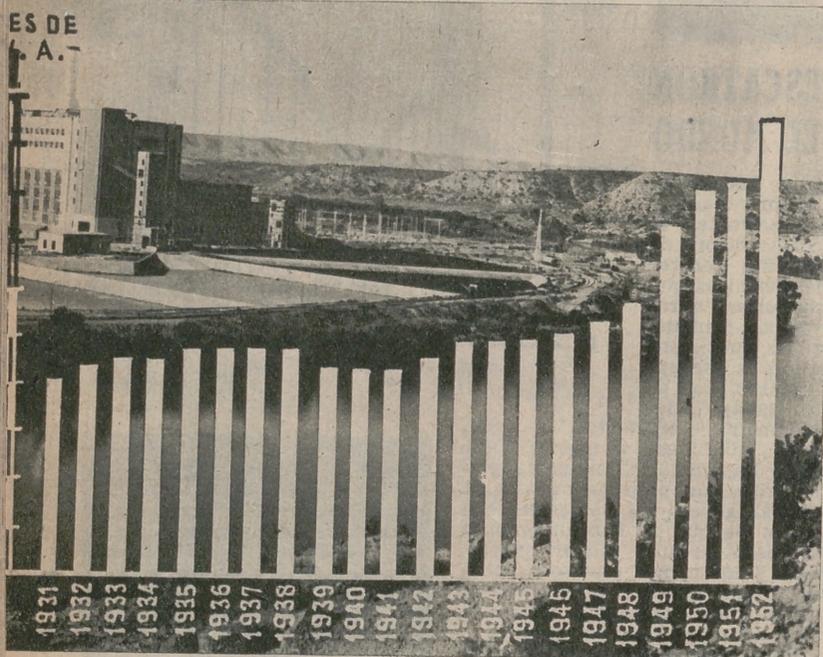
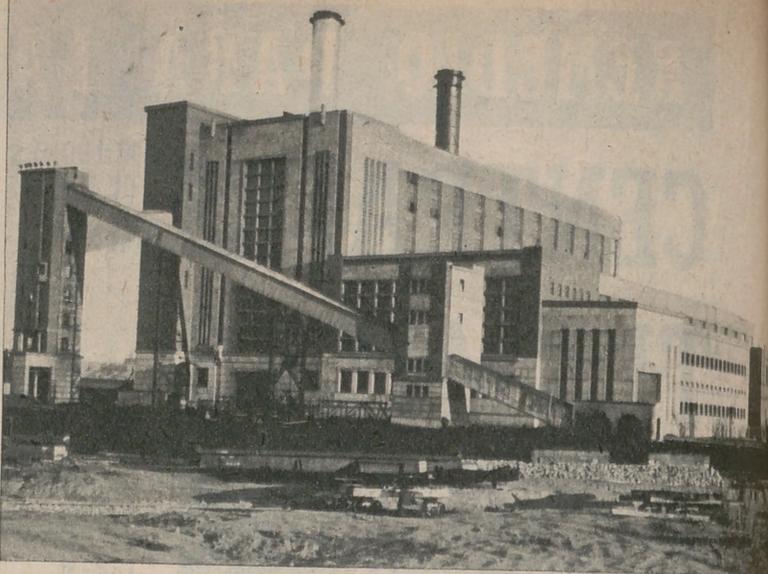
REMEDIO PARA LA SEQUIA

La energía termoeléctrica constituye, pues, el indispensable apoyo sobre el que debe sustentarse una instalación hidráulica que debe confiar en el régimen de lluvias con que poder atender la creciente demanda de energía

eléctrica, tal como se ha venido observando en España. Esta demanda de electricidad constituye el mejor y más favorable signo de un país en cuanto a confianza económica y política de sus habitantes.

El período de 1945-1950 que se caracterizó por una sequía sin precedentes en la historia de la industria eléctrica nacional, demostró palpablemente la necesidad de disponer de una amplia reserva de energía termoeléctrica dispuesta a intervenir en las épocas de estiaje. El plan de implantación de centrales térmicas modernas y racionalmente ubicadas en relación con la disponibilidad de combustibles, responde a esa necesidad aludida.

Aquí vemos la variación de la producción de energía térmica y pueden apreciarse las épocas de sequía y los máximos de producción termoeléctrica.



El aumento progresivo de la potencia instalada es el mejor índice para medir el esfuerzo realizado en la construcción de centrales térmicas. De 136.000 kilovatios-amperios, que era el promedio de potencia instalada en el período de 1931-1935, hemos llegado el pasado año a 955.000. Más del 200 por 100 supone este aumento, dibujado sobre la fotografía de la central térmica de Escatrón, una de las mejores del mundo en su género.

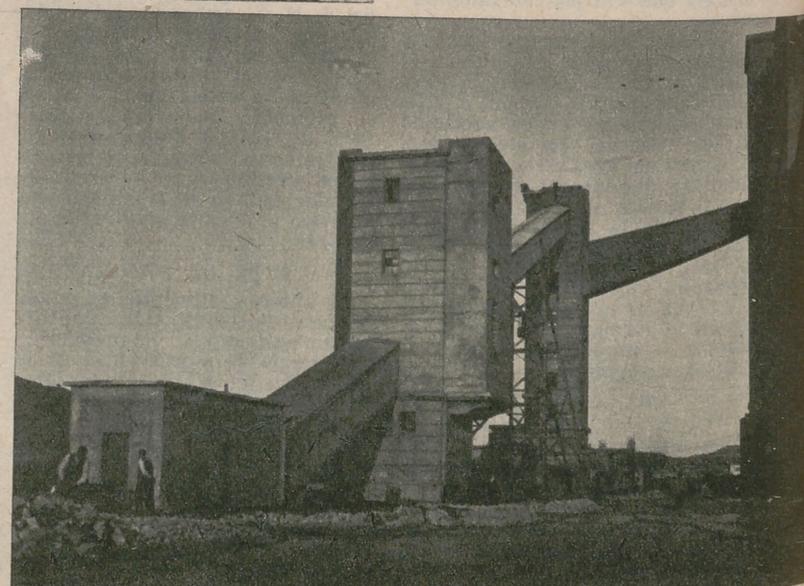
Todas las fotografías que ilustran esta información fueron tomadas en las instalaciones de Escatrón.

Año	% en relación con la producción total de energía eléctrica
1935	8,5
1945	23,4
1946	15,0
1947	12,8
1948	15,2
1949	28,4
1950	26,5
1951	16,3
1952	17,2

La producción térmica que era sólo del orden del 8,5 por 100 de la energía eléctrica total producida antes de 1953, llega, en los momentos agudos de la sequía a constituir el 28,4 por 100 de la producción nacional.

NUEVOS MODELOS

La industria del carbón viene, así, a estar muy ligada con la industria termoeléctrica. Hace diez años, en el año 1943, el carbón consumido en industrias eléctricas representó el 5,2 por 100 de la producción nacional de carbón unida a la importación de dicho



combustible. En el año pasado este tanto por ciento subió al 10,3, ya que se consumieron 1.530.528 toneladas por 592.938 toneladas del año 43.

No obstante, el consumo de carbones en las centrales térmicas tiene como consecuencia el considerable aumento en las importaciones de este combustible,

ya que las disponibilidades nacionales son muy limitadas, especialmente en lo que se refiere a carbones de alta calidad. Por otra parte el consumo de carbones en las centrales térmicas no siempre está en proporción al rendimiento obtenido en energía eléctrica, ya que algunas de las centrales térmicas son de modelo antiguo y su utilización resulta antieconómica por necesitar carbones de alto nivel cualitativo. De aquí que las nuevas centrales térmicas instaladas en los últimos años por el I. N. I., sean del más moderno modelo en la materia, exigiendo, de esta manera, carbones de menor calidad—como los lignitos—y dando un rendimiento eléctrico infinitamente mayor que los modelos anticuados del período 1931-1935.

UNA CENTRAL SOBRE UN TREN

Otro auxiliar de la energía hidroeléctrica, además de las centrales térmicas fijas, lo constituyen las centrales móviles. Las centrales móviles son auténticas «centrales sobre ruedas». Mientras que las centrales térmicas suelen estar situadas en lugares próximos a minas, en los cuales el transporte de carbón es muy barato, las centrales móviles se desplazan a aquellos lugares que precisan de sus servicios.

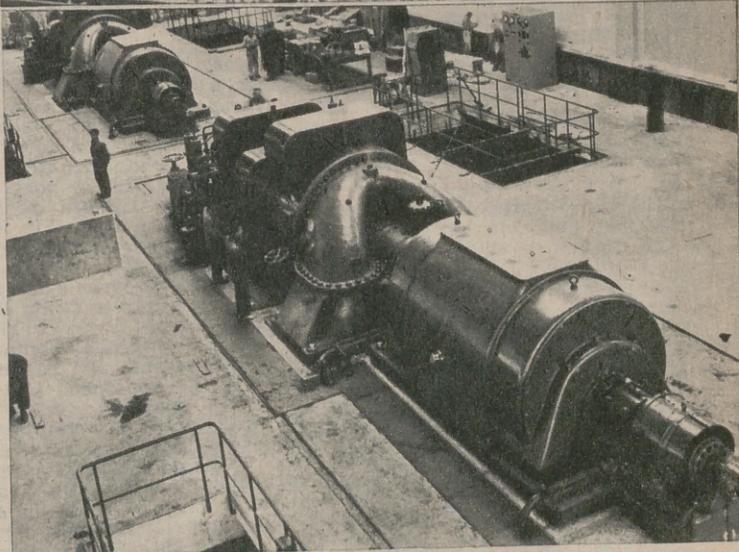
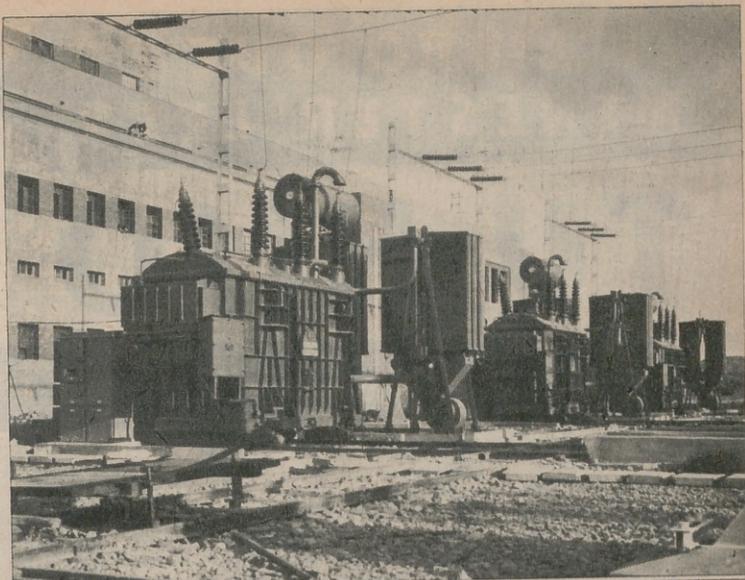
Una central móvil es ni más ni menos que un tren transportador de electricidad. Cada unidad comprende tres partes: un vagón caldera, un vagón turbina-dinamo y un vagón corriente que lleva las piezas sueltas y de recambio. Durante el trayecto, el tren es arrastrado con suavidad por una locomotora. Cuando llega al punto de destino se le sitúa en un lugar donde pueda disponer de un fácil suministro de agua para la refrigeración. Entonces se acoplan los diferentes engranajes electromecánicos y se dispone el suministro de combustible. La central móvil comenzará a producir energía al poco tiempo. Es ésta quizá una de las mayores maravillas de la ingeniería eléctrica moderna, ya que permite instalar en el reducido espacio de tres vagones toda una central eléctrica con sus aditamentos de reóstatos, hornos, bombas de alimentación, instalaciones para la purificación del agua, etcétera, etc.

Pues bien; estas centrales, enteramente nuevas en España hace unos pocos años tan sólo—tres o cuatro nada más—, han producido en el año último 81 millones de kilovatios hora, cifra bastante importante si se tiene en cuenta que la mayoría de los auxilios concedidos por estas centrales ambulantes lo han sido en casos de verdadera urgencia y que no admitían la menor dilación en el suministro de fluido eléctrico.

UNA DE LAS MEJORES

De todo lo expuesto se deduce la necesidad de las centrales térmicas para la producción de electricidad. En esta necesidad, la política eléctrica de los quince últimos años ha llenado con sus nuevas instalaciones lo que no se había previsto en cuarenta años anteriores.

De la importancia y de la magnitud de las centrales eléctricas instaladas—la de Escatrón es una

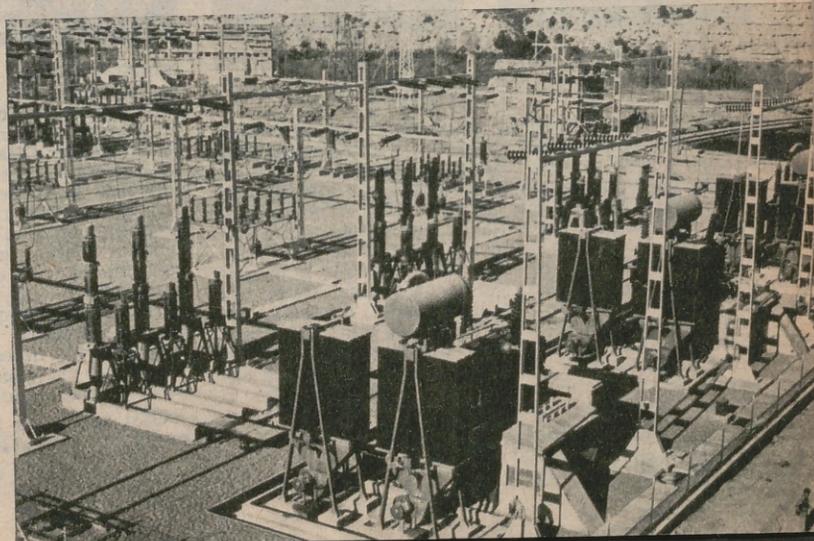


de las mejores del mundo en su género—, baste decir que si funcionasen continuamente todas las centrales térmicas españolas, dejando aparte el desgaste de máquinas y el obligado descanso y repuesto de las turbinas, los 955.000 kilovatios-amperios instalados de potencia producirían 8.251 millones de kilovatios hora anuales, cifra muy próxima a los 9.140 millones de kilovatios hora producidos en el conjunto de toda la energía hidroeléctrica y termoelectrica. Es natural que un régimen de continuo funciona-

miento de las centrales a toda su potencia no puede realizarse, ya que es necesario dejar descansar las máquinas, reparar las en funcionamiento y renovar las antiguas y estropeadas.

Por otra parte, si el I. N. I. no se hubiese preocupado de instalar nuevas centrales térmicas, en estos periodos de sequía el suministro de energía eléctrica hubiese sido mucho menor y las restricciones en las zonas afectadas se hubiesen aumentado en un 100 por 100, como menos.

José María DELEYTO



**EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER**

TU HIJO

Por el doctor **Benjamín SPOCK**

EL informe Kinsey resulta ahora que tiene una segunda parte. La segunda parte la constituye un famoso libro norteamericano, cuya tirada —en pocos meses— alcanza la cifra de tres millones de ejemplares. Pero este libro no es sólo un éxito editorial, sino que es, principalmente, un motivo de polémica en el seno de las familias y controversia científica entre pedagogos y psiquiatras. El libro «Tu hijo», traducido rápidamente al inglés, al francés y al alemán, ha venido a poner en evidencia que en el pueblo norteamericano, pese a otros plebiscitos publicitarios, existe un gran contenido de vida sana y moral. Para la elaboración de este libro, el doctor Spock ha tenido a su lado un nutrido grupo de colaboradores entre psicólogos y puericultores. «Tu hijo» será también próximamente editado en España por Ediciones Daimón.

Desde el primer capítulo «Tu hijo» se impone por su tono comprensivo y sencillo, donde los consejos y las advertencias no sólo son recetas prácticas que parecen surgir simplemente de la valoración del sentido común, de la aplicación de fórmulas familiarmente experimentadas, sino que son además resultado de un largo y concienzudo proceso científico. El libro viene a resultar clásico y revolucionario a la vez, porque junto a los matices de una divulgación elemental sobre la vida y crianza del niño aparecen conocimientos, análisis, comparaciones y procedimientos modernos de la psicología y la pedagogía que tienen un interés científico y

clínico para estudiar y corregir todos los defectos que acarrea siempre la educación de los niños.

El doctor Benjamín Spock nació en 1906 en New Haven. Una de sus principales colaboradoras en la redacción de este libro, llamado «el libro del sentido común» ha sido su esposa Jane Cheney. Se calcula que el doctor Spock tenía a la hora de hacer este libro más de 30.000 fichas delante, otros tantos casos conocidos y analizados por él en hospitales y dispensarios. Su cátedra de Psicología y Psiquiatría en la Universidad de Pittsburgo y sus emisiones de radio sobre puericultura lo han hecho célebre en el país. «Tu hijo» no quiere otra cosa que convencer a las madres, educadores y maestros a que se deben llevar por su propio sentido común ante los niños. «Señora, confíe usted en sí misma, porque ya sabe más de lo que supone.» Así comienza su obra el doctor Spock.

Lactancia, higiene, juegos, enfermedades, niñerías, escuelas, problemas sexuales, etc., todo el repertorio de la vida infantil es sometido por el doctor Spock a un examen atractivo y detallado de gran vigor y repleto de avisos realmente instructivos. «Tu hijo» es una reivindicación de la mujer y del hogar norteamericano. Recogemos algunos comentarios del doctor Spock sobre aspectos muy diversos de la educación del niño.

LA PUERICULTURA DE LA MADRE MODERNA

Portada de la edición española



Todos los niños gozan con el baño



Todo el día le exigirá este juego...



El día menos pensado cogerá uno de sus cepillos...



El lugar más adecuado es la silla-orinal...

CUALES SON LOS SENTIMIENTOS INFANTILES CON RELACION A LOS EXTRAÑOS

USTED podrá observar fácilmente las diferentes fases del desarrollo de su hijo examinando las actitudes que adopta cuando se halla en presencia de personas extrañas. Veamos, por ejemplo, su comportamiento cuando se encuentra en el consultorio del médico. Un niño de dos meses puede decirse que no presta atención alguna al médico, y durante el examen se contenta con mirar a su mamá. A los tres meses, ya es otra cosa. Cada vez que el médico le sonríe, o le habla, contesta con deliciosas sonrisas; pero hacia la edad de cinco meses el bebé puede haber cambiado de opinión, y así, cada vez que se le aproxima una persona extraña, se contiene y la observa durante diez o veinte segundos, luego su estómago sube y baja, hasta que, por último, la barbilla le tiembla y

rompe a llorar. Puede alterarse hasta el punto de no cesar de llorar hasta que termine el examen médico. Es que el niño atraviesa entonces por un periodo de sensibilidad especial, durante el cual se alarmará ante todo aquello que no le sea familiar, como, por ejemplo, el sombrero de un desconocido y hasta el mismo rostro de su progenitor. Si algunos niños se comportan así es debido probablemente a que ya tienen a esa edad la suficiente viveza para diferenciar un amigo de un extraño. Si a la edad de seis meses su hijo es demasiado sensible ante nuevas caras, o nuevos lugares, conviene que usted le evite sorpresas que puedan llamarle demasiado la atención, manteniendo a los desconocidos a cierta distancia, sobre todo si se trata de un ambiente al que no se haya acostumbrado todavía.

Casi todos los niños, entre los ocho y los once meses, tratan a los extraños, incluso a los médi-

cos, de manera relativamente amistosa. Durante este período se interesan menos por los nuevos rostros que por los objetos y nuevas experiencias a que puede dedicarse; pero hacia la edad de un año, vuelven de nuevo a efectuar un cambio. Nosotros creemos que es hacia los trece meses cuando los bebés son más desconfiados. En la consulta del médico, un niño de esta edad intenta casi siempre desprenderse de toda mano desconocida para asirse a su madre, llora desconsoladamente y esconde su carita sobre el hombro de la madre. De vez en cuando, cesa de llorar, pero sólo el tiempo necesario para atreverse a lanzar sobre el hombro alguna mirada llena de ira hacia el médico. Sollozos y chillidos cesan casi siempre inmediatamente después de terminado el examen, y a los pocos minutos el niño recobra de nuevo su magnífica seguridad y se entretiene observando con gran interés los instrumentos médicos, llegando incluso a sonreír al doctor que tanto le asustara antes.

CUANDO EMPIEZA A HABLAR

Hacia la edad de un año es cuando la mayor parte de los niños empiezan a emitir sonidos más o menos parecidos a palabras. Pero hay niños perfectamente normales que no empiezan a hablar hasta mucho después. Este estadio del desarrollo infantil aparece esencialmente influenciado por su temperamento o personalidad. El niño expansivo y afectuoso tiene más prisa en hablar, mientras que el de maneras sosegadas se contenta en observar cuanto le rodea antes de dignarse expresar su opinión sobre lo visto.

Sin embargo, el medio ambiente y la forma cómo se le trata son también factores importantes. Si la mamá es un tanto nerviosa y permanece callada y absorta en sus problemas mientras atiende a su hijo, al cabo de cierto tiempo el niño captará esta falta de ternura y se encerrará en sí mismo. También si convive y se mueve entre personas adultas activas que le hablan y le importunan sin cesar, puede no sentirse a gusto y terminar por abstraerse. El no tiene, como las personas mayores, el recurso de dar su opinión, ni de marcharse a dar un paseo, cuando sienten la necesidad de cambiar ideas. A los niños, como a los adultos, les gusta hablar cuando se hallan en compañía agradable. Y el niño necesita tener suficientes deseos de hablar para el desarrollo intelectual del niño y para sus ulteriores progresos.

Es característico el ambiguo vocabulario usado por los niños en su deseo de nombrar las cosas, modo de hablar completamente caprichoso. Sin embargo, desde el primer momento las personas mayores deben abstenerse de emplar con ellos el lenguaje convencional que algunas usan imitando sus medias palabras. Esto es muy perjudicial para el desarrollo intelectual de la criatura y para sus progresos naturales. Si él no pronuncia automóvil y dice *totó*, o *popó*, es porque no sabe aún articular, pero entiende perfectamente a la persona mayor que le dice auto, y eso es lo que quiere y cree decir cuando pronuncia *totó* o *popó*. Imitar el especial lenguaje infantil es, por lo menos, desconcertarle desde el primer día. Más adelante, cuando el niño construya frases, el problema será aún más grave.

Por eso insistimos en que al niño se le debe hablar de manera natural, sencilla y correcta, como si él hablase también perfectamente. Háblele con naturalidad y fraseología breve, pues si usted tiene la costumbre de hablar a su hijo a grandes parrafadas, éste jamás tendrá ocasión de retener ninguna palabra, y menos recordarla. Aunque este caso es raro, pues la mayoría de las personas mayores se dirigen instintivamente a los niños uti-

lizando términos sencillos e insistiendo sobre la palabra más importante de la frase, que, como hemos recomendado antes, debe ser pronunciada clara y correctamente.

El retraso en hablar, ¿será prueba de un desarrollo mental deficiente? Casi todos los padres experimentan este temor. Si cierto es que algunos niños mentalmente retrasados tardan más en hablar, hay muchos de ellos que empiezan a hacerlo a la edad normal. El

retraso general se manifiesta en esto como en todo, pero un retraso sólo en soltarse a hablar no debe ser motivo de preocupación para los padres si no va acompañado de otros síntomas. Hay incluso niños que no empiezan a hablar hasta la edad de tres años y luego poseen una inteligencia normal, e incluso son superdotados. Por eso, si su niño tarda más de lo normal en hablar no se preocupe demasiado por ello. Trátele con gran cariño y no le importune continuamente. A ser posible, dele ocasión de reunirse con otros niños para que tenga la posibilidad de hacerse comprender por ellos a su manera. Insistimos: háblele cariñosamente y en términos sencillos, pero correctos. No le ponga nervioso intentando obligarle a hablar. Un niño tímido por naturaleza seguirá aún más callado si siente que le quieren forzar.

Todos los niños empiezan a hablar deformando la mayoría de las palabras, para luego ir mejorando su pronunciación. Y también todos, por igual, siguen más o menos tiempo pronunciando tal o cual sonido defectuosamente, defectos de pronunciación que paracen, algunos, ser debidos a falta de agilidad en la lengua o de otra parte del aparato vocal. Algunos adultos, no lo olvidemos, y a pesar de muchos esfuerzos, continúan ceceando. Otros defectos de pronunciación también parecen debidos a pequeños caprichos, pues hay niños que se divierten pronunciando al revés ciertas palabras, mientras hace tiempo que pronuncian correctamente otras análogas. Esto no tiene importancia en un niño bien equilibrado y cuyo desarrollo es normal en los demás aspectos. Aunque conviene intentar con amabilidad corregir ocasionalmente algún defecto de pronunciación, sería un error mostrarse severo e intransigente en este aspecto. El niño no entiende aún ese lenguaje.

¿Qué se debe hacer cuando un niño de cuatro o cinco años de edad, e incluso más, tiene una pronunciación tan defectuosa que sus amiguitos no le comprenden y se burlan de él? En este caso, se le puede corregir con ayuda de personas especializadas, aunque los padres no deben hacerlo sin antes consultar con su médico especialista. En

The Common Sense Book of Baby and Child Care

BENJAMIN SPOCK, M.D.

Portada de la edición norteamericana



No le deje llorar...



No le grite «no» en tono de desafío



No le reprenda; perderá el tiempo



No sea usted víctima del mimo...



El niño duerme perfectamente con todos sus juguetes



Cómo caldear y humedecer el ambiente de la habitación



El niño enfermo debe entretenerse solo

cualquier caso, el niño que tiene tal defecto debe permanecer entre los de su edad el mayor tiempo posible. Incluso es mejor llevarle al parvulario en espera de que pueda ingresar en la escuela primaria. En el ambiente de un buen parvulario, el profesor o profesora hábiles conseguirán persuadir con delicadeza a los demás niños que cesen en sus burlas en lo que respecta a su compañero y, a menudo, consiguen ellos mismos corregir la pronunciación del pequeño.

Algunos niños continúan hablando como lo hacen los chiquitines más tiempo del normal. Este caso se presenta con mayor frecuencia en los niños que tienen celos de una hermanita o hermano más pequeños, que, a su entender, están rodeados de mayor admiración y afecto que ellos mismos.

Este mismo defecto puede afectar también a otros niños que no tengan el menor motivo de celos. Y al afirmar esto pensamos, por ejemplo, en aquella niña de grandes bucles y vestida con ropa lindísima, porque es hija única de padres ricos, quienes encuentran «divertido» considerarla como una muñeca y olvidan que se hace mayor hablándole aún como si se tratara de un bebé, cuando en realidad ya es una niña, y haciéndole comprender que la quieren más representando ese necio papel de bebé. Es lógico que una niña así tratada hable con afectación pueril, ya que así les gusta más a sus padres. Pero esto le hará sufrir mucho cuando se halle, en el parvulario o de paseo, con niños de su edad, que lejos de «divertida» la encontrarán sencillamente insoportable.

COMO EVITAR LOS ACCIDENTES

Como principio, sepa usted que es imposible impedir todos los accidentes, y si esto le obsesiona, corra usted el riesgo de inculcar al niño un miedo instintivo a lesionarse, haciéndole tímido, con lo que su sentimiento de independencia no se desarrollará normalmente. Sin embargo, es posible evitar muchos accidentes graves cuando se conocen los principales peligros que acechan al niño. He aquí algunos consejos sobre este particular:

Las sillas bajas ofrecen menos riesgo que las altas especialmente fabricadas para los niños. Si usted tiene silla alta, procure que sea de base ancha, bien estable. Hay un modelo de silla mixta que reúne bien esta condición, como ya hemos dicho y además puede convertirse en silla y mesa bajas al doblarse. En cuanto el niño empieza a arrastrarse y encaramarse, debe usted atarle en la silla o en el coche. Y donde haya escaleras con vendrá instalar una valla, o barra, hasta que el niño puede subir y bajar por ellas sin caerse; proteja usted al niño del peligro de ventanas bajas, barandillas, etcétera.

No es prudente que el niño se arrastre o ande por el suelo de la cocina mientras usted hace o sirve la comida. Podría salpicarle con aceite u otra grasa, o verter encima de él agua hirviendo. En tales momentos deje a su hijo en el parque, o en la silla, y en un lugar donde usted le pueda ver, a distancia del fogón. Adquiera la costumbre de colocar siempre los cazos y vasijas con mango de

manera que éste quede hacia la pared, de modo que ni el niño lo alcance, ni usted pueda tropezar con ellos.

Todos los utensilios y vasijas deben estar de forma que queden fuera de su alcance, tanto en la cocina como en la mesa del comedor. Coloque el mantel recogiendo bien los bordes para que el niño no pueda tirar de él. Mientras se lleve a la boca todo cuanto encuentre, no le deje jugar con botones, bolas, garbanzos o cosa análoga. Metiéndoselos en la boca, puede aspirarlos y ahogarse. Tenga sumo cuidado, cuando guarde la ropa con bolas de naftalina, de no dejar ninguna olvidada; el niño puede recogerla y comérsela, o tragarla creyendo que se trata de una golosina. No le deje lápices ni objetos afilados, flautas, cañas, trompetas de hojalata, pues si se las lleva a la boca mientras juega o corre puede caerse y clavárselas. Acostumbre a comprobar siempre la temperatura del agua antes de bañarle, y una vez en ella no toque usted jamás un aparato o cordón eléctrico, e impida que el niño lo haga; podría producirse un contacto y acarrear consecuencias peligrosas. No deje nunca recipientes con agua caliente en el suelo.

Cuide de la colocación y estado de todos los hilos eléctricos, interruptores, bombillas y enchufes a su alcance. Impídale rigurosamente jugar con estos hilos y que se los lleve a la boca. Coloque algún mueble ante los enchufes inutilizados, o recúbralos con esparadrapo o cinta aisladora, pues es fácil que él sienta la tentación de meter los dedos o algún objeto por los agujeros. Ponga bombillas a todos los portalámparas que estén a su alcance, aunque no las utilice, y coloque las cerillas donde no pueda llegar a ellas, aunque ya tenga tres o cuatro años de edad.

Vigile bien los pozos, cisternas, estanques, acequias, arroyos, etcétera, que haya en las proximidades, de modo que no representen un peligro para el niño.

Tire inmediatamente al cubo de la basura los cristales rotos y latas de conserva, y guarde las hojas de afeitar en lugar seguro. Impida que el niño se acerque a pezones desconocidos para que no pueda excitarlos o hacerles daño jugando.

En este tiempo es cuando usted debe apartar del alcance de su mano todos los productos tóxicos. Se ha comprobado que la quinta parte de las personas envenenadas incidentalmente eran niños de uno a dos años. A esta edad, en efecto, los niños lo examinan y lo prueban todo sin preocuparse del sabor de lo que se llevan a la boca. Les atraen especialmente las píldoras, los medicamentos de sabor agradable, los cigarrillos y las cerillas. Quizá le sorprenda a usted la lista de tóxicos que se deben colocar lejos del alcance de su mano, pero le será a usted muy útil:

Comprimidos, píldoras purgantes y tónicos que en su composición contengan estrictina.
Gasolina, petróleo y productos quitamanchas.
Medicamentos a base de salicilato de metilo.
Sosa cáustica, trisódico, lejía, sulfamán y cuan-



La pubertad comienza más tarde en los niños

tos envases contengan productos de limpieza —como amoníaco, cera, etc.—

Insecticidas, productos matarratas y naftalina. Ácidos, tinta, tintes y tabaco.

Cuando su hijo cumpla el año, su despreocupación respecto a él ha terminado; toda negligencia es peligrosa. Debe efectuar con ojos de lince el inventario de la casa, mejor dicho, mirar cómo lo va haciendo el propio niño. Guarde todos los medicamentos lejos del alcance de su mano.

Tenga el máximo cuidado en que estas sustancias no se mezclen con los alimentos, pues usted misma podría cometer un error desagradable, o funesto, en un momento de prisa. No dé nunca al niño, para entretenerse, una caja de productos farmacéuticos, aunque parezca bien cerrada. En lo posible, evite utilizar insecticidas y productos matarratas, y si es imprescindible, adquiera lo justamente necesario para no guardar ni la mínima cantidad en casa.

LO QUE DEBEN TENER EN CUENTA LAS MADRES QUE TRABAJAN

Las necesidades vitales de los niños varían según su edad. Durante el primer año, el niño necesita mucho de los cuidados maternos por ser preciso llevarle a la boca cuanto come —¡y Dios sabe lo a menudo que lo hace!— y ser su alimentación muy distinta de la de los adultos. Además, hay que lavar a menudo sus ropas y necesita que le lleven a pasear.

Para asegurar el desarrollo normal de su carácter necesita tener a su lado a alguien que le pueda consagrar toda su atención, que le considere sinceramente como lo más maravilloso del mundo, que le distraiga y le hable como sólo la madre sabe hacer, que le tome en brazos, que le sonría y que le haga compañía cuando esté desierto.

Es preciso evitar, dentro de lo posible, ingresarle en una guardería de lactantes. Aparte de que le faltará el mimo materno, corre el riesgo de ser víctima de epidemias, resfriados y diarreas.

El hijo de una madre que trabaje durante el día debe ser tratado de modo muy distinto, sea cual fuere el sitio en que se le cuide. Si la madre le confía a una vecina, a un familiar, o a una amiga, debe conocer mucho a esa persona y tener gran confianza en ella, y si es una persona extraña, la que acuda al domicilio del niño para cuidarle durante la ausencia de la madre, ésta no debe reintegrarse al trabajo hasta que su hijo se haya acostumbrado a la otra persona. Ante todo, la madre debe estar segura de que su hijo será cuidado con el mayor cariño, tarea casi imposible si la persona encargada tiene mal carácter, o no siente inclinación por los niños.

Entre uno y tres años, el cuidado de un niño requiere menos tiempo, pero mucha más comprensión.

Hay que darle ocasión de jugar con otros niños, pues a esta edad tiene ideas propias, debe desarrollar su independencia y es preciso guiarle con tacto. El adulto que quiera imponer una disciplina demasiado rigurosa, puede convertirle en obstinado y colérico; quien no tenga confianza en sí mismo, difícilmente podrá educarle, y si se ocupa demasiado de él, entorpecerá su desarrollo. Además, para sentirse seguro, a esa edad gusta de la compañía de una o dos personas que el niño pudiera estar en compañía de alguna vecina hasta el regreso de aquélla, o que tuviera ocasión de jugar con sus amiguitos.

La madre que trabaja fuera de casa acostumbra a sentir la necesidad parentoria de la compañía de su hijo —tal vez se sienta culpable de verlo tan poco tiempo— y para resarcirse le obsequia y satisfice todos sus caprichos. Ello es contraproducente, pues cuando el niño se da cuenta de que su madre le mimaba de tal forma, todo le parece poco y siempre quiere algo más. La madre debe demostrar a su hijo que disfruta de estar con él y testimoniarle su cariño, pero también debe descansar si está cansada y no sacrificar sus deseos o necesidades personales a los caprichos del niño ni le comprará más chucherías de lo que sea razonable. En cambio, debe captarse el respeto y la estimación del niño. En otras palabras, ha de comportarse igual que la madre que consagra todo el día a su hijo y mostrarse natural y segura de sí misma. Así no sólo asegurará para su hijo un mejor desarrollo, sino que le enseñará a apreciar más los ratos que pasa en su compañía.

JULIA MAURA.



JULIA MAURA, SI

**"ESTOS SON MIS ARTICULOS"
PROCLAMA EN UN LIBRO
LA DISCUTIDA ESCRITORA**

**"CONSIDERO LICITO
PLAGIAR EN
LEGITIMA DEFENSA"**

**Ahora escribe una obra
de teatro ("En voz
baja") sobre un
argumento de su hijo**

EN el salón donde esperamos a Julia Maura se respira un ambiente de sosiego, de tranquilidad. Bajo la lluvia, la calle de Almagro, desde las ventanas, tiene cierto aire triston y melancólico. Los dos periodistas y el fotógrafo, arropados por la semipenumbra de la estancia, nos miramos en silencio. Tal vez estamos pensando lo mismo. ¿Cómo será Julia Maura al natural? Tenemos una imagen deformada de ella. Una imagen irreal, agrandada por el jaleo y el escándalo literario, del que se ha hecho eco España entera y el extranjero incluso. Julia Maura, sí; Julia Maura, no. El nombre de Maura parece poseer un sortilegio que llama a la polémica.

Mientras llega que Julia Maura —como algo hay que hacer—nos

entretenemos en ir observando lo que nos rodea. El salón tiene un aire señorial y grave. Porcelanas. Un secreter. Dos sillones. Un sofá. Una mesa enana con incrustaciones de nácar. Cuadros. Una biblioteca. Los muebles tienen voz propia y son fieles intérpretes de un estilo de vida, de un modo de vivir.

La entrada de Julia Maura nos coge un poco de sorpresa. Julia Maura tiene un aspecto juvenil y decidido. Nos invita a sentarnos con un gesto, y al percibir el "flash" de Aumente se asusta.

JULIA MAURA.—Nada de fotografías. Yo odio las fotografías. Salgo en ellas hecha un monstruo, un verdadero adefesio.

(Pero Aumente, que tiene dotes diplomáticas, la convence, y enseguida, salvado este escollo, comenzamos el diálogo.)

Julia Maura tiene escrúpulos: —¿Por qué volver de nuevo sobre el mismo tema? ¿Por qué hablar otra vez de Oscar Wilde, de «A B C» y de mis plagios? ¿No creen ustedes que ya está todo muy visto y que la justificación es un poco tardía?

FERRER CASSAINS.—Usted ha publicado un libro titulado «Estos son mis artículos». ¿Qué fin persigue con él?

JULIA MAURA.—Dar a conocer mis artículos. Es decir, los no plagiados deliberadamente.

VEGA GRANDA.—¡Ah! Pero ¿sus plagios fueron intencionados?

JULIA MAURA.—Totalmente.

VEGA GRANDA.—¿Y cuál era su intención?

JULIA MAURA.—Demostrarle a cierto crítico que no se puede criticar a la ligera. Que la función crítica es extremadamente difícil, y que antes que presumir de conocer a los clásicos es preciso haber leído a los modernos.

VEGA GRANDA.—¿Cuál fué su primera impresión al abrir aquel «A B C» por la página en que venían contrastados los párrafos de sus artículos y las frases de Oscar Wilde?

JULIA MAURA.—Me reí mucho. Mi hijo y yo lloramos de risa. Todavía no concibo cómo la gente pudo tomarse aquello seriamente. Hasta un niño podía darse cuenta de que el plagio era totalmente intencionado.

VEGA GRANDA.—Dice usted que sus artículos fueron plagiados intencionadamente. Sin embargo, la «vox populi» atribuye a Martínez Remis la paternidad de

los famosos artículos «calcados».

JULIA MAURA.—El caso Remis... No es nuevo, en realidad, este caso. Se remonta al año 1939, cuando yo estrené mi primera obra de teatro: «La mentira del silencio». Entonces también se dijo que yo no ponía la mano en lo que firmaba. «La mentira del silencio» fué atribuida a mi tío Honorio, asesinado en la guerra. Yo me reí. Van a pasar muchos años—me dije—y el tiempo se encargará de darme la razón. Pero no fué así. Luego dijeron que era mi padre, el duque de Maura, quien me las escribía. El se lo tomaba a broma y decía: «Sí, efectivamente, yo le escribo a mi hija las obras de teatro y ella me redacta las de Historia.» Como verán ustedes, el caso Martínez Remis no es nuevo, ni mucho menos.

FERRER CASSAINS.—¿Por qué se fijó en Oscar Wilde para plagiarle deliberadamente?

JULIA MAURA.—Oscar Wilde es un autor muy conocido en España. Así resultaba más patente mi experimento.

VEGA GRANDA.—Sostiene usted en su libro la tesis de que en materia intelectual el plagio es lícito. Y que si la Humanidad ha progresado intelectualmente ha sido merced al plagio.

JULIA MAURA.—Exactamente. Esta es mi tesis. Los padres de la Iglesia plagiaron a Aristóteles. Shakespeare «calcó» su «Julio César» de Plutarco. Cervantes copió en el Quijote muchas cosas de Huarte de San Juan. «La divina comedia», de Dante, tiene antecedentes arábigos. Incluso la famosa frase de Prudhomme «la propiedad es un robo» está tomada de Brissot.

VEGA GRANDA.—Pero existe diferencia entre los conceptos de plagio y calco, entre influencia y calco.

JULIA MAURA.—Claro. Influenciado lo está todo el mundo. En cambio, plagio es un apoyarse en los demás, y calco es una fotografía material de la idea. El calco no es hipócrita.

FERRER CASSAINS.—¿Usted calcó o plagió?

JULIA MAURA.—Y o calqué. Personalmente estoy orgullosísima de que los artículos de Oscar Wilde pudieran pasar como míos.

Yo quise hacer una travesura y me salió bastante bien. Comprendan ustedes que si el plagio lo hubiera querido disimular no habría copiado íntegramente parra-

fos de Oscar Wilde. Me habría sido fácil desfigurarlo.

VEGA GRANDA.—Recibiría muchos anónimos y cartas a raíz de aquel hecho.

JULIA MAURA.—¡Oh, sí! Muchas, muchísimas cartas.

VEGA GRANDA.—¿En qué proporción estaban las agradables y las desagradables?

JULIA MAURA.—Lo ignoro en absoluto. Sólo he leído las agradables. Las desagradables no han llegado a mis manos. Toda mi correspondencia la llevan mis hijos, y ellos, que me adoran, me evitan lo desagradable o aquello que pueda molestarle.

FERRER CASSAINS.—¿Le preocupan los juicios adversos de la crítica?

JULIA MAURA.—Nada en absoluto.

FERRER CASSAINS.—Si fuera usted crítico, ¿cómo enjuiciaría a Julia Maura?

JULIA MAURA.—Con simpatía. Un crítico es masculino y debe ser, sobre todo, galante con las mujeres.

FERRER CASSAINS.—¿En qué circunstancias considera usted lícito el plagio y en qué consiste para usted la originalidad?

JULIA MAURA.—Considero lícito plagiar en legítima defensa, sobre todo. Y en cuanto a la originalidad, estimo que no consiste sólo en descubrir cosas nuevas, sino presentar las antiguas revestidas de una nueva envoltura.

(Julia Maura, al hablar, mira fijamente. Posee una gran expresividad. Parece hablar con los ojos, con las manos, con el cuerpo entero. Es una señora juvenil.)

VEGA GRANDA.—Se dijo que «A B C» no le había pagado los artículos plagiados, entregando el importe de ellos a Ricardo Baeza, el traductor del comediógrafo inglés.

JULIA MAURA.—Está usted en un error. Mi administrador los cobró. Era una cantidad ridícula: 480 pesetas. Fui yo quien devolví esa cantidad a «A B C». El periódico entonces le entregó el dinero a Baeza, y éste, en una carta cuya copia poseo, rechazó los recibos. Pero, ¡por Dios!, todas estas cuestiones de dinero... ¡Es todo tan insulso, tan nimio!

El tema del plagio está ya prácticamente agotado, y Julia Maura nos habla ahora de teatro.

—Yo empecé a escribir por casualidad. En el año 39 fuimos mi marido y yo a Zaragoza para el asunto de una herencia, y como los trámites exigían una estancia de seis o siete meses en aquella capital, me distraje escribiendo una obra de teatro que titulé «La mentira del silencio». De vuelta a Madrid se la leí a Luis Escobar y, pareciéndole muy bien, me la estrenó en el María Guerrero a los quince días. Desde entonces me he dedicado asiduamente al teatro.

FERRER CASSAINS.—¿Por qué escribe usted?

—JULIA MAURA.—Porque es para mí una necesidad, un desahogo, un entretenimiento, un placer, un deber.

FERRER CASSAINS.—¿Cómo elige usted los temas?

JULIA MAURA.—Son ellos los que eligen a mí. Cuando me pongo a escribir una comedia, los

Jesús Acacio, María Alfaro, Manuel Alvarez Ortega, Pedro Caba, Pablo Cabañas, Pablo Corbalán, Manuel Fabeiro, Jesús Juan Garcés, Luis López Anglada, Leopoldo de Luis, Jesús Massip, Manuel Molina, Juan Pérez Creus, Alfonso Sastre y Adriano del Valle, colaboran en el número 21 de

“POESIA ESPAÑOLA”

Precio del ejemplar, 10 Pesetas

Pedidos a Pinar, 5 — Madrid

personajes tiran de mí a su antojo. Ellos me lo resuelven todo.

VEGA GRANDA.—¿Cuál considera su mejor obra?

JULIA MAURA.—«Siempre». Fué galardonada con un premio por la Real Academia Española.

VEGA GRANDA.—¿Tiene en este momento algún estreno próximo?

JULIA MAURA.—Pues sí. Tengo tres obras de teatro aceptadas por Valeriano León, Pepita Serrador y Guillermo Marín, respectivamente. Además, tengo concluido un acto de una obra titulada «En voz baja», cuyo tema es alusivo a la murmuración. La murmuración, esa tela de araña que envuelve y aprisiona con nudos más fuertes a quien se intenta escapar de sus lazos. Si no tienen ustedes prisa se lo leo.

Julia Maura lee con actitud parlamentaria. Lo hace muy bien. El ambiente es propicio para la lectura, y el tema—¿por qué no?—también. La obra tiene una gran fuerza patética. La trama se desenvuelve en un pueblo, y al comenzar la acción están sonando a muerto las campanas de la iglesia. Un hombre se ha suicidado, y en torno a él y a una mujer, ya en el otoño de su vida, el pueblo principia a hablar en voz baja. La murmuración se extiende como una gran nube negra que presagia la tormenta... Todo cuanto ocurre, cuanto acontece, tiene la impronta de ese surro sutil y afilado.

—El argumento de la obra—nos dice Julia Maura—es de mi hijo. Tiene también aficiones teatrales.

Julia Maura nos acompaña hasta la puerta y se despide amablemente de nosotros. En la calle, los taxis pasan a una velocidad espasmódica, bajo la lluvia.

(Fotografías de Aumente.)



He aquí una simpática fotografía del álbum familiar: Julia Maura, niña, quería ser mariposa, y era una preciosa nena

El semanario EL ESPAÑOL me pide unas opiniones personales sobre mi madre... y ahí van.

Tengo primero que advertir que yo estoy con el peso glorioso de los apellidos sobre mis hombros, como aquel joven que se dió cuenta de que su hogar estaba en la base de una pirámide. Y tuvo miedo incluso de hablar, por temor a que se le viniera encima toda su monumental ascendencia. Pero, en fin, como sólo tengo que hablar como hijo lo mejor será hacerme, yo también, una auto-entrevista.

—¡Bueno!... pues dime, Gabriel, con sinceridad, ¿qué te parece tu madre?

—¡Una madre estupenda!

—¿Del todo?

—Tiene, como las demás, sus defectos y sus virtudes. Pero sus defectos se los perdono por ser mi madre. Y sus virtudes... me son bastante simpáticas.

—¿Crees que es caprichosa?

—Es mujer.

—¿Filosofía?

—No... respuesta acostumbrada.

—Dime, como hijo, ¿estás satisfecho de Julia Maura?

—Sí. Es comprensiva, es agradable, es guapa y... es buena.

—¿Y como lector?

—Escribir es para mi madre una distracción. Nada más y nada menos. Ese nada más aumenta para mí el valor de lo que escribe.

—¿Estás siempre de acuerdo con lo que escribe?

—A veces sí... y a veces no.

—¿Cuándo no?

—Cuando escribe pensando en todo, menos en lo que escribe.

—¿Cuándo sí?

—Cuando se pone en serio a escribir.

—¿Cuál es el mayor defecto de tu madre?

—Que confía demasiado en los demás. Pero tengo que perdonárselo porque también confía en mí.

—¿Tú crees que la escritora le quita tiempo a la madre?

—¡Ni hablar de eso! Si mi madre tuviera que sacrificar nuestra compañía por el premio Nóbel...

—¿Qué?

—Se quedaría sin el premio Nóbel.

—¿Tiene buen carácter?

—Cuando lleva razón... sí.

—¿Y cuando no la lleva?

—Pues... procura encontrar alguien que se la dé.

—¿Ha tenido influencia en vuestra vida particular esta última y accidentada etapa de la vida literaria de tu madre?

—Pues sí. Nos hemos divertido mucho. Y ella más que nadie.

—Oye... ¿no temes que puedan sospechar que esto lo ha escrito Julia Maura?

—De esa clase de sospechas mi madre está a salvo. Incluso hay quien asegura que no escribe lo que nosotros mismos la hemos visto escribir.

—¿Tú no sientes el deseo de escribir también?

—Sí; pero...

—¿Pero qué?

—Ya lo he dicho... estoy en la base de la pirámide. Antonio Maura, Gabriel Maura, Honorio Maura, Julia Maura...

—¿Y para terminar?

—No sé hasta qué punto tengo independencia para juzgar a mi madre. Pero sí sé que precisamente lo que he podido decir de ella menos agradable... sea quizá lo que a ella le agrade más.

Gabriel DE COVARRUBIAS MAURA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



JULIA MAURA, SÍ; JULIA MAURA, NO

“CONSIDERO LICITO PLAGIAR EN LEGITIMA DEFENSA”

Acaba de publicar un libro titulado
“ESTOS SON MIS ARTICULOS”

Julia Maura ha recibido en su casa a dos colaboradores de EL ESPAÑOL, que la visitaron para enterarse de lo que pretende con la publicación de su libro titulado «Estos son mis artículos». Del aspecto juvenil y decidido de Julia Maura son buena prueba estas tres fotografías que Aumente impresionó en el transcurso de la conversación que recogemos en la página 61

